Dionisio Byler

La autoridad de la Palabra en la Iglesia



LA AUTORIDAD DE LA PALABRA EN LA IGLESIA

Dionisio Byler

La autoridad de la Palabra en la Iglesia

Biblioteca Menno

m Biblioteca Menno
Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org

La autoridad de la Palabra en la Iglesia

1ª edición Editorial CLIE:
La autoridad de la Biblia en la Iglesia.
La naturaleza de la Biblia y su consecuencias hermenéuticas

ISBN: 978-1503055629

A Connie

For ravished with her love thou shalt be greatly increased.

Contenido

Prólogo

Si para la segunda edición de hace diez años hice cambios bastante importantes a este libro, llegando hasta a alterarle el título y añadir dos capítulos, esta edición es prácticamente idéntica a la segunda.

He decidido, eso sí, suprimir lo que venía siendo el último capítulo, «Un modelo de estudio bíblico», algo que ya me había planteado hacer cuando preparaba la segunda edición. En realidad aquel capítulo, una especie de introducción brevísima a la práctica de la hermenéutica, era muy diferente del resto del libro en cuanto a formas y contenido. Mientras que como introducción a la hermenéutica era demasiado breve para ser muy útil.

Ahora bien, para quien pueda querer acceder todavía al material de aquel capítulo, se encuentra ahora disponible para descarga gratuita en www.menonita.org/textos.

Es el único cambio con respecto a la segunda edición —aparte de la maquetación y por consiguiente, la numeración de las páginas. Supongo que esto último significa que si alguien quiere citar este libro, estará obligado a especificar cuál edición está usando. No habría realizado ni siquiera estos cambios salvo que el libro lleva ya algunos años que no se consigue y entre tanto habíamos dado inicio a la Biblioteca Menno donde he preferido publicarlo como primer volumen de mi Trilogía sobre la Biblia.

Los tres libros de esta trilogía son diferentes, entre otras cosas, por los años que han transcurrido entre el primero de estos trabajos (el

presente —escrito a principios de los años 90— y el último, veinte años posterior. El paso de los años significa la natural evolución de las ideas según uno las va madurando y explicando en distintos contextos. Como entre tanto no he dejado de seguir leyendo y estudiando, el segundo libro de esta trilogía contiene mucha información adicional, con el resultado de que aunque ambos podrían describirse como introducciones a la Biblia, son libros muy diferentes en contenido y en forma y en la información que traen. Lo bastante diferentes como para que aquel no sustituya a éste.

Seguramente hay matices donde hoy no me expresaría exactamente como lo hice hace 20 años. Si eso no fuera cierto sería realmente extraño, indicando una esclerosis intelectual preocupante. Pienso por ejemplo que hoy en el Capítulo 5 me esforzaría en indicar más la continuidad —y desenfatizar las diferencias— entre el testimonio hebreo y el cristiano. Pero no creo que adelantaríamos nada sustancial si me hubiera esforzado por revisarlo todo esmeradamente una vez más.

Burgos, enero de 2013

DEL PRÓLOGO A LA 2ª EDICIÓN

Una segunda edición es, de alguna manera, una segunda oportunidad. Resulta estimulante poder incorporar al texto no solamente aquellas nuevas tendencias hacia donde ha ido evolucionando mi pensamiento desde que escribí este libro (en particular el Capítulo 6, nuevo), sino especialmente tener la oportunidad de explicar con mayor detalle aquellas ideas donde mis lectores han topado con mayores problemas.

De ahí, por ejemplo, la notable ampliación aquí, que notará quien haya leído la primera edición, de los conceptos cristológicos que en gran medida hacen de cimiento para la argumentación del libro entero (el Capítulo 1, nuevo; y ampliaciones importantes en los capítulos 2 y 3 —antes 1 y 2).

Curiosamente, al ir a explicar qué es exactamente lo que creo acerca de Jesús y su autoridad en la Iglesia relativa a la de la Biblia, he descubierto que se hacía necesario cambiar incluso el título —como se habrá

observado: Ahora: *La autoridad de la Palabra en la Iglesia.* Antes: *La autoridad de la Biblia en la Iglesia: La naturaleza de la Biblia y sus consecuencias hermenéuticas.*

Este cambio no responde a una estrategia de márketing ni viene impuesto por la incorporación de este tomo en la Colección Seminario. Viene sugerido por el énfasis aún mayor que doy aquí a Jesús como la Palabra de Dios, lo cual me impulsa a ofrecer una ambigüedad que el título anterior no permitía, a saber: ¿Cuál es entonces, en resumidas cuentas, esa Palabra que ha de tener autoridad en la vida de la Iglesia? ¿Jesús o la Biblia? ¿Y cómo ejerce en la práctica esa Palabra su autoridad sobre la Iglesia?

Una de las cosas que más me impulsaban a querer abordar una segunda edición, presumiblemente mejorada, era la de intentar suavizar el tono negativo con que parece ser que me expresé en la primera edición respecto algunas nociones sobre la Biblia propias del fundamentalismo evangélico. Descubrí que sin desearlo ni darme cuenta cabal del efecto que tendrían mis palabras, cierto sector del protestantismo español se sintió atacado en convicciones que constituyen algo así como sus señas de identidad.

Al acabar esta revisión me doy cuenta sin embargo, no sin cierta tristeza, que esta edición les resultará tan inaceptable como la primera. Y es que al final, por mucho cuidado con que me explique, están en juego maneras bastante distintas de abordar algunos conceptos de vital importancia para la fe cristiana. No hallo manera de disimular esa realidad sin que tal disimulo resulte a la vez una ofuscación deshonesta.

Es importante dejar constancia una vez más, sin embargo, de mi sincero respeto de aquellas personas —y aquel sector del protestantismo español— cuyas maneras de entender estos temas no cuadran con las mías. Alguien ha comentado que las peleas más intensas son las que se dan en el seno de una misma familia. La familia evangélica es mi familia; y en España un porcentaje muy elevado de esta familia comulga con los conceptos que he tildado de «fundamentalistas[1]» —al menos en su

[1] Palabra que utilizo aquí sin ningún sentido peyorativo. Es la palabra que recuerdo de mis días de universitario en Estados Unidos que mis amigos con estas convicciones empleaban para describirse a sí mismos, con toda honra.

manera de entender la naturaleza y autoridad de la Biblia. Mi debate con ellos es un debate interno, de familia. Puede tener cierta apariencia externa de aspereza; pero está siempre en el fondo —y frecuentemente salta a la vista— la realidad de una visión común, un trabajo en común y un común afecto fraternal en Cristo.

Y aunque el debate en torno a esta segunda edición sea tan intenso como viene siendo tras la primera, sé que conseguiremos mantenerlo dentro de los vínculos del amor. Después de todo, como dijera el apóstol Pablo, «sabemos que todos tenemos conocimiento; el conocimiento hincha pero el amor edifica» (1 Cor. 8.1).

Por último, soy profundamente consciente de las limitaciones que tiene la bibliografía que yo conozco, frente a la obra de mi vida que consiste en escribir en castellano (he escrito un solo libro en inglés, y ese por encargo). Quien lee las notas que he dejado a pie de página se sentirá muchas veces frustrado, —tal vez enfadado y con razón— al ver que las referencias son habitualmente a obras en inglés. Esto se debe en parte al hecho de haber cursado mis estudios en Estados Unidos. Luego las tres revistas profesionales internacionales de estudio bíblico a que estoy suscrito también coinciden en estar habitualmente en inglés, aunque muy de vez en cuando traen artículos en alemán o francés. Así continúa y se ahonda mi conocimiento de autores y obras en inglés y mi relativa ignorancia de lo que se publica en castellano. Enmendar todo esto se me hace una tarea tan enorme que al final me resigno a aceptar con humildad esta limitación personal.

Ahora tan sólo me queda agradecer a mis colegas en el SEUT-SEM[2], Pedro Zamora y Pablo de Felipe, y a los pastores Santiago Mella, Davide Junquera, José Luis Suárez, David Dutra, Keith Bentson y Frank Byler (my difunto padre) entre otros, que me ofrecieron comentarios muy valiosos (y en algunos casos fuertes críticas) respecto a la primera edición. También quiero agradecer a José de Segovia, que en sus artículos hondamente discrepantes y críticos respecto a mis escritos, me ha permitido ver con mayor claridad algunas de las cuestiones que era menester aclarar, aunque sé que no he podido hacerlo de tal manera que a él le pueda satisfacer.

[2] Seminario Evangélico Unido de Teología - Seminario Evangélico de Madrid.

Ninguno de todos estos es responsable de lo que aquí pongo —especialmente lo que pueda haber de negativo— aunque sin duda contribuyeron sensiblemente a mejorarlo. Cada uno, lógicamente, es perfectamente capaz de mantener sus propias opiniones sin que se le imputen las mías por asociación ni por inferencia.

Burgos, noviembre de 2001

DEL PRÓLOGO A LA 1ª EDICIÓN

Más de una vez, en los años que he tardado en acabar este libro, he llegado a pensar que soy un necio por abordar estos temas.

Me ha llamado la atención descubrir que hasta cierto punto todos los cristianos evangélicos, y muy especialmente los pastores, nos consideramos expertos en el uso de las Escrituras. Esto quiere decir que al escribir sobre el tema me estoy abriendo ingenuamente a toda suerte de críticas por parte de miles y miles de personas que se considerarán mucho más capacitadas que yo en el empleo correcto de las Escrituras.

Si por fin he vencido la timidez que me inspira esta reflexión y presento aquí humildemente estas páginas, es por tres motivos principales.

En primer lugar, estoy convencido de que Dios me ha guiado a ello. Me siento cargado de un mensaje y ¡Ay de mí si lo callare!

En segundo lugar y como observará el lector, opino que la crítica, el diálogo, el opinar y escuchar mutuo en la comunidad de fe, son sumamente importantes. Estoy convencido de que la Biblia es un libro público, que su verdad se comprueba poniéndola a prueba. En ese sentido, aunque con temor y temblor, espero como algo positivo las respuestas de mis lectores. Si la Iglesia no dice «amén», ¿qué pueden valer mis opiniones?

En tercer lugar, creo que les debo este libro a mis lectores. De hecho, he sabido que tendría que escribirlo desde que, hace ya varios años, escribí mi ensayo sobre «El problema de la guerra en el Antiguo Testa-

mento»[3] que he de suponer para algunos creaba tantos problemas como solucionaba. Para algunos digo, porque parece ser que a otros les ha resultado útil. Es evidente que en aquel trabajo manifestaba una manera muy concreta de entender qué es la Biblia, qué entendemos por inspiración de las Escrituras, y cómo ha de funcionar la Biblia en el pensamiento de los cristianos.

Por último, quiero aprovechar esta ocasión para agradecer a los estudiantes de mis clases en el Centro de Formación Bíblica de las Comunidades Cristianas Unidas de Burgos. Vuestra atención, vuestra dedicación a la verdad, y las preguntas, observaciones e inquietudes que compartís en clase, han sido y son un estímulo importante para mí. No sé cuánto podéis haber aprendido de mí. Sí sé lo mucho que me habéis enseñado.

Burgos, septiembre de 1993

[3] D. Byler, *Jesús y la no violencia* (2ª ed. en Byler, *No violencia y Genocidios* [Biblioteca Menno, 2010]), pp. 57-54.

Capítulo 1.

Al principio hubo la Palabra

> *Al principio hubo la Palabra*[1]*, y la Palabra tendía hacia Dios, y Dios era la Palabra: ésta tendía al principio hacia Dios. Todas las cosas por medio de ella fueron creadas, y sin ella no fue creada ni una sola cosa creada. En ella había vida y la vida fue la luz de los hombres. Y la luz brilla en la oscuridad y la oscuridad no se apoderó de ella.*
>
> —Ev. Juan 1.1-5[2]

El Evangelio de Juan no arranca como los de Mateo y Lucas. El de Marcos tampoco. Marcos arranca como acaba: bruscamente. Allí, cuando primero conocemos a Jesús, ya es adulto. En ese sentido Juan arranca como Marcos, con Jesús ya adulto y dispuesto a empezar su ministerio.

Pero así como Mateo y Lucas empiezan sus evangelios con sendos prólogos contando relatos en torno al nacimiento de Jesús, Juan abre también con un prólogo. Salvo que en este caso se trata de un párrafo de corte filosófico acerca de la preexistencia e importancia de la Palabra. Observemos que este párrafo inicial, Juan 1.1-5, tiene el mismo propósito que tienen las narraciones del nacimiento en Mateo y Lucas:

[1] *O lógos*, «la palabra», en griego es un vocablo masculino; y así todo el resto de esta cita del Ev. Juan. Sin embargo, como se verá, tal vez el femenino de «la Palabra» en castellano no sea del todo un despropósito.

[2] En este capítulo, si no viene indicado lo contrario, las traducciones son siempre mías. Tengo mis motivos, pero éstos no incluyen el de obfuscar. Siéntase libre el lector de cotejar con la versión de su preferencia; los argumentos a continuación no dependen de la traducción que se emplee.

explicar de dónde viene, de dónde procede Jesús; en última instancia, quién es.

Con esas palabras griegas iniciales, *en arxé* —Al principio—, Juan nos remite claramente al relato de la creación en Génesis 1, el mismísimo empiece de la Biblia. Y nos conduce así a una emocionante aventura de descubrimiento filosófico que arranca varios siglos antes de Cristo y desemboca en el Evangelio de Juan.

Porque Génesis abre con las mismas palabras, esta vez en hebreo, *bere'sit* —Al principio—. Y vemos de inmediato que, efectivamente, al principio Dios creó todo lo que existe… mediante la Palabra. Esta Palabra, es decir estas palabras que pronuncia Dios como medio para producir la creación, tiene en los primeros párrafos de Génesis varios rasgos o poderes dignos de observar:

- No necesita ser creada sino tan sólo pronunciada. Como palabra que es, goza ya necesariamente de significado *antes* de su pronunciación.
- Como ya hemos visto, es el medio utilizado por Dios para *crear* todo lo que existe en el universo (Gén. 1.3 y otros).
- Goza de autoridad para *nombrar* las cosas, definiendo así su más pura esencia, su realidad (Gén. 1.5 y otros).
- *Bendice*, o sea que establece un marco propicio, favorable, de buena voluntad y agrado divino para la existencia (Gén. 1.22).
- Es *mandamiento* o *ley* (específicamente en Gén. 2.16-17, aunque el caso es que *todas* las palabras pronunciadas por Dios en Gén. 1 y 2 podrían entenderse como mandamientos divinos).

El siguiente paso de nuestra aventura de descubrimiento nos lleva al libro de Proverbios. Allí hallamos en el capítulo ocho una figura femenina llamada Jocmá —Sofía en griego—, Sabiduría. Jocmá es el lado bueno, maravilloso, de la feminidad. Ya en el capítulo siete descubrimos el lado oscuro, perverso de la feminidad. Es la ramera que sale a seducir al incauto, atrapándole con lazos de lujuria e idolatría que sólo pueden conducirle a la muerte. Jocmá es su rival, su competidora. Ella también sale a la calle a proclamar sus encantos, los encantos de la sabiduría que conducirán a la vida: «Mi fruto es mejor que el oro, que el oro puro, y mi ganancia que la plata escogida» (Prov. 8.19).

El SEÑOR me poseyó al principio de su camino,
antes de sus obras de tiempos pasados.
Desde la eternidad fui establecida,
desde el principio, desde los orígenes de la tierra.
Cuando no había abismos fui engendrada,
cuando no había manantiales abundantes en aguas.
Antes que los montes fueran asentados,
antes que las colinas, fui engendrada,
cuando El no había hecho aún la tierra y los campos,
ni el polvo primero del mundo.
Cuando estableció los cielos, allí estaba yo;
cuando trazó un círculo sobre la faz del abismo,
cuando arriba afirmó los cielos,
cuando las fuentes del abismo se afianzaron,
cuando al mar puso sus límites
para que las aguas no transgredieran su mandato,
cuando señaló los cimientos de la tierra,
yo estaba entonces junto a El, como arquitecto;
y era su delicia de día en día,
regocijándome en todo tiempo en su presencia,
regocijándome en el mundo, en su tierra,
y teniendo mis delicias con los hijos de los hombres.

—Prov. 8.22-31 (Biblia de las Américas)

Jocmá —Sabiduría— es entonces la primogénita de Dios, primera de sus obras, previa a todo el resto de la creación ya que de ella se ha servido Dios para crear todo lo demás. Privilegiada copartícipe de Dios e inseparable de Dios en la creación, la obra de Jocmá (Sofía, Sabiduría) es idéntica a la obra de Dios; la obra de Dios es la obra de ella sin distinción.

Y esta Jocmá se recomienda a sí misma aquí en Proverbios ocho como fiel y virtuosa instructora del pensamiento humano. La sabiduría no es inaccesible, sino que está aquí a mano, hablando a nuestro oído como una mujer honrada para que la escuchemos y dejemos que nos enseñe cómo hemos de vivir.

Avanzamos ahora, en nuestra aventura por los tiempos, los textos y las ideas, tanto como tal vez dos milenios y medio. Nos situamos ahora a mediados del siglo XX de nuestra era. Nos encontramos con un joven argentino, de largas melenas hasta los hombros y una rala barba en triángulo, internado en un seminario menonita de Estados Unidos. Asiste juntamente con toda su clase a una sinagoga para conocer —aunque someramente— de primera mano algo del judaísmo contemporáneo. Allí el rabino hace muchas explicaciones, pero de todas ellas, la que se me queda grabada todavía hoy, más de treinta años después, es la siguiente anécdota. El rabino la contó con cierto aire de superioridad, como que iba con judíos menos cultos que él, cuyos métodos de interpretación le resultaban divertidos:

— La primera palabra de la Biblia, *bere'sit*, puede significar «en el principio» o «al principio». Sin embargo la primera sílaba, *be*, puede entenderse también como «con», produciendo el significado «Con *re'sit* creó Dios los cielos y la tierra».

«¿Qué es ese *re'sit* con que Dios creó? El Salmo 111.10 pone «*Re'sit jocmah* —Principio de sabiduría— es el temor del Señor; buen razonar es propio de quienes los hacen». De quienes hacen… ¿qué? Los mandamientos, obviamente; quienes guardan o cumplen los mandamientos. [Y tan obviamente: prácticamente todas las traducciones insertan la frase «los mandamientos» en ese punto del salmo.] En conclusión: ese *re'sit* con que Dios creó el universo viene a ser «los mandamientos» —y por extensión, la Ley de Moisés.

«¡O sea que Dios creó el universo mediante la Ley de Moisés!»

¿Qué quiere decir, que Dios haya creado el universo con la Ley de Moisés? No sé si los rabinos acerca de quienes escuché este ejemplo de curiosidad hermenéutica se lo tomaban seriamente, en un sentido cabal y absoluto, como una realidad. El caso es que entendido simbólicamente, metafóricamente, encierra un sentido muy profundo:

Vendríamos a decir que cuando Dios en Sinaí instruye al pueblo de Israel acerca de cómo vivir en relación con Dios y con el prójimo, no está introduciendo algo artificial en el cosmos. La Ley con la que Dios pone orden en la vida de Israel es una ley *natural*, en el sentido de que es inseparable de la naturaleza con que fue creado el universo, que

también fue creado por la Palabra de Dios, así como Israel fue creado por la Palabra de Dios. (Aunque *las palabras* fuesen distintas, se trata siempre de la misma *Palabra de Dios.*)

Aquí es importante recordar el resumen de la Ley que dio Jesús, cuando le preguntaron cuál era el principal mandamiento en toda la Ley de Moisés. Jesús respondió (citando Deut. 5.5 y Lev. 19.18/19.34): «"Amarás al Señor tu Dios en todo tu cerebro y en toda tu psique y en toda tu voluntad"; este es el gran mandamiento y el primero. Pero existe otro segundo igual que éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"».

La respuesta de Jesús era la tradicional, la que todos esperaban; nada tenía de original. Al indicar que la Ley se resume primero en amar a Dios con todo el ser y segundo en amar al prójimo como a uno mismo, se mostró en perfecto acuerdo con la tradición judía. Al identificar la Palabra de la creación con la Palabra de la Ley, estamos diciendo que el cosmos entero está fundado sobre la base de la relación íntegra y comprometida —de amor— con Dios y con el prójimo.

Amar a Dios y al prójimo no es una novedad, una artificialidad, una aberración, una idea tardía, posterior, de último momento, sino que es «el principio» de la creación. Más a cuento para lo que venimos viendo hasta aquí, amar a Dios y al prójimo —la Ley— es, en síntesis, Jocmá. Sofía. Sabiduría.

La Ley equivale a Sabiduría (que equivale a la Palabra creadora) incluso sin valerse de interpretaciones fantásticas basadas en juegos de palabras. El Salmo 119, el más largo de todo el salterio, es un poema entusiasta acerca de las virtudes de la Ley. Los términos para referirse a la Ley en este salmo son muchos; entre ellos, obviamente, «la Palabra» o «tu Palabra». En este salmo hallamos también frecuentes elogios a la sabiduría que la Ley encierra. Para Juan el Evangelista, al escribir esas primeras frases de su evangelio, esa conexión probablemente resultaba sobradamente obvia: Esa Palabra que «hubo al principio», Palabra de Dios, fue claramente Palabra de sabiduría, sabiduría que se manifestó

en cierto momento histórico como Ley divina para instrucción de los hebreos.[3]

Jocmá pudo ser concebida alegóricamente en Proverbios ocho como una mujer virtuosa, pero obviamente nadie cae en un error tan basto como para creer que Jocmá fuese una mujer humana *de verdad*.

De ahí la significación absolutamente sobrecogedora y portentosa que tiene la declaración que hallamos pocos versículos más adentro en el Evangelio de Juan:

«Y la Palabra se hizo carne y habitó en una tienda entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito que procede del Padre, lleno de gracia y verdad» (Jn. 1.14).

Esta Palabra, la Ley divina de Dios, Jocmá Sofía, primogénita privilegiada de Dios desde antes de la creación del mundo y sin la cual nada de lo creado existe… ¡**se hizo carne**![4]

Todas las manifestaciones previas de *Torah* (la Ley) o de Jocmá (Sabiduría) habían sido parciales y veladas, habían estado llenas de paradoja y envueltas en nieblas. Sin embargo ahora la Sabiduría y la Ley se encarnan en una persona, Jesús de Nazaret, y por fin podremos la humanidad aprender, de una vez por todas, cómo hemos de vivir en armonía con la creación, con el prójimo y con el Creador.

Dice así Hebreos 1.1-4:

> *Habiendo hablado Dios de muchas maneras y formas en la antigüedad a los padres en los profetas, en estos últimos días nos ha hablado en un Hijo, al cual ha puesto como heredero de todas las cosas, por medio del cual también creó el universo.*

---

[3] Samuel Terrien, *Till the Heart Sings: A Biblical Theology of Manhood & Womanhood* (Philadelphia: Fortress, 1985), en el capítulo 7, "From *Sophia* to *Logos*", pp. 103-120, explora con mucha mayor erudición y habilidad que yo, la progresión de ideas que aquí he intentado evocar.

[4] Quisiera romper aquí una lanza a favor de una sensibilidad feminista en el estudio bíblico. Hay quien exagera la importancia de la masculinidad de Cristo, como que de alguna manera hubiese sido inconcebible que Dios se hubiera encarnado en una mujer. Aquí es importante observar que antes de esa encarnación, Jocmá Sofía, la figura humana que metafóricamente encierra todo aquello que Juan nos dice que se hizo carne en Jesús, es *una mujer*. La Palabra fue mujer antes en el tiempo de que fuese varón, en el sentido de que fue Jocmá o Sofía, antes de ser Jesús de Nazaret.

Dios ha hablado en muchas ocasiones y de muchas maneras a través de la historia y nos sigue hablando de mil maneras hoy:

- la naturaleza
- las experiencias de la vida
- el consejo de un amigo
- nuestra conciencia
- la Biblia —su lectura, el oportuno recuerdo de versículos aprendidos de memoria, etc.
- sueños, visiones, apariciones de ángeles, señales, prodigios, etc.
- hay quien incluso ha escuchado una voz que le hablaba al oído palabras de Dios

Todas estas «palabras» requieren la debida interpretación. Pueden conducir a equívocos, son muchas veces confusas u obscuras. Sin embargo, una vez en la historia de la humanidad Dios nos habló perfectamente, inconfundiblemente, con un mensaje que sólo con malicia se puede torcer o confundir: Fue en la persona de Jesús de Nazaret; su vida, obra, enseñanza, muerte y resurrección.

«En estos últimos días nos ha hablado en un Hijo».

¡A él —y sólo a él— hemos de seguir! Él es la Palabra de Vida. Él es la mismísima Voz de Dios. Y es a él que Dios ha puesto por cabeza de la Iglesia:

[El Hijo de su amor] es la imagen de Dios Invisible,
prototipo de todo lo creado,
porque en él fueron creadas todas las cosas
en los cielos y en la tierra,
las visible así como las invisibles,
sean tronos sean señoríos
sean principios sean poderes;
y él mismo es antes de todos
y todas las cosas en él permanecen,
y él mismo es la cabeza del cuerpo, de la Iglesia.

—Col. 1.15-18a

¿Cuál es la máxima autoridad en la Iglesia?

La Palabra.

Y ¿qué es la Palabra?

No se trata de qué sino de quién: Jesús de Nazaret.

Estos son los cimientos, la piedra angular, de todo lo que sigue. Lo que nos queda por dilucidar es el papel que le corresponde a la Biblia como portadora o intermediaria de esa Palabra, Jesús, cuya autoridad es soberana en la Iglesia.

Capítulo 2.

La cautividad de la Biblia

1. La frágil autoridad de la Biblia en la iglesia

Una fría mañana de enero del año 1990, me dirigí a uno de los estudios de radio de Burgos. El locutor de un programa me había invitado a participar en una mesa redonda en la que las diversas «sectas» no católicas de la ciudad pudiéramos exponer brevemente quiénes éramos y qué creíamos. Me encontré con otro hermano evangélico y dos representantes de los Testigos de Jehová.

Hablamos de varios temas. No tratamos ninguno a fondo, por supuesto. Había que suponer que al público radiofónico de Burgos le resultaría grotesco el mero hecho de la existencia en la ciudad de una cierta minoría no católica. De manera que la cosa no estaba como para que nos pusiéramos pesados con grandes debates doctrinales entre nosotros.

Curiosamente, una de las cosas en las que se pusieron rápidamente de acuerdo mi colega evangélico y los representantes de los Testigos de Jehová, fue el tema de la autoridad de la Biblia. Ambos sostenían, en primer lugar, que la Biblia es la autoridad única e incuestionable para la fe cristiana. Ambos sostenían, en segundo lugar, que el mensaje de la Biblia es claro y comprensible, que está al alcance de cualquier persona que lo lee con mente y corazón abiertos, y que ese mensaje no se debe ni se puede manipular artificialmente.

Me guardé en silencio mis propias reservas sobre ese acuerdo fácil al que habían llegado. No era el momento ni la ocasión para cuestionarlo.

Gracias a Dios, al locutor tampoco se le ocurrió preguntar que si los evangélicos y los testigos tienen por máxima autoridad una misma Biblia con un único mensaje inconfundible, cómo es que no nos ponemos de acuerdo entre nosotros. Puestos al caso, con todo el respeto y el afecto fraternal que mi colega evangélico se merece, en los años que él estuvo sirviendo al Señor en Burgos, no pudimos presentar un testimonio absolutamente unido en esta ciudad.

Decir «creo la Biblia» es muy fácil. Mantener como artículo de fe que cualquiera puede entenderla, también. Pero las serias controversias entre los que creen esto acerca de la Biblia no se pueden ignorar.

A falta de otra fuente de autoridad para nuestra fe y vida, nuestra razón de existir como iglesias evangélicas se funda en nuestro convencimiento de que con la Biblia nos valemos. A falta de papa y obispos, concilios ecuménicos, o tradición y magisterio con autoridad paralela a la de las Escrituras, nuestro único punto de referencia doctrinal es la Biblia. Ella resuelve todas nuestras dudas, a ella recurrimos en nuestras discusiones, con ella defendemos nuestras convicciones y atacamos las ajenas. Ella es, en fin, maestra y árbitro suficiente, juzgado supremo de apelación doctrinal para todos los cristianos.

Defender a la vez que su mensaje es preclaro y comprensible para todo creyente también tiene gran importancia. Por el mismo motivo: Es la única manera de permitir que la Biblia quede en manos de todos los creyentes. De otro modo la autoridad verídica dejaría de ser la Biblia misma, yendo a parar a manos de los pocos expertos e iluminados capaces de descifrar su sentido verdadero.

Aparentemente la cuestión de la autoridad bíblica nos plantea una elección clara. En un bando estarían los que aceptan el testimonio bíblico como única autoridad. Al menos suya sería la autoridad que establece la legitimidad de cualquier otra autoridad en la iglesia. Siendo Palabra de Dios e inspirada en todos sus particulares, su verdad es la única que interesa; la que juzga todas las demás verdades. En el otro bando estarían los que matizan esa autoridad, añadiendo a la suya otras autoridades paralelas e indispensables.

Pero, ¿es tan evidente la elección?

El catolicismo establece su autoridad paralela en el concepto de sucesión apostólica. Aquí se parte del supuesto, lógico por cierto, de que los apóstoles dijeron otras cosas además de las recogidas en el Nuevo Testamento. El recuerdo vivo de los que recibieron la enseñanza apostólica tiene la misma autoridad que los pocos escritos apostólicos recogidos en el Nuevo Testamento. La iglesia que en sus tradiciones y vivencia a través de los siglos mantiene vivo aquel recuerdo, dispone de una fuente de autoridad apostólica e indispensable. Ni siquiera hace falta suponer que sea una autoridad independiente de la autoridad bíblica. Su fuente apostólica es la misma, y se nutren mutuamente: las Escrituras ayudan a recordar muchos elementos de aquella tradición, y la tradición explica el significado auténtico escritural en unos casos, en otros desarrolla hasta sus últimas consecuencias lo que en la Biblia se halla apenas en estado embrionario. Bien entendido, es un mismo testimonio en dos vertientes.

Sin embargo el testimonio de una tradición dinámica que goza de autoridad apostólica no opera solamente en la iglesia católica. Muchas corrientes evangélicas —tal vez todas— operan sobre una base similar. Aunque no se dice que esa tradición sea apostólica, los escritos, el pensamiento y las costumbres de la generación fundadora de cada grupo tienen esa misma relación simbiótica con la Biblia y con la autoridad bíblica. El origen de su autoridad se halla en que se basan en la Biblia. A la vez, condicionan la manera que se vaya a entender la Biblia posteriormente. Frecuentemente desarrollan una interpretación legitimada de ciertos pasajes bíblicos, de modo que lo que «la Biblia dice» es inseparable de esa interpretación aceptable de su significado.

Confesada o no, entonces, la autoridad «paralela» de la tradición tiene un peso ineludible en las convicciones de todos los cristianos. Esto no tiene nada de negativo en sí, a no ser que uno aborde el tema ya con la convicción previa de que es negativo dejarse guiar por la experiencia de quienes vivieron antes que uno. Sin embargo esa convicción no se basa en el testimonio de la Biblia misma, y es ajena a la evolución interna de la Biblia, la formación de sus libros y colecciones y su eventual canonización como Sagrada Escritura. Es también una convicción ajena a los Reformadores Protestantes, que con el principio de *sola Scriptura*

no pretendían volver a inventar el cristianismo sin un sentido de conexión histórica con sus antepasados.

Esa convicción (de que la autoridad de la tradición sea algo negativo) sería en todo caso achacable a la Reforma Radical (los anabaptistas) y a todos los grupos «restitucionistas»[1] posteriores. Sin embargo el caso es que los anabaptistas rápidamente apropiaron como suyas las historias de los mártires del cristianismo primitivo y de la iglesia medieval, así como se identificaron con numerosas corrientes que la iglesia imperial y medieval había tachado de heréticas. Esto lo atestigua su antiquísimo martirologio que sigue en imprenta hasta el día de hoy,[2] dando fe de que incluso para ellos el testimonio de las generaciones intermedias resultaba importante como confirmación de sus propias convicciones.

He de suponer que todos estamos dispuestos a admitir que hubo mucha sabiduría y gracia de Dios en otras generaciones. «La tradición es la fe viviente de los muertos, mientras el tradicionalismo es la fe muerta de los vivientes».[3] Hemos de evitar un tradicionalismo muerto, sí, pero tampoco sería una virtud tener que volver a inventar el cristianismo desde cero en cada generación.

Bien es cierto que admitir la necesidad y belleza de la tradición que cada grupo asume como suya, no es lo mismo que otorgarle un lugar igual o superior al que se otorga a la Biblia. En teoría por lo menos, todos los evangélicos estaríamos dispuestos a abandonar una idea tradicional si se nos convenciese que esa idea es contraria a la Biblia.

> Ahora bien, los hechos no suelen confirmar esa disposición teórica. Si llegamos a la convicción de que nuestra manera de entender la Biblia es la única legítima, el resultado es que la Biblia se ve obligada a ser —a todos los efectos prácticos— idéntica con las

---

[1] Por «restituicionista» quiero indicar aquellos grupos que no pretenden una mera reforma del cristianismo sino su restitución a un supuestamente perdido patrón original, dando por infiel e inservible la historia de las generaciones intermedias de cristianos.

[2] Thieleman J. van Braght, *Het Bloedig Tooneel*, conocido como *Martelaersspiegel*, publicado en holandés en 1660, traducido al alemán e inglés e incluso, en versión abreviada muy reciente, al castellano.

[3] Jaroslav Pelikan, *The Christian Tradition*, Vol. 1 (Chicago: University of Chicago Press, 1971) pág. 9. Mi trad. del inglés.

propias convicciones mantenidas. Aceptar *otra* interpretación del mensaje bíblico equivaldría, entonces, a obligar a la Biblia a decir lo que ya sabemos que no puede decir, o sea falsearla, manosearla, tergiversarla.

En principio la tradición sólo es negativa cuando la usamos —juntamente con la Biblia— para parapetarnos detrás de ella en un rechazo del estilo de vida que nos exige la enseñanza de Jesús. Esto es lo que hicieron los «escribas» según el relato de los evangelios.

Para los «escribas» la tradición oral y la tradición escrita (su Biblia) eran dos cosas muy distintas, aunque sin embargo debían poder combinarse de tal manera que dieran una única opinión, segura y firme, respecto a la conducta a dirimir. A pesar de su nombre los «escribas» eran, curiosamente, los expertos en *la ley oral*. Ellos se habían dedicado a aprenderse de memoria las tradiciones de sus antepasados que, como comentario autorizado de *la ley escrita*, valían tanto como ésta y eran además más completas y prácticas. Nada podía tener esto de objetable *en principio*, salvo por el detalle de que su fidelidad a la ley oral, que entendían perfectamente equiparable en el fondo de las cuestiones con la ley escrita, les llevó a rechazar a Jesús de Nazaret.

Rechazando ese espíritu legalista, contrario a Jesús, algunos creen que el debate por esclarecer el significado del mensaje bíblico para hoy es en muchos casos inútil e infructuoso. Dirían que el evangelio no es ni pretende ser una nueva ley. Que nada de lo que pone ha de interpretarse como «última palabra» en un sentido legal. Que para cada generación y cultura y situación Dios tiene un mensaje fresco e inmediato. De alguna manera el mensaje divino se hallaría en la misma cultura a la que dirige su prédica.

Aquí ya no interesa estudiar la Biblia a fondo para ver qué dice acerca de la homosexualidad, por ejemplo, o el divorcio. La Biblia nos enseña que Dios es amor y con eso nos basta. En un diálogo atento y respetuoso con sociólogos, psicólogos y filósofos contemporáneos de la ética, llegaremos a una convicción válida para nuestro día en cuanto a estos otros temas, partiendo exclusivamente de esa base bíblica de amor sin límites.

Bien es cierto que la tradición al estilo fariseo, los legalismos basados en la Biblia, también hoy día —como en tiempos de Jesús— pueden ir contra el espíritu de la Escritura por ceñirse excesivamente a la letra. Sería necesario, sin embargo, precisar qué valor —más allá del anecdótico y puramente sentimental— le dejamos entonces a la Biblia.

Otros que parecen renunciar a un estudio serio y cuidadoso de la Biblia, son aquellos que prefieren fiarse de la inspiración directa del Espíritu Santo. La frase «el Señor me ha mostrado», pronunciada por la persona cuya autoridad para tales cosas es ampliamente reconocida en su iglesia, puede tener prácticamente el mismo valor que las Escrituras, especialmente si antes de recibir tal iluminación la persona ha orado mucho o incluso ayunado. Aquí las cosas se pueden confundir un poco, cuando lo que el Señor «muestra» es la interpretación presuntamente correcta de un pasaje bíblico. En esos casos esa interpretación, revelada a los espirituales para humillación de los sabios y entendidos de este mundo, no necesita tener conexión evidente con el significado sencillo y real del pasaje en cuestión. Ponga lo que ponga, la Biblia «dice» lo que el intérprete inspirado ha descubierto que dice.

Aquí también, aunque bien es cierto que en principio no deberíamos poner límites humanos a la libertad del Espíritu Santo para revelar significados escondidos, nos hallamos ante la necesidad de protegernos de los excesos de la subjetividad humana. El caso es que nunca han faltado desequilibrados y chiflados que pretendiesen ser los únicos que de verdad escuchan a Dios en la Biblia.

Pero también existe una tercera manera de menoscabar la autoridad de la Biblia con tradiciones humanas, una segunda manera de hacerlo mientras se pretende todo lo contrario. George E. Mendenhall ha escrito:

> *El fundamentalismo bíblico, sea judío o cristiano, no puede aprender del pasado porque en tantos sentidos siente que el único propósito de la narración bíblica es la defensa de ideas acerca de la religión que se sostienen en el presente. Por tanto, siempre ha de apoyar ideas de origen relativamente reciente —ideas que no tienen normalmente nada que ver con el significado ni la intención*

de la narración bíblica porque el contexto es tan radicalmente distinto.[4]

Esta carencia de sensibilidad por el anacronismo hace que la Biblia sea empleada regularmente para defender dogmas y convicciones que no sólo son modernas, sino que en algunos casos habrían resultado incomprensibles para los autores bíblicos. Pretendiendo defender la Biblia, lo que defienden es su propio sistema de creencias. Lo hacen basándose en textos bíblicos entendidos «con sentido común», como si el sentido común fuese algo que de verdad tienen en común todas las culturas y todas las edades de la humanidad.

Creyendo que su sistema de creencias es perfectamente equivalente al sentido de la Biblia, el efecto es que otorgan la misma autoridad a sus dogmas que a la Biblia. Como su sistema de creencias se expresa precisamente como un sistema coherente en lugar de cómo un popurrí de historias, anécdotas, salmos y meditaciones diversas, este sistema —pretendidamente equivalente a la Biblia en cada uno de sus dogmas— en el fondo goza de mayor autoridad práctica que la Biblia.

Bien es cierto que es inevitable el intento de dar cohesión a las convicciones dentro de un sistema global de creencias, y que esto no tiene nada de negativo ni indeseable en sí. Sin embargo, cuando tales sistemas carecen de sentido de anacronismo y cuando a estas convicciones modernamente expresadas se les otorga el valor de verdades eternas e inmutables, el efecto es que la Biblia es alabada insistentemente como inerrante pero negada en la práctica, en la particularidad, peculiaridad y extrañeza de las culturas y lenguas en que surgieron sus diversos libros.

De hecho, esa insistencia en la inerrancia de la Biblia es ya en sí un buen ejemplo de dogma posterior a la Biblia, alzado al rango de verdad eterna. La Biblia tiene que poder funcionar permanentemente en la Iglesia como *control externo* respecto a las convicciones desarrolladas en las generaciones sucesivas de cristianos; lo cual obliga a mantener nuestras convicciones en cada generación con pasión y fe, sí, pero

[4] George E. Mendenhall, *The Tenth Generation: The Origins of the Biblical Tradition* (Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1973), p. 106. Mi trad. del inglés.

también con humildad respecto a los dogmas que hemos creído descubrir en sus páginas.

En todos estos casos, el poder de esta autoridad paralela o previa a la Biblia suele ser más fuerte cuanto más se niega su existencia. No hay tradicionalista más tradicionalista que quien cree que su tradición es la única manera legítima de entender la Biblia. Y no hay quien defienda la autoridad de la Biblia con más tenacidad que quien se siente en posesión de un don sobrenatural para entenderla, o quien cree haber sabido destilar de ella un sistema de verdades eternas e infalibles.

Tenemos entonces un problema. Sin nadie quererlo ni proponérselo, la autoridad presuntamente «única» de la Biblia se nos desmorona. La Biblia cae bajo el cautiverio de los que la empleamos como Texto Sagrado.

2. La cautividad de la Biblia

Es posible que el problema de la cautividad de la Biblia al pensamiento de sus defensores no se limite a la existencia de autoridades paralelas —reconocidas o no— en la vida de la iglesia.

2.1. Cautividad al pensamiento occidental. Por ejemplo algunos teólogos cristianos chinos creen que la Biblia tal como la han recibido, sólo representa una perspectiva occidental de la realidad. Los misioneros occidentales aparecen en los otros dos tercios del mundo con la Biblia bajo el brazo y alegan (1) que su libro define la realidad y (2) que ellos mismos son los intérpretes legítimos de su mensaje. Vienen armados de una fe imbatible en que son poseedores de un evangelio universal que todo el mundo necesita. Evangelio que tiene que ver con el pecado original, la expiación, la salvación, la encarnación y la trinidad. Estos conceptos, según Y. T. Wu «puede ser que estén cargados de profundo significado para aquellos que entiendan sus orígenes y alcance, pero para el chino medio no son más que superstición y especulación».[5] Entonces para que los orientales puedan recibir el evangelio de la Biblia, primero tienen que aprender del misionero qué es lo importante, cuál la naturaleza de su problema como seres humanos.

Kwok Pui Lan se queja de que:

El problema fundamental de este mal llamado evangelio universal es que además de dar la respuesta, ¡también define cuál ha de ser la pregunta! . . . Si los demás pueblos sólo pueden definir la verdad según patrones occidentales, entonces la cristianización no viene a ser más que una occidentalización.[6]

La dinámica colonialista y culturalmente imperialista del movimiento misionero del pasado ha sido reconocida por muchos cristianos de Norteamérica y Europa. Probablemente es uno de los motivos del gran

[5] Y. T. Wu, "The Orient Reconsiders Christianity", citado por P. L. Kwok en *Semeia* 47, 1989 (Scholars Press: Atlanta, U.S.A.); pág. 28. Mi trad. del inglés.

[6] Kwok Pui Lan, "Discovering the Bible in the Non-Biblical World", *Semeia* 47, ibid. Mi trad. del inglés.

desencanto con las misiones entre muchos grupos cristianos de estas latitudes. Sensibilizados por la dimensión imperialista de sus esfuerzos misioneros del pasado, hoy día muchos cristianos occidentales prefieren dialogar con las culturas y religiones del resto del mundo, renunciando a evangelizarlas.

Sería tentador examinar aquí cómo llevar a cabo una labor misionera mundial que no fuera culturalmente imperialista, pero no es este el momento. Bástenos con observar otra vez, a pesar de las mejores intenciones, cómo la Biblia acaba cayendo bajo el cautiverio de sus defensores. Su mensaje, que nació en el Medio Oriente, ha quedado ahora atrapado en formas mentales occidentales de tal modo que a los orientales les resulta incoherente. Ignorando la enormidad del sincretismo del que ha nacido el cristianismo occidental moderno, descalificaríamos por sincretista y sectaria cualquier lectura de la Biblia que no produjera una fe prácticamente idéntica a la nuestra.

> La Biblia habrá recobrado su libertad de manos occidentales el día que la teología cristiana china nos «suene a chino». Tampoco hace falta renunciar a la posibilidad de una fe cristiana realmente universal. Sin embargo el punto de partida para ella tiene que ser el encuentro de cristianos de distintas partes, en auténtica igualdad de condiciones bajo el señorío de Jesucristo.

2.2. Cautividad a los vencedores eclesiásticos del pasado. Algunos expresan su desconfianza de la cautividad de la Biblia en términos aún más radicales. Hay distintas maneras de entender el proceso de redacción y aceptación de los textos bíblicos como inspirados. ¿Cuál es el mecanismo que opera para que un texto sea aceptado como sagrado por los fieles de una religión determinada? Esta no es una pregunta que los cristianos que nos preciamos de ser bíblicos nos hagamos muy frecuentemente. ¡Lejos de nosotros está plantéarnosla como un problema fundamental! Nuestra respuesta es automática y sencilla: la Biblia es la Palabra de Dios, y no nos interesa saber cómo es que sabemos que esto es así. Lo aceptamos por fe y ya nos vale.

Tampoco debemos ponernos a la defensiva si alguien prefiere estudiar la cuestión. Si nuestra fe es verdadera, si está basada en la realidad, como creemos, no tenemos nada que perder si se investiga el

proceso mediante el cual la iglesia llegó a aceptar que la Biblia sea Palabra de Dios.

Según algunas teorías al respecto, tanto en la formación de un texto bíblico en particular, como en su aceptación como parte del canon de Escrituras reconocidas hubo conflictos de intereses eclesiásticos. Conflictos de punto de vista teológico. Todos los textos bíblicos surgen en contextos conflictivos. Nadie escribe, ni siquiera Dios, porque sí. Siempre está de por medio la intención de conducir al lector a la aceptación de una interpretación particular de la realidad, frente a otras interpretaciones posibles. Las cartas apostólicas reflejan claramente esa situación polémica. La lucha por establecer, contra otras opiniones, qué significó la muerte y resurrección de Jesucristo, quiénes son verdaderos apóstoles, cuál la práctica correcta de la fe cristiana. Todo esto frente a falsos significados, falsas autoridades, y conductas indeseables. Si el autor de Eclesiastés escribe su convicción de que todo es vanidad, lo hace porque otros opinan lo contrario.

El mismo interés y los mismos conflictos atienden a la aceptación como Escritura del documento una vez redactado. Se reconoce en él la Palabra de Dios precisamente porque es útil y convincente frente a las ideas que combate.

En ese sentido el proceso canonizador (el proceso de aceptación de un documento como Escritura) es un proceso de lucha por el poder en la comunidad de los fieles. Los documentos aceptados como Escritura son los que las personas victoriosas en esos conflictos eclesiásticos aceptaron y promovieron. Estas personas lograron que se aceptara su autoridad personal y también que se aceptaran como inspirados los escritos con los que ellos estaban de acuerdo.

Escribe Robert Detwiler

> *La canonización, o sea la promoción y aceptación de un texto como sagrado y por lo tanto vinculante, es entonces . . . fundamentalmente una cuestión de poder. El texto se acepta como sagrado cuando un determinado segmento de la comunidad es*

capaz de instituirlo como tal, con la intención de controlar y ordenar a la comunidad entera.[7]

Suponiendo que esto sea cierto, y ciertamente es verosímil, tampoco es necesariamente negativo. Mi propia fe, posiblemente algo ingenua, es que Dios estaba en los detalles. Que se reconocieron las autoridades que Dios puso y prevalecieron las ideas que él inspiró.

Partiendo de esa convicción personal de que a pesar de todo el texto bíblico es fidedigno respecto a la voluntad de Dios, sigue siendo posible ser sensible a observaciones como las siguientes:

1. A pesar de las palabras inequívocas de Jesús acerca de la grandeza del servicio y las trampas del poder (Luc. 9.46-48; 22.24-26), la iglesia protocatólica que redacta y acepta el Nuevo Testamento muestra un claro interés en establecer el poder y la autoridad eclesiástica. Ha empezado ya el camino hacia una concepción jerárquica de la autoridad cristiana, que niega en la práctica la universalidad de dones y ministerios en la iglesia y el concepto de servicio como máxima expresión de autoridad.

2. Aunque según Gálatas 3.28 «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús», la carta a Filemón reconoce los derechos del amo cristiano sobre su hermano esclavo, y otros pasajes imponen limitaciones severas a la participación de la mujer en la iglesia.

Según lo expuesto anteriormente, en ambos casos veríamos un reflejo del debate interno de la iglesia sobre estas cuestiones. El Nuevo Testamento recoge las posturas victoriosas, que coinciden con el mayor grado de acomodo a las normas imperantes en la cultura circundante, y en contra de las libertades sociales más revolucionarias sostenidas por otros cristianos de esa primera generación. El texto bíblico congela un instante del debate y lo sacraliza. Pero no puede ocultar ni es su interés negar la vitalidad de ese debate. La estrategia misionera que refleja el texto bíblico exigió el sacrificio de algunas libertades que ciertos hermanos sentían suyas por virtud del evangelio. El radicalismo abolicionista

---

[7] Robert Detwiler, "What Is a Sacred Text?", *Semeia* 31, 1985; pág. 217. Mi trad. del inglés. Detwiler describe aquí conceptos de Gerald. L. Bruns.

de la esclavitud y el feminismo radical eran sacrificables frente a la imperativa de traer el evangelio a la sociedad grecorromana.

Hay quien opina que los textos bíblicos, al recoger y sacralizar la opinión más socialmente conservadora, la más adaptada a las normas sociales de su mundo, están viciadas de un cautiverio interno irremediable. Entonces los pasajes que dan muestras de este cautiverio quedan descalificados. No constituyen revelación divina.

Tal opinión, amén de empequeñecer y desvirtuar la Biblia como Sagradas Escrituras, nos priva precisamente de aquellos pasajes que nos muestran la legitimidad de un cierto acomodo cultural en detrimento de nuestros derechos sociales. Si en aquella cultura esclavizadora les tocó a los esclavos sacrificar sus derechos, siglos más tarde les llegó el turno a los amos sacrificar los suyos, en medio de una sociedad cuya conciencia se volvió en contra de la esclavitud. De la misma forma, si en aquella cultura paternalista y patriarcal les tocó a las hermanas sacrificar sus derechos, también nos ha llegado hoy el turno sacrificar los nuestros a los varones, en una cultura que se vuelve en contra de los abusos machistas del patriarcado.

> ¿En qué se basaría este cambio? Precisamente en aquellos pasajes bíblicos que nos muestran la virtud de una cierta adaptación a la cultura circundante. Algo que sería imposible si nos dispusiéramos a negarles su legítimo lugar en la Biblia.

2.3. La cautividad hermenéutica de la Biblia. Una posible tendencia hacia posturas autoritarias, machistas y socialmente conservadoras en el texto bíblico, se puede transformar rápidamente en una tendenciosidad hermenéutica real, si los únicos intérpretes autorizados del texto son varones que gozan de autoridad en la iglesia y pertenecen a la clase social o raza dominante. Tal fue, por ejemplo, el caso de la defensa decimonónica de la esclavitud en el sur de Estados Unidos.

Katie Geneva Cannon, una mujer norteamericana de raza africana, ha hecho un estudio interesante de la facilidad con la que aquellos teólogos y predicadores blancos y masculinos llegaron a creer que la Biblia defendía la esclavitud de la raza africana. La defensa bíblica de la esclavitud se establecía sobre tres columnas. (1) La inferioridad de la raza africana, una raza bíblicamente maldita de Dios. El texto preferido

aquí era Gén. 9.25. (2) El convencimiento de que si no fuera por su condición de esclavos, los negros seguirían en el paganismo. El trato había resultado ventajoso para ellos, ya que así habían recibido la salvación de sus almas. (3) La Biblia manda a los esclavos obedecer a sus amos y nunca cuestiona la esclavitud como tal, reconociendo su necesidad y conveniencia para la paz y el progreso de la sociedad humana.

Se llegó a considerar que la prédica en contra de la esclavitud formaba parte de «un complot traidor y diabólico que conduciría directamente a la negación de la autoridad bíblica, al desarrollo desenfrenado del racionalismo, la filantropía deísta, el panteísmo, el socialismo, o un jacobinismo parecido al comunismo.»[8]

Hoy estas opiniones nos parecen tan escandalosas que nos cuesta creer que muchos predicadores sabios e importantes de todas las denominaciones (episcopales, presbiterianos, congregacionalistas, bautistas, metodistas y católicos, entre otros) las hayan mantenido a ultranza. Sin embargo no podemos darnos el lujo de ignorar que esta buena gente pensaba que defendía la autoridad de la Biblia. Si defendieron la esclavitud tan vigorosamente fue precisamente porque creyeron que lo que estaba en juego era nada menos que la autoridad práctica de la Biblia en la vida cotidiana.

¿Cuál fue su error?

Willard Swartley también ha estudiado este caso en que pretendiendo defender la Biblia, ciertos predicadores norteamericanos acabaron defendiendo la espantosa y cruel inmoralidad de la esclavitud. Comenta:

> *El debate sobre la esclavitud debe alertarnos acerca de las tendencias de justificarse uno mismo, o los intereses personales que pueden aflorar en el empleo de las Escrituras. . . . No faltará quien diga que todos usan las Escrituras de una manera interesada. Hasta cierto punto eso es verdad. Sin embargo si ese interés personal conduce hacia la injusticia, la opresión y la violencia estructural, entonces el mismísimo corazón de la verdad y el mensaje bíblico ha*

---

[8] Katie Geneva Cannon, "Slave Ideology and Biblical Interpretation", *Semeia* 47, pág. 17. Mi trad. del inglés.

sido repudiado. En ese caso, la posición mantenida es antibíblica, cítense los textos que se citen.[9]

[9] Willard M. Swartley, *Slavery, Sabbath, War, and Women* (Herald Press: Scottdale, U.S.A., 1983); pág. 62. Mi trad. del inglés.

3. Espejos hermenéuticos

Los teólogos de liberación acusan a la teología tradicional de haber caído precisamente en la trampa descrita por Swartley. Según ellos la teología europea y norteamericana ha olvidado un dato fundamental del mensaje bíblico: la parcialidad divina hacia los que sufren opresión y pobreza. Tomás Hanks, en el prólogo a su libro *Opresión, pobreza y liberación*, relata su sentimiento de frustración e indignación cuando quiso preparar una conferencia sobre la pobreza en la Biblia:

> *Imagínese mi estupor cuando consulté todos los respetables tomos de erudición bíblica con resultado casi nulo. Estaba perplejo, decepcionado e indignado. Perplejo, porque no entendía por qué existía un hueco tan grande en las obras de erudición bíblica que nos vienen del Primer Mundo; frustrado, porque tendría que hacer 100 veces el trabajo que había planeado (empezando prácticamente de cero); e indignado, porque sabía de la existencia de tanta tesis doctoral en el campo bíblico sobre temas de muy poca importancia, mientras que éste, que reclamaba tanto la atención de las iglesias en América Latina se había quedado sin la atención debida.*[10]

Hasta hace poco los pastores y teólogos de Europa y Norteamérica han sido los intérpretes «normales» de la Biblia. Estos eran y son respetables profesionales de clase media, con sus buenas carreras universitarias. Si nunca se propusieron estudiar el tema de la opresión y la pobreza en la Biblia, no fue por animadversión a los pobres, ni mucho menos por mala fe. Sencillamente el tema les parecía carente de interés práctico para su ministerio. Ahora otros remedian esta falta, y la teología que parte de la experiencia de los pobres suena tan extraña que a muchos les resulta prácticamente imposible de encajar. Les parece que esta teología trastoca peligrosamente el sentido de conceptos fundamentales como la salvación, el pecado, y el reino de Dios.

Es fácil acusar a los teólogos de liberación de crear una Biblia (o por lo menos una interpretación bíblica) a su propia imagen. Partiendo de

[10] Tomás Hanks, *Opresión, pobreza y liberación* (Editorial Caribe: Miami, U.S.A., 1982); pág. 12.

un análisis marxista de la realidad, buscan un análisis marxista de la realidad en la Biblia y, ¡Oh maravilla!, lo encuentran. En su defensa, los teólogos de liberación alegan que todo el mundo lee la Biblia según sus intereses y que ellos por lo menos lo hacen honestamente, sin tapujos. Añaden que la Biblia misma favorece a los pobres y oprimidos y por lo tanto los únicos que podrán entender el mensaje bíblico son los que adoptan esa misma preferencia. O sea que la teología de liberación no pretende ser imparcial, sino que pretende una parcialidad semejante a la de la Biblia misma.

Convenza o no este argumento, es cierta la observación de que la interpretación bíblica imparcial no es posible. Todas las lecturas bíblicas son interesadas. Si nos parece que la Biblia tiene algo que decirnos en nuestra situación actual, es precisamente porque cada cual busca en ella soluciones a sus propios problemas, sus propias inquietudes, sus propias dudas y angustias. Problemas, inquietudes, dudas y angustias que conforman el marco de su interés en la Biblia, determinan las preguntas que hace y por lo tanto las respuestas que halla. Problemas, inquietudes, dudas y angustias que son todas terriblemente parciales y personales.

Una interpretación bíblica imparcial no le interesa a nadie por el sencillo motivo de que no está en juego el interés de nadie.

En el mejor de los casos, esto nos asegura que el mensaje bíblico siempre será pertinente. Siempre hablará a la situación real y actual del que lee e interpreta la Biblia. En el mejor de los casos la Biblia, leída para descubrir en ella el mensaje de Dios para los problemas del momento, aportará soluciones y respuestas que pueden transformar la situación. La Biblia puede sorprendernos con una verdad insospechada, con una manera novedosa de enfrentar el problema. Puede forjar una unidad del Espíritu donde antes había opiniones encontradas.

Entonces la Biblia es como una ventana a través de la cual podemos contemplar el hermoso paisaje de la opinión divina, que siempre nos insta a cambiar y madurar, a avanzar hacia una mayor comprensión de la verdad divina.

Pero en el peor de los casos, esta ley de que cada lectura de la Biblia es una lectura interesada, conduce a lo que podríamos llamar un espejo hermenéutico.

El espejo hermenéutico se produce cuando el lector o intérprete no descubre en la Biblia otra cosa que el fiel reflejo de sus opiniones previas.

Pongamos un ejemplo: Imaginemos una persona que está convencida que la devoción a María es un aspecto importantísimo de la fe cristiana. Esta persona estudia los pocos pasajes bíblicos que mencionan a María para descubrir las claves bíblicas de una auténtica devoción mariana. Así por ejemplo descubre en el saludo del ángel, que María es «llena de gracia» (Luc. 1.28, *kejaritoméne*, en griego). Esto significa a las claras que toda la gracia divina se halla en ella, y es así como ella llega a ser mediadora de la gracia divina. Por otra parte, ella no podría ser absolutamente llena de gracia si tuviera culpa de pecado, aunque más no fuere el pecado original. De donde se desprende su inmaculada concepción.

Los protestantes y evangélicos sonreímos con aire de superioridad ante una interpretación tan descabellada, arrancada de una palabra griega que admite otras traducciones. Pero si somos sinceros, tenemos que admitir que hemos observado muchas veces en el mundo evangélico interpretaciones tan disparatadas como esa. Lo observamos con facilidad en el prójimo. Lo triste es que no nos damos cuenta cuando aflora nuestra propia cautividad a nuestros propios espejos hermenéuticos.

Entonces la Biblia deja ya de ser una ventana abierta que nos deleita con el paisaje de la voluntad divina. Ya no podemos ver en ella más que nuestra propia imagen, el fiel reflejo de nuestras convicciones previas. Ha perdido su poder para transformarnos; ya solamente puede confirmarnos tal cual somos. Sin darnos cuenta, ya no nos dirigimos a la Biblia con la esperanza vital de que nos regenere, nos obligue a madurar. No. Ahora vamos a ella para buscar argumentos para obligar el cambio en los demás, hasta que todos piensen como nosotros.

¿Cómo salirnos de este espejo hermenéutico, este círculo vicioso que interrumpe la obra transformadora del Espíritu Santo en nuestras vidas?

Un paso evidente sería «el test de la incomodidad». Cualquier interpretación bíblica que nos incomoda, que si la aceptáramos nos obligaría a cambios profundos en nuestra manera de entender y actuar, puede encerrar una verdad que Dios está queriendo revelarnos. Especial atención se merecen las interpretaciones que nos obligarían a abandonar los legalismos fariseos mediante los que oprimimos al prójimo con prohibiciones y obligaciones superficiales. Está claro que no porque nos resulte incómodo será siempre cierto. Pero por lo menos se merece que escudriñemos nuestro corazón para descubrir si nuestra incomodidad es justificable y no simplemente el reflejo de nuestra parcialidad interesada.

4. Hacia una hermenéutica que devuelve a la Biblia su autoridad

Hay métodos de estudio bíblico que nos ayudarán a romper el espejo y abrir la ventana. Existen buenos tratados de hermenéutica sobre el particular. Aquí nos limitaremos a trazar en líneas muy generales un estilo de estudio bíblico que sea útil para escuchar más a Dios y escucharnos menos a nosotros mismos.[11]

Se trata en primera instancia de descubrir el mensaje bíblico en cuatro pasos. Hay que entender:

4.1. Lo que pone el texto bíblico.

Para comprender el texto bíblico hay que saber qué quiere decir cada palabra.

Hay que comprender la estructura gramatical del pensamiento.

Contestamos preguntas sobre Qué, Quién, Dónde, Cómo, Por qué, Cuándo (Después de qué, Antes de qué).

Aquí son útiles los diccionarios de la lengua, los diccionarios bíblicos, etc. Los que no estudian el texto en su griego o hebreo original, deberán esforzarse por cotejar entre distintas versiones, sin despreciar las católicas, con el fin de hacerse una idea de la amplitud de las ideas en el idioma de su autor.

4.2. Lo que quiso decir el autor.

Aquí hace falta saber algo acerca del estilo literario del texto que estamos estudiando. La exposición razonada, la poesía, la parábola, la alegoría, un cuento o una fábula con su correspondiente moraleja, todas pueden ser formas de decir la verdad. Sin embargo tienen distintas maneras de expresarla, cuyas reglas hay que conocer y respetar. Si un poeta dice «Me has roto el corazón» nadie supone que

[11] Para el resto de este capítulo, tengo una enorme deuda con Perry Yoder, *From Word to Life* (Scottdale: Herald, 1982), pp. 34-51, del que incluso me he inspirado para los diagramas que figuran hacia el final.

un examen del forense confirmaría que ha habido un desgarramiento de los tejidos cardíacos. Todos entendemos el artificio, la licencia poética. La verdad contenida en la expresión es algo muy distinto del significado literal de las palabras que la enuncian.

Debemos estar atentos al tipo de texto que estamos interpretando. Debemos permitirle al Espíritu Santo la libertad de haber elegido otros medios literarios que no solamente la exposición racional, para expresar su revelación. No todo lo que pone el texto es literalmente cierto, aunque todo sea profundamente verdad.

También hay extensos pasajes aparentemente históricos, pero que no lo son conforme a los criterios aceptados comúnmente hoy día. Su valor es especialmente el de comunicar una visión de la actividad divina en medio de la actividad humana, de manera que los sucesos se anotan con un programa teológico muy preciso en la mente del autor, lo cual determina su selección de hechos a narrar y su manera de narrarlos y atribuirles significado. Esta manera de escribir historia sería inaceptable hoy día y consideraríamos sesgada y poco fiable la narración de cualquier historiador moderno que siguiera esos métodos. Al igual que los demás géneros literarios de la Biblia, entonces, el de «historia» también requiere una comprensión y un tratamiento especiales.

Cada pueblo, cada idioma, tiene giros idiomáticos muy suyos, que pueden confundir a extraños. Cuando Jesús dice que nadie puede ser su discípulo si no aborrece a su familia, se está expresando de una manera típicamente semita. La mente semita prefiere plantear oposiciones donde la mente occidental hablaría de distintos grados. En castellano diríamos «Nadie puede ser mi discípulo si no me ama más que a su familia». Jesús también se podría haber expresado así. Supongo que la gramática aramea no se lo habría impedido. Pero seguramente le habría parecido un poco soso; sin fuerza, sin garra. De manera que debemos estar atentos a los giros idiomáticos o culturales que surgen de las culturas y los tiempos en que se originaron las Escrituras. Debemos cuidarnos de un literalismo ciego que distorsione el sentido original de la frase.

Para establecer lo que el autor quiso decir, es importante asegurarnos de que entendamos el lugar del versículo en cuestión dentro del

argumento global del libro bíblico. Debemos asegurarnos de que la porción que estamos estudiando sea lo bastante extensa como para ser útil. Un versículo solo no suele ser bastante. Casi nunca nos revelará fidedignamente lo que el autor quiso decir. A veces necesitamos cinco o seis versículos para captar su pensamiento; otras veces un capítulo entero. En algunos casos no habremos comprendido lo que quiso decir el autor hasta no haber seguido atentamente su argumento a través de varios capítulos o el libro entero.

También debemos ser sensibles a la situación a la que se dirige el texto. Por ejemplo, la exclamación «¡Cuidado con los gatos!» no quiere decir siempre lo mismo. En una ebanistería, los gatos mantienen unidas las piezas de madera hasta que se seque la cola. Allí, «¡Cuidado con los gatos!» significa que hay que poner atención acerca de su empleo, o cuidarse de quitarlos mientras la cola no se haya secado. En un laboratorio de investigación con ratones, «¡Cuidado con los gatos!» advierte que si los felinos se comen a los roedores, igual desaparece en su merienda el fruto de varios meses de investigación científica. Y en una tienda de artículos de porcelana, «¡Cuidado con los gatos!» puede ser una advertencia acerca de ciertas piezas, gatos de porcelana, que corren peligro de caerse y hacerse añicos. Entonces, hasta que no sepamos dónde y en cuáles circunstancias se ha exclamado «¡Cuidado con los gatos!», no tendremos la más mínima noción acerca de lo que la persona que lo pronunció quiso decir.

Esto significa que también tenemos que tener en cuenta variaciones geográficas y temporales. Todos los que hemos recorrido varios países de habla hispana sabemos que una palabra perfectamente inocente en un país, puede tener un significado escandaloso en otro. Viniendo a España desde Argentina, más de una vez he tenido que curarme de espanto sobre el particular. Luego además, cuando leemos la literatura de generaciones pasadas, descubrimos muchas palabras cuyo significado ha cambiado notablemente desde entonces.

El Antiguo Testamento se redactó en el transcurso de varios siglos, durante los que el lenguaje fue evolucionando, con todos los equívocos literarios a los que esto pudo dar lugar. La geografía hebrea también fue variada, abarcando doce tribus en una primera época, y posteriormente

las naciones de Judá al sur e Israel al norte; y cada una de estas regiones tuvo sus lógicas variantes en el léxico y la pronunciación.

El Nuevo Testamento se redactó en relativamente poco tiempo. Sin embargo muchos vocablos que hallamos en el Nuevo Testamento desarrollaron un significado «técnico» en la teología griega posterior. Es fácil caer en la tentación de creer que cuando los apóstoles emplean una palabra, tienen en mente la doctrina tal cual se desarrolló posteriormente en torno a esa palabra.

También hay que tener en cuenta el momento histórico, el momento de la historia bíblica al que se dirige el autor. Si Isaías profetiza que Jerusalén no caerá y Jeremías que sí, es porque se dirigen a distintas situaciones históricas. Aquí descubrimos que el mensaje de Dios para una generación puede ser absolutamente opuesto a su mensaje para la generación anterior. Antes de descubrir el mensaje de Dios para nuestra propia generación y situación, es indispensable saber las circunstancias en las que Dios se expresó de determinada manera en el momento histórico recogido en la Biblia.

De manera que siempre hay que tener en cuenta al autor. Quién fue, cuándo y dónde vivió, cuál fue su manera característica de expresarse, qué quiere decir cada palabra cuando él la usa, cual es la totalidad de su argumento.

> No debemos caer en la ingenuidad de creer que cada vez que aparece una palabra o una frase en toda la Biblia, siempre quiere decir lo mismo. En resumidas cuentas, aunque hayamos comprendido perfectamente lo que pone el texto (primer paso), tenemos que averiguar lo que el autor quiso decir con esas palabras.

4.3. Lo que dice la Biblia.

Una vez que hemos establecido lo que quiso decir el autor del pasaje en cuestión (segundo paso), es imprescindible cotejar ese mensaje con lo que dice la Biblia en general. Si el mensaje divino de las Escrituras nos ha llegado por medio de autores que se dirigieron a su propia situación histórica particular, no podemos darnos por satisfechos con un autor y un texto.

Huelga decir que cada pasaje bíblico es útil —en algún sentido u otro— para conocer la voluntad de Dios. Luego también es importante añadir que si cada pasaje bíblico contiene la palabra de Dios, es la Biblia entera la que contiene el mensaje entero. No se puede ser fiel al pensamiento de una persona si no se sigue el argumento total de lo que expone. Es frecuente que lo que un autor expone en una página, lo matice y equilibre con conceptos adicionales en otra. Con la Biblia pasa lo mismo.

Pero pongamos un ejemplo, que con ejemplos nos entendemos mejor:

Ya hemos mencionado que Isaías profetizó que Jerusalén no caería y Jeremías profetizó que sí caería. Entonces, si queremos saber la opinión de Dios acerca de Jerusalén, no podemos quedarnos solamente con Isaías o solamente con Jeremías. Tenemos que comprender el porqué del mensaje divino acerca de Jerusalén en tiempos de Isaías y el porqué del mensaje contrario en tiempos de Jeremías y Ezequiel. Luego tenemos que seguir la trayectoria de la enseñanza bíblica sobre Jerusalén a través de toda la Biblia. Así acabamos por descubrir que la salvación o caída de Jerusalén depende de la justicia y la santidad que haya en ella. Depende de la presencia de Dios en el templo; y la presencia de Dios en el templo depende de la conducta de sus ciudadanos. Descubrimos que hay un principio superior, que condiciona cuál será el mensaje sobre Jerusalén para cada generación. Dios, efectivamente, se pronuncia de manera contraria en distintos momentos, pero el principio que da lugar a la palabra de Dios es siempre el mismo. La única manera de descubrir ese principio generador es comparar una cita con otra.

En los tiempos de Jeremías y Ezequiel hubo muchos que aceptaban a ciegas el mensaje de Isaías (el profeta del pasado) como palabra de Dios. Basándose en Isaías, tenían fundamentos bíblicos para descalificar el mensaje de Jeremías. Les pareció una sarta de blasfemias. Quisieron matarle. No comprendían que el mensaje de Isaías pudiera ser un mensaje veraz, pero incompleto.

Aquí descubrimos que las cosas que la Biblia pone con mayor claridad específica, frecuentemente son las que tienen menor validez de cara a otras circunstancias distintas. Isaías dice inequívocamente que

Jerusalén no caerá. Ya está claro, ¿no? Dios ha hablado. Pero aunque Isaías lo diga, eso no es lo que dice la Biblia. Establecemos lo que dice la Biblia al respecto, al comparar a Isaías con Jeremías, Ezequiel y otros autores bíblicos. Así descubrimos que la Biblia no se pronuncia inequívocamente sobre Jerusalén. Lo que la Biblia dice es que todo depende de la justicia y santidad de la ciudadanía. O sea que lo que *la Biblia* dice, lo dice en principios generales, más que en los detalles concretos.

Sin embargo la guía que solemos pedirle a la Biblia es precisamente una guía concreta y específica. Queremos saber si vamos a permitir que la Hermana Tal predique en nuestra iglesia el domingo que viene. Queremos saber si el hermano Fulano, que lleva dos años divorciado, está en libertad para volver a casarse.

> Entonces solemos caer en una de dos tentaciones. Una es la de darnos por satisfechos con «la palabra de Dios» según el pronunciamiento de un único autor bíblico en sus circunstancias particulares. La otra tentación es la de recopilar todos los pasajes bíblicos que mantienen un mismo punto de vista (que coincide en ser precisamente el que ya manteníamos). Pero si verdaderamente queremos saber lo que dice la Biblia, en lugar de solamente coleccionar pasajes que apoyan el punto de vista que ya defendíamos, debemos buscar precisamente aquellos pasajes que se oponen entre sí. Así podremos descubrir, por encima de cada palabra circunstancial, el principio generador que da lugar a esa diversidad en el testimonio bíblico.

4.4. Lo que nos dice la Biblia (Lo que Dios nos quiere decir).

Una vez que hemos observado lo que Dios ha revelado en cada situación y hemos llegado a comprender la coherencia fundamental que une el testimonio bíblico, estamos en condiciones de escuchar lo que el Espíritu Santo nos quiere decir hoy. Habiendo decidido qué es lo que la Biblia dice (tercer paso), estamos en condiciones para saber cuál es el mensaje de la Biblia para nosotros. O lo que viene a ser lo mismo, qué es lo que Dios nos quiere decir a nosotros mediante su palabra.

Ese mensaje divino bíblico para nosotros puede ser que coincida en ser el mismo en sus detalles, que el que quedaba expresado en algún pasaje bíblico en particular. También es posible que sea una solución novedosa, sin precedentes bíblicos exactos, que solamente alcanzamos a comprender después de haber captado el mensaje bíblico en toda su dimensión.

Si queríamos saber si podemos permitir que la Hermana Tal predique en nuestra iglesia el domingo que viene, vamos a querer considerar aquellos pasajes paulinos que limitan el papel público de la mujer en las iglesias. Pero lo que Dios nos quiere decir a nosotros a través de su palabra no va a ser necesariamente que la Hermana Tal no puede predicar. Habiendo estudiado cuidadosamente el mensaje fundamental de la Biblia, posiblemente lleguemos a la conclusión de que si Dios ha dado a la Hermana Tal un mensaje importante para nosotros, haríamos bien en escucharlo. Si Jesús dijo que el sábado fue creado para el hombre y no el hombre para el sábado, es posible que decidamos que el silencio femenino ha sido impuesto para el bien de la iglesia, y no la iglesia para el bien del silencio femenino. Entonces igual decidimos que Dios quiere que escuchemos a la Hermana Tal el domingo que viene.

O igual no. Habría que hacer el estudio y calibrar la situación específica a la luz del mensaje bíblico.

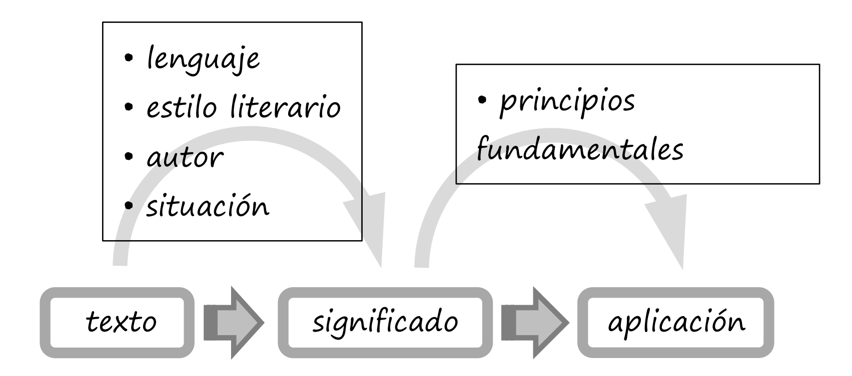
Evidentemente esto elimina respuestas rápidas y reglas fáciles construidas sobre la base de versículos sueltos. Pero ¿quién quiere una respuesta rápida si es una respuesta superficial y equivocada?

Vamos a recurrir a unos diagramas para repasar lo que queremos lograr con este estilo de estudio bíblico:

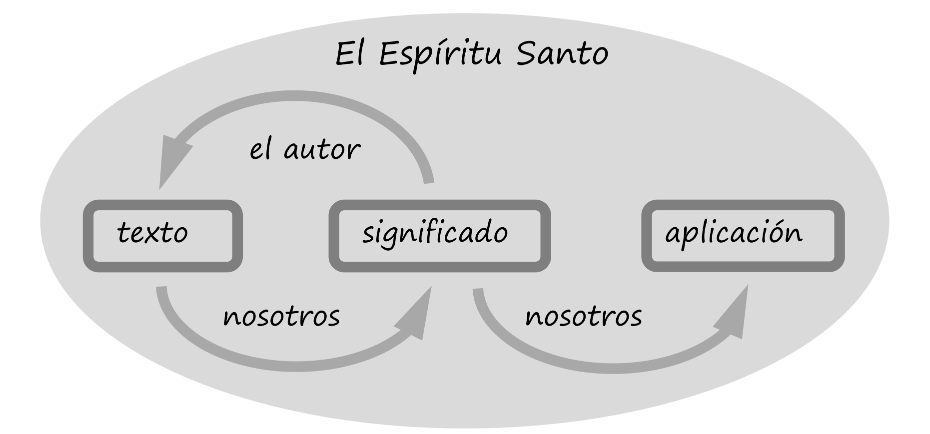


Empezando con el texto bíblico, queremos descubrir primero su significado original, para proceder finalmente a su aplicación a nuestra propia situación concreta.

Para proceder desde el texto hacia la comprensión de su significado, debemos tener en cuenta su lenguaje, estilo, autor, y situación histórica concreta.



Luego para proceder desde el significado hacia su aplicación en nuestra propia situación concreta, tenemos que descubrir los principios fundamentales que inspiran el mensaje, y decidir si las circunstancias presentes son equivalentes a las que refleja el texto.



Toda la historia de lo que Dios pretende lograr con el texto bíblico está sometida a la actuación del Espíritu Santo. Las Escrituras han sido inspiradas por Dios, y hace falta el Espíritu Santo para comprenderlas. Por eso envolvemos todo el diagrama en una especie de nube que da a entender el Espíritu Santo.

El autor empieza con su significado particular: lo que Dios le ha revelado para el momento en el que escribe. Luego el autor vierte ese significado en el estilo literario y las palabras más adecuadas para comunicar el mensaje divino a sus contemporáneos.

Finalmente nuestra propia labor empieza con el texto y reconstruye lo que fue su significado en la revelación de Dios al autor. Pero no nos quedamos allí, puesto que nuestra situación ya no es la del autor. Por eso proseguimos, habiendo descubierto el significado, hasta establecer cuál es su aplicación para nuestra propia situación.

> Recordemos que frecuentemente esa aplicación será negativa. O sea que acabaremos decidiendo que Dios nos dice hoy algo distinto a lo que dijo entonces, en ese pasaje particular. Pero lo que Dios nos dice hoy será siempre coherente con lo que inspiró las Escrituras.

4.5. La importancia de la iglesia.

Ningún método de interpretación bíblica ofrece garantías si se realiza al margen de la iglesia. Esto es decir que la tarea hermenéutica no incumbe a particulares sino a la comunidad de los santos. Ya lo dijo Pedro sobre la profecía: «Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada» (2 Ped. 1.20).

Esto no quiere decir que cada cristiano deba renunciar a estudiar la Biblia por su propia parte. Sin embargo hay que reconocer que Dios nunca se ha propuesto tener «santos sueltos», sino crear una iglesia. La interpretación correcta de las Escrituras será aquella que logre imponerse por encima de las preferencias, la comodidad y los intereses creados de los diversos miembros de la comunidad. En la medida que cada uno renuncia a sí mismo, el Espíritu revelará su verdad para la edificación y santificación en justicia de su pueblo entero.

Este proceso de renuncia a uno mismo y sus propios intereses no es imposible cuando uno estudia la Biblia solo. Pero es mucho más probable que suceda si uno tiene que someter su interpretación al discernimiento y la aprobación de la comunidad.

Capítulo 3.

La cruzada, la Virgen y la Biblia

1. La cruzada y la Biblia

Según Jacques Ellul el concepto de la cruzada surgió como imitación directa de la *yihad*, o guerra santa musulmana. Dice así Ellul:

> *Aquel episodio famoso de Carlomagno en el que obliga a los sajones a convertirse so pena de muerte, sencillamente nos presenta una imitación de lo que el Islam había estado haciendo durante dos siglos. Pero si la guerra ahora tiene como meta las conversiones al cristianismo, podemos ver que muy rápidamente se configura como guerra santa. Es una guerra librada contra infieles y herejes. . . . Pero la idea de una guerra santa es un producto directo de la yihad musulmana. Si ésta es una guerra santa, entonces obviamente la lucha contra los musulmanes para defender el cristianismo también ha de ser una guerra santa. . . . De este modo la cruzada incluye una garantía de salvación. El que muere en una guerra santa va directamente al paraíso, y lo mismo sucede con el cruzado. Esto no es mera coincidencia; es un equivalente exacto. Las cruzadas, que en su día fueron admiradas como expresión de una fe absoluta . . . son de origen musulmán y no cristiano.*[1]

Los cristianos habían estado peleando guerras desde aproximadamente el siglo cuarto. Sus argumentos para participar en la guerra estaban copiados directamente de la filosofía social griega y romana. San

[1] Jacques Ellul, *The Subversion of Christianity*, trad. del francés por G. W. Bromiley (Grand Rapids: Eerdmans, 1986), págs. 102-103. Mi trad. del inglés.

Agustín, en este tema, suena mucho más como Platón o Cicerón que como Jesucristo. Ha de observarse que aquellos argumentos incluyen una confesión libre de que la guerra es cualquier cosa menos santa. No soy un historiador y por lo tanto no estoy capacitado para juzgar el caso por mi propia cuenta; sin embargo la lógica de Ellul me parece convincente, cuando él halla la fuente del concepto de cruzada fuera del cristianismo, o sea en el Islam.

Ellul menciona una serie de otras influencias islámicas en el pensamiento y la conducta de los cristianos, pero no menciona un aspecto en el que creo que la lógica del argumento sería muy similar a la que emplea con respecto a la guerra santa.

Así como los cristianos habían estado peleando durante siglos pero nunca pensaron que sus guerras pudieran ser santas hasta que copiaran el concepto del Islam, también habían estado usando la Biblia desde sus mismísimos comienzos. Sin embargo demoraron más que un milenio y medio en elaborar una doctrina de inerrancia bíblica y plena inspiración verbal. En realidad no debería sorprendernos descubrir que, efectivamente, a los musulmanes esa también se les había ocurrido siglos antes que a los cristianos. Mi conocimiento del Islam es extremadamente limitado, todo de segunda mano. Sin embargo me parece interesante notar que para los musulmanes el Corán es la palabra «increada» de Dios, que fue trasmitida exactamente a Mahoma por el arcángel Gabriel.

Según John H. Yoder[2] la formulación de la doctrina de inerrancia así como hoy la expresan algunos evangélicos fundamentalistas, data del siglo diecisiete. Surge en el protestantismo escolástico en medio de una polémica de dos vertientes. Por un lado pretende establecer la autoridad única de la Biblia frente al reconocimiento en la Iglesia Católica del papel fundamental de la Iglesia histórica. (La doctrina católica halla cierto eco en los anabaptistas, que señalaban la autoridad del cuerpo de

[2] John H. Yoder, *To Hear the Word* (Eugene: Wipf and Stock, 2001), pp. 86-88. Este capítulo, "The Authority of the Canon", aborda una temática parecida a la que me ocupa en este aquí, con la ventaja de que Yoder siempre gozó de un estilo más racional y menos provocador que el mío, y procura allí hallar nuevas maneras de hablar de la autoridad de las Escrituras, que no estén viciadas de las polémicas exaltadas del pasado. Lamentablemente, no ha sido traducido al castellano.

los creyentes reunidos, junto a la de las Escrituras.) El otro aspecto de la polémica escolástica protestante ataca la glorificación de la razón natural como fuente suprema del conocimiento, característico de la Ilustración, que ya se empezaba a gestar.

Yoder sin lugar a dudas está en lo cierto cuando establece que aquel fue el momento y contexto en que surge la doctrina de inspiración plena verbal e inerrante. Mi propio comentario adicional sería que cuando fue necesario defender la Biblia como libro de características únicas en cuanto a su origen y naturaleza y no tan sólo en cuanto a su historia y contenido, se encontró a mano el concepto elevado del Corán mantenido por los musulmanes. Así como la guerra de los cristianos no podía ser menos santa que la de los musulmanes, el libro sagrado de los cristianos no podía ser menos que el Corán en cuanto a su inspiración.

La idea de que las Escrituras pudieran ser absolutamente divinas en su origen no se encuentra solamente en el Islam, claro está. Ciertos escritos judíos mantenían una creencia parecida acerca de la *Torah* (el Pentateuco). El problema con este concepto de inspiración no es solamente que venga de otra religión y no se origine en el cristianismo. Del mismo modo que sucede con el concepto de guerra santa, el problema es que es un concepto contrario al cristianismo, incompatible con la revelación fundacional del cristianismo.

Para muchos esta opinión resultará sorprendente, exagerada e injuriante. Sépase entonces que mi intención en estas páginas no es menospreciar las Escrituras, sino alabar la sabiduría del Espíritu Santo que supo valerse de los frágiles medios humanos que utilizó para darnos un libro tan perfecto para nuestra instrucción espiritual. La Biblia, no es que *tiene que tener* autoridad en toda Iglesia cristiana del signo que sea, sino que *de hecho la tiene*, indiscutidamente. El debate no es jamás acerca del hecho de la autoridad de la Biblia, sino de cuál es esa autoridad y cómo funciona. Si sugerimos aquí que esa autoridad no deriva de la presunta inerrancia que se le empezó a atribuir hace relativamente pocos siglos, entonces corresponde explicar de dónde se opina que sí deriva.

Procederemos oportunamente a ofrecer las necesarias explicaciones, que podrán convencer o no. De momento baste con observar que

el concepto de una inerrancia absoluta, inerrancia que según sus defensores abarca incluso los detalles «científicos» del texto de las Escrituras, se origina muy tardíamente entre los cristianos, y que en primera instancia ni siquiera es una doctrina cristiana.

2. La Virgen…

La doctrina católica romana de la inmaculada concepción de María establece que ella, la «Madre de Dios», permaneció absolutamente incontaminada por el pecado. Desde su mismísima concepción estuvo libre de toda corrupción, incluso de la del pecado original. Algunos pocos aún mantienen el concepto medieval del pecado original, creyendo que éste se transmite mediante el acto de reproducción sexual. Partiendo de esa base, habría que llegar a la conclusión de que las circunstancias de la concepción de María hubieron de ser tan milagrosas como las que atienden a la concepción de Jesucristo.

No se dice de María que ella misma haya nacido de una virgen. De modo que «María, debiendo nacer pecadora por el modo mismo de su concepción, recibió no obstante la gracia en el primer instante de la creación de su alma», si bien «solamente por efecto de los méritos redentores de Jesucristo». Esta gracia recibida desde su concepción la hace incluso más perfecta delante de Dios que si se le hubiera trasmitido la inocencia original de Adán.[3]

Esta doctrina sobre María se completa con las de la conservación de su virginidad perpetua posterior al parto de Jesús, y su asunción a la gloria celestial. Hay lugar a opiniones divergentes sobre si esta asunción fue previa a su muerte, o si fue posterior a una eventual resurrección. Pero evidentemente su cuerpo no pudo conocer la corrupción, puesto que su alma tampoco la conoció.

Desde esta gloria celestial (en la que por lo visto ella está omnipresente en el mundo, y es omnisciente por lo menos en cuanto a los rezos de los creyentes) ella atiende a las peticiones de los cristianos, que al ser hermanos de Jesús son también sus hijos. Así ella intercede ante Dios, al que ella conoce tan íntimamente como hijo y como fecundador. Intercede ante ese Dios que a nosotros nos resulta algo lejano e intimidante, por lo que su gracia femenina intercesora resulta tan perfecta.

[3] M. J. Nicolas, O. P., *Theotokos, el misterio de María*, (Barcelona: Herder, 1967) pág. 146, n. 6.

¿Cuál es el efecto de esta doctrina?

Jesús está capacitado para efectuar nuestra salvación porque es distinto a nosotros, que somos hombres pecadores. El es la gracia de Dios que se acerca a nosotros en nuestro pecado y nos redime. Pero él obra esta salvación desde una posición ajena a la realidad humana.

Ya no es solamente hijo de Dios en cuanto a su paternidad atribuible al Espíritu Santo. También es hijo de la que es, a todos los efectos prácticos, una diosa. La palabra «diosa» por supuesto que no figura en el vocabulario católico acerca de María. Pero no se me ocurre en qué variaría la gloria, el poder y la influencia cósmica que se le atribuye si la describiéramos como «diosa» en el sentido pagano, politeísta.

Pero lo que nos interesa ahora no es en primer orden defender el monoteísmo riguroso, sino observar el efecto que esto tiene en Jesús. Porque esta doctrina nos ofrece un Jesús libre de contacto con la auténtica realidad humana, que es una realidad de tentaciones que son tentaciones precisamente porque es posible ceder ante ellas. Pero cuando Jesús pasa a ser hijo de Dios e hijo de una diosa (o de una mujer endiosada, separada ella misma incluso del pecado original), es imposible que él ceda ante la tentación. Sería contrario a su naturaleza. Y si es imposible que él ceda ante la tentación, ésta deja de serlo de verdad.

Menno Simons, del que toman su nombre los menonitas, cayó en un error similar, impulsado por la misma motivación de garantizar la santidad incorrupta de Jesús. Menno, que vivió hace casi quinientos años, creía —como muchos en su época— que el semen es como una semilla que se planta en la tierra. La mujer entonces sería la tierra fértil donde la semilla se desarrolla hasta el parto, pero sin contribuir en absoluto a las características genéticas del hijo. Según esta explicación de la reproducción humana, lo que el Espíritu Santo puso en María fue la totalidad de lo que se desarrollaría para ser Jesús de Nazaret. María queda totalmente al margen del proceso, excepto en su cualidad de «tierra fértil». Vistas así las cosas, aunque Menno no llega a decirlo, María podría haber tenido experiencias sexuales antes de concebir a Jesús sin por eso contaminarle, ya que él es biológicamente ajeno a María. La virgini-

dad de María sería entonces un dato histórico interesante, no una doctrina necesaria.[4]

Con esta explicación Menno pretende desarticular la doctrina católica romana sobre María, y a la vez mantiene en alto la santidad incorrupta (en realidad incorruptible) de Jesús.

El efecto es el mismo. De una manera y de otra, Jesús no pecó porque su naturaleza fue distinta a la nuestra. Nosotros pecamos porque se nos trasmite biológicamente la propensión hacia el pecado. Jesús, el nuevo Adán creado directamente por Dios, es de otra raza; una raza resistente a la tentación.

Así queda establecida la autoridad de Jesús para efectuar la salvación de la humanidad. Jesús entre los hombres es Emanuel, Dios con nosotros. Su enseñanza goza de autoridad porque en su persona es Dios mismo quien habla. Su muerte por nosotros es eficaz para salvarnos porque él es un Cordero sin mancha, que no puede tener mancha porque es imposible que la tuviera, porque él es de una naturaleza distinta a la nuestra. De ahí mana su autoridad para salvarnos.

Luego volveremos sobre este tema. Porque este planteamiento de las cosas se inclina hacia la heterodoxia. Se asemeja al antiguo docetismo, que afirmaba que Jesús en realidad no se hizo hombre, sino que sólo *aparentó* ser un hombre. El caso es que ni la Iglesia Católica Romana ni Menno Simons son decéticos; ambos mantienen una irrenunciable convicción de que Jesús se hizo hombre, hombre de verdad. Por eso es tan curiosa la doctrina católica sobre María. Al fin de cuentas, el pensamiento de Menno sobre la concepción de Jesús no es más que una curiosidad histórica sin importancia posterior. Los menonitas nunca le siguieron en este particular. Pero la doctrina católica sobre María es tan irrenunciable como su doctrina sobre Jesús, a pesar de que su efecto es el de dejarnos con un Jesús humano, sí, pero distinto a nosotros en cuanto a su naturaleza moral.

---

[4] Menno Simons, «Incarnation of our Lord», en J. C. Wenger, ed., *The Complete Writings of Menno Simons*, traduc. por L. Verduin (Scottdale: Herald, 1956). Todo este ensayo de Menno, que data de 1554, explica su posición. Véase por ejemplo la pág. 793.

Dejemos esto aquí por el momento, mientras volvemos al tema de la inspiración bíblica.

3. … Y LA BIBLIA

¿Cuál es la naturaleza de la autoridad de la Biblia?

La única clave teórica que nos ofrece la Biblia misma acerca de su autoridad se halla en 2 Tim. 3.16: «Toda la Escritura es *theópneutos* y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra».

Aparte de esto tenemos aseveraciones en el sentido de que la ley y los profetas (Isaías en particular) anuncian a Jesús, de lo que deducimos que Jesús y los apóstoles creían como mínimo que aquellos pasajes del Antiguo Testamento que coincidían con lo que Jesús entendió que debía ser su vida y misión eran ciertos. Del uso del Antiguo Testamento que hace el Nuevo hemos de pensar que los apóstoles lo aceptaban como punto de referencia para explicar sus propias convicciones. Lo que no podemos saber es si ésta es una estrategia para convencer a sus lectores de extracción judía, similar a la cita que hace Pablo de los poetas atenienses (Hch. 17.28) y profetas cretenses (Tit. 1.12-13).

Probablemente no. Es difícil imaginar que los apóstoles no creyesen que los escritos hebreos fueran superiores a los de cualquier otra nación. Pero en ningún sitio, con la salvedad de 2 Timoteo que hemos citado, (que además no especifica que se refiere a escritura hebrea, aunque yo acepto que se sobreentienda) explican en qué radicaría esa superioridad.

Allí (2 Tim. 3.16-17) habíamos visto dos elementos importantes. En primer lugar, la palabra griega *theópneutos*. En segundo lugar, y probablemente de mucha mayor importancia en el pensamiento de Pablo, el para qué, la utilidad práctica (moral y ética) para que las Escrituras están escritas. La palabra *theópneutos* establece sencillamente que toda Escritura halla su génesis en el Espíritu de Dios. La traducción corriente es «inspirada por Dios». Pablo no se explaya acerca de lo que él entiende como «inspiración», de modo que la Biblia nos deja sólo esta palabra totalmente huérfana de definición bíblica, una palabra que además aparece una única vez en todo el texto bíblico.

Lo más probable es que los apóstoles no tuviesen una doctrina consecuente de «inspiración bíblica». Su enfoque parece haber sido utilitario más que sistemático. Citan el Antiguo Testamento cuando hallan en él algo que concuerda con lo que ya han aprendido de Jesús, al que ellos aceptan en primera instancia como Señor. Su evangelio es el evangelio de Jesucristo; y los escritos de los hebreos les resultan útiles para explicar ese evangelio. Pero estos escritos derivan su autoridad de la de Jesús. Los apóstoles no reconocen a Jesús como autoridad porque concuerde con la Biblia hebrea, sino que es Jesús el que les confirma la autoridad de ésta.

Este era un escándalo inaceptable para muchos judíos. Jesús alegaba ser él mismo una revelación inmediata (o sea, sin intermediario) de la voluntad de Dios, relegando forzosamente a segundo plano la autoridad reveladora de la Biblia.

Junto a esta falta de precisión teórica en los apóstoles sobre la naturaleza de los escritos bíblicos surge la doctrina filosófica protestante del siglo diecisiete sobre la inspiración plena e inerrante de cada palabra de la Biblia. Según esta doctrina, defendida hasta hoy por ciertos fundamentalistas evangélicos, hemos de creer que la palabra *theópneutos* es prácticamente equivalente a «dictado» en castellano. Como cuando un profesor dicta lo que los alumnos deben escribir con el fin de comprobar su ortografía: El profesor pronuncia lenta y claramente, repite varias veces cada frase; dice «punto», «coma», «dos puntos», etc. cuando la puntuación lo requiere. El resultado del proceso es que lo que el alumno ha escrito es exactamente idéntico al original del profesor.

En realidad, que yo sepa nadie alega que este haya sido el proceso; sí se suele insistir que el resultado es equivalente, produciendo un libro absolutamente idéntico al pensamiento de Dios. Palabra por palabra, todo su contenido es «revelación», incluso los más insignificantes detalles «científicos», cronológicos e históricos.

Esta manera de concebir de la inspiración adolece de graves problemas. No es uno de ellos la naturaleza milagrosa de lo que propone. Lo que motiva el rechazo de esta manera de entender la palabra *theópneutos* no es la falta de fe. No cuestionamos que sea posible que esto sucediera sino que realmente haya sucedido.

Y es que tal definición del término *theópneutos* plantea la autoridad de las Escrituras de una manera semejante a lo que se deduce sobre la autoridad de Jesús a la luz de la enseñanza católica sobre María. Allí habíamos visto que no era suficiente pensar en lo concretamente observable, en Jesús de Nazaret mismo, su vida, obras, muerte y resurrección. Para establecer su autoridad faltaba además reseñar que su origen es sobrenatural. Que aunque es un ser humano, ha de entenderse que como ser humano es distinto a todos los demás seres humanos. Y que esa diferencia tiene su explicación en su forma de llegar al mundo.

La autoridad de Jesús dependía, según esas ideas, de su desvinculación de la posibilidad real de cometer pecado. A estos efectos era importante establecer que ni siquiera su madre conoció el pecado, ni siquiera el pecado original. Esto, más que confirmar su inocencia moral, la explica racionalmente. Jesús goza de pureza y autoridad para salvarnos porque no llegó al mundo como tú y como yo. Nosotros nacimos como resultado de la cópula carnal de nuestros padres. Pero él nació del Espíritu Santo y «la Santísima Virgen Inmaculada» (y no sencillamente «María, una chica como cualquier otra de Nazaret»).

Así también, según algunos de nuestros hermanos, la autoridad de la Biblia para nuestras vidas no guarda relación directa con lo que concretamente podamos leer en ella, sino que se debe a su origen sobrenatural como Palabra de Dios. No se puede admitir que en su formación pueda haber algo realmente humano. Que su contenido esté determinado y condicionado por las circunstancias humanas de sus autores. No se puede admitir que sin desmerecer su revelación divina, la Biblia adolezca de las limitaciones lógicas de un libro extremadamente antiguo, en cuanto a conocimientos científicos o metodología historiográfica. No. La participación humana en la escritura de los libros sagrados tiene que ser la mínima posible, y ésta, «inerrante» respecto a cualquier tema.

Si la doctrina católica sobre María nos acerca peligrosamente al politeísmo, esta definición de la inspiración es rayana en la idolatría. El libro funciona como un dios. Yo personalmente he sido criticado duramente por decir algo tan evidente como que no creo en la Biblia sino que creo en Dios; que no soy salvo porque la Biblia sea cierta sino porque Jesús murió por mí en la cruz. El ídolo en este caso ya no es una

representación esculpida del dios, sino su representación verbal. Pero la realidad es la misma: si la escultura pretendía representar tan concretamente la realidad del dios que ofrecer sacrificios a la escultura y al dios eran una misma cosa, ahora la Biblia representa concretamente a Dios con tanta fidelidad que dudar de la veracidad de alguna afirmación bíblica es dudar de Dios mismo.

Un ejemplo que ha conducido a un callejón sin salida es el caso del relato de la creación. Hay quien sostiene que quien no crea que el planeta como hoy lo conocemos haya tomado forma en seis días de 24 horas hace de Dios un mentiroso. Para algunos los «días» ya no necesitan ser de 24 horas aunque siempre han de ser seis. Para unos y otros, lo que de verdad importa sería que nada en Génesis indica que Dios haya creado mecanismos capaces de generar una evolución de especies: de donde sabemos —dicen— que es imposible que Dios haya creado tales mecanismos.

En realidad hay aquí dos confusiones. La primera es la de suponer que si leemos Génesis 1 y 2 como poesía o metáfora didáctica cuyo fin es sentar bases teológicas más que científicas, dudamos de su veracidad. No. Sencillamente atribuimos la «verdad» de estos capítulos a otro nivel que el científico, un nivel que de todos modos le sienta mucho mejor al texto. La otra confusión es la que más nos interesa en el tema que ahora nos ocupa. Es la de identificar tan estrechamente a Dios y la Biblia que cuestionar alguna afirmación bíblica equivale a rechazar a Dios y la revelación de sí mismo que hallamos en la Biblia.

Es posible quizá que ronde por ahí algún ateo que se sirva del relato bíblico de la creación para decir que si Dios existiera sería un mentiroso despreciable por haber omitido mencionar la evolución de las especies. Pero es injusto acusar de tales sentimientos a los muchísimos cristianos que aceptan algunos aspectos de la teoría de evolución sin cuestionar en absoluto su fe en un Dios creador y sustentador del universo.[5] Sencillamente ocurre que estos cristianos no creen que un libro jamás pueda ser la imagen absoluta de la mente de Dios. Ven en el libro un factor

[5] Sobre el despropósito y desatino de la guerra entre el «creacionismo» y el «evolucionismo», recomiendo *En el principio… Una perspectiva evangélica del debate sobre los orígenes* (Terrassa: CLIE -Ediciones Andamio, 1991).

humano y por lo tanto capaz de errar en cuestiones que no atañen directamente a la revelación de Dios sobre sí mismo y la naturaleza de nuestra relación con él. Esto solamente es blasfemia si el libro es absolutamente idéntico al pensamiento de Dios, la viva imagen de Dios en cada uno de sus versículos; o sea, un ídolo. Faltarle el respeto al ídolo siempre ha sido equivalente a faltarle el respeto al dios que representa.

Ya he dicho más de la cuenta. No conozco a ningún evangélico al que sería del todo justo acusar de idólatra por sus ideas acerca de la Biblia. También sería injusto acusar de politeístas o docetistas a los católicos por sus ideas sobre María. Me limito a señalar ciertas tendencias. Señalo hacia dónde nos conduciría la lógica consecuente en cada caso. En realidad, ningún ser humano es perfectamente consecuente en su lógica; lo cual probablemente sea más una virtud que un defecto.

4. La humanidad de Jesús…

El revuelo que se levanta cada vez que se rueda una película basada en la vida de Jesús nos indica hasta qué punto los cristianos, tanto católicos como evangélicos, tenemos totalmente asumida la naturaleza divina de Cristo. Es difícil imaginar una reacción tan visceral si estos proyectos cinematográficos exageraran el aspecto sobrenatural de su vida, en lugar del aspecto humano. El *docetismo* sigue siendo una tentación casi irresistible para los cristianos.

El docetismo fue una antigua herejía que enseñaba que Jesús solo *parecía* humano. Basándose en las presuposiciones de la filosofía neoplatónica que hizo furor durante los primeros siglos de existencia del cristianismo, definían la materia como corrupción y maldad. Definidas así las cosas, les parecía imposible —realmente escandaloso, injuriante, blasfemo— que Jesús hubiera asumido una auténtica existencia material.

Por mis observaciones propias y comparadas con las de otras personas que lo notan con la misma inquietud, me atrevería a decir que una variante moderna del docetismo —libre hoy de sus prejuicios neoplatónicos contra la materia— es hoy la tentación más ampliamente difundida entre los cristianos. La divinidad de Jesús es algo perfectamente asumido. No así su humanidad. En nuestra lengua castellana decir «Jesucristo» y «Dios» es perfectamente intercambiable. Sin embargo emplear «Jesucristo» y «hombre» como sinónimos intercambiables daría resultados absurdos y ridículos.

Tengo comprobado de sobra que una descripción tan «humana» de Jesús como la que viene en las páginas a continuación, resulta inquietante, tal vez grosera, para la sensibilidad de la mayoría de los cristianos piadosos, tanto evangélicos como católicos. Pareciera que nos cuesta creer, no con el intelecto sino con el corazón, que Jesús de verdad fue tan cabalmente un hombre. Es casi como si nos asombráramos de que la gente que más trató con él —especialmente sus parientes y los vecinos de su pueblo de Nazaret— jamás pudieron creer siquiera que fuese un profeta, ni qué hablar de algo más.

Pero «la Palabra» se hizo hombre. Hombre sin asteriscos, sin cláusulas en letra pequeña, sin trucos ni ases en la manga. Jesús insistió que no había nada de extraordinario en las señales y los prodigios que él realizó; que cosas aún mayores haríamos sus seguidores. 1 Juan 3 insiste reiteradamente en nuestra condición de hijos de Dios, la de todos los cristianos. Luego los primeros versículos del capítulo cuatro tachan de «espíritu de anticristo» negar que Jesucristo haya venido en carne. Si bien todos somos hijos de Dios, también es importante insistir que Jesús vino en la carne. Las dos cosas apuntan hacia un mismo hecho. El de la identidad incondicionada de Jesús con nuestra propia realidad.

C. Norman Kraus, en su cristología *Jesus Christ our Lord*, comienza su definición de la persona de Cristo con un capítulo dedicado a la humanidad de Jesús.

> *Cuando insistimos en la plena humanidad de Jesús . . . insistimos en una identificación personal plena con nosotros en nuestra existencia histórica humana —una identificación que involucra a Jesús en la frustración y los dilemas existenciales que tenemos que enfrentar cuando intentamos obedecer la voz de Dios. Esto es lo que da a entender la palabra «sufrió» en el Credo de los Apóstoles, donde describe la vida y el ministerio de Jesús.*[6]

Normalmente describimos a Jesús como el «Hijo de Dios». Pero no es así como Jesús se describía a sí mismo. Los demonios, los que le condenaron a muerte y, sí, alguna vez un discípulo con entusiasmo eufórico, hicieron todo lo posible para que él se declarara como «Hijo de Dios». Cada uno tenía sus propios motivos por hacerlo. Frente a estas presiones, Jesús se llamó a sí mismo regularmente «Hijo del Hombre».

No interesa aquí negar que Jesús haya tenido realmente naturaleza divina. No hemos denunciado tendencias docéticas con la intención de defender el arrianismo, el nestorianismo o el adopcionismo[7]. En el Nuevo Testamento se dicen cosas acerca de Jesús —especialmente una vez resucitado y ascendido— que sólo tienen sentido si se le atribuye plena divinidad en algún sentido u otro. De donde la importancia de

[6] C. Norman Kraus, *Jesus Christ Our Lord* (Scottdale: Herald, 1987), pág. 69.

[7] Antiguas herejías que negaban diversamente la plena divinidad de Cristo.

observar, como algo más que meramente anecdótico, que Jesús normalmente se identificó como «Hijo del Hombre».

Cuando Lucas 2.40 pone que Jesús «se llenaba de sabiduría», da a entender que no nació con ella. Jesús, como ser humano, tuvo que aprender. Aprender significa recibir información nueva que cambia las percepciones y opiniones mantenidas anteriormente. Aprender significa haber estado en el error o en la ignorancia. De modo que no nos sorprende ver en Marcos 11.13 que para saber si la higuera llevaba higos tuvo que acercarse y verlo; ni tendría que sorprendernos descubrir que al no ver más que hojas se sorprendió porque ignoraba que no era la estación de los higos. Jesús sabía algunas cosas e ignoraba otras, una condición que todos los seres humanos reconocemos y que a veces también nos depara sorpresas desagradables.

Según Marcos 13.32 Jesús no tenía conocimientos detallados del futuro (sólo el Padre sabe la hora). Los seres humanos también reconocemos esta situación. Pero si la condición humana es una de conocer el futuro de una manera muy imperfecta, también fue esa la condición de los profetas bíblicos y la de Jesús mismo. El mismo capítulo nos habla de su predicción de su retorno: el Hijo del Hombre «vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos . . . No pasará esta generación hasta que todo esto acontezca» (Mar. 13.26,30). Bueno, si hemos de ajustarnos a la verdad literal, se equivocó. Han pasado muchas generaciones y Jesús no ha vuelto para juntar a todos sus escogidos. Tampoco es que nos haya mentido. Él mismo admitió en el versículo 32 que en realidad no sabía la fecha.

Que se haya equivocado al intentar adivinar una fecha del futuro que él mismo admitía desconocer, sólo crea problemas si se parte de la base que Jesús era algo distinto a los seres humanos. Como este no es el punto de vista de Marcos, esto a él no le crea problemas. Encajando aquel error con humor, cita las palabras de Jesús: «De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca» (Mar. 13.28). ¡Pero en el capítulo 11 Marcos ya nos había contado cuáles eran los verdaderos conocimientos de Jesús acerca de las higueras!

Aquí es donde hay que decir con claridad que «errar es humano», sí, pero precisamente por eso equivocarse no es pecado. Equivocarse no supone ninguna contaminación moral porque uno no puede ser culpable de lo que ignora. Pecar es violar la integridad de nuestra relación con Dios como Creador y como Padre. Y esto fue lo que Jesús nunca cometió.

Hemos de insistir que Jesús no violó la integridad de su relación con el Padre, incluso al enterarnos en Heb. 5.8-9 que «aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia» y que de esta manera fue «perfeccionado». ¡Perfeccionarse, en el sentido de aprender a ser obediente por medio del sufrimiento, es un proceso que el autor de Hebreos no duda en atribuir a Jesús! Es imposible imputarle herejía nada menos que al autor de Hebreos, con su cristología tan desarrollada. No nos queda más remedio que confesar, junto con todos los apóstoles, la humanidad incondicionada de Jesús de Nazaret.

Volvemos a citar a Kraus:

> *Algunos rechazarán [semejante descripción de Jesús] por temor a rebajar la pureza de Cristo, pero este no es el temor de los autores del Nuevo Testamento. Ellos tienen una claridad intransigente acerca de su pureza incontaminada por el pecado, pero insisten en su identidad plena y existencial con nosotros. . . . La perfección de Jesús como Hijo de Dios no se hallaba en alguna infalibilidad divina escondida bajo su humanidad sino en su dependencia perfecta, como ser falible, de la infalibilidad del Padre. En lugar de rechazar su falibilidad humana con la que se identificó con nosotros, tenemos que volver a examinar el concepto del pecado que hay en el Nuevo Testamento. «Ser un humano falible» no equivale a «ser un pecador».*[8]

«Ser un pecador» tampoco es algo que se transmite biológicamente mediante la reproducción sexual. Parece ser que Ambrosio de Milán (340-397), el maestro de Agustín de Hipona, fue el primero en trazar la conexión entre el nacimiento virginal de Jesús y su incontaminación por el pecado. Pero esto es confundir las cosas. Es hacer del pecado una

[8] Kraus, pág. 70.

condición biológica y no una condición de responsabilidad moral. Si vamos por aquel camino es lógico acabar con una doctrina como la católica acerca de María. Se hace necesario cortar los lazos biológicos entre Jesús y la genética contaminada por la sexualidad que padecemos todos los demás.

No es este el mensaje bíblico. La ausencia de pecado en Jesús se encuentra en la calidad de su relación con el *Abba*, el Padre. Es su disposición radical a hacer las obras del Padre (Juan 5.19). Para esto él tuvo que reconocer, sin ningún reproche, sin ninguna vergüenza, las limitaciones con las que se encontraba como ser humano. Esta actitud fue la contraria a la de Adán y Eva y todos nosotros, que no estamos dispuestos a aceptar estas limitaciones y nos empeñamos en actuar independientemente de la voluntad del Padre.

¿Cómo es posible, sin embargo, que Jesús, con naturaleza divina además de humana, pudiera equivocarse… aunque en ello no hubiere mancha ni pecado? Y aunque aquello quedara explicado, ¿cómo es posible fiarse de él en ningún particular de lo que él alegó revelar acerca de la voluntad del Padre, si siempre nos puede quedar la duda de que en esto también se pudo haber equivocado?

Quien pudiera explicar eso estaría explicando con ello el misterio de la encarnación. Hay teólogos que han intentado explicarla, pero yo no soy capaz siquiera de intentarlo. Prefiero quedarme con el texto del Nuevo Testamento, donde vienen todos los datos aunque libres de explicaciones filosóficas. Y si me apuran, estoy dispuesto a recitar los antiguos credos que aceptan todas las iglesias ortodoxas (aunque estos no *explican* sino que esconden el misterio detrás de un abracadabra de conceptos filosóficos griegos de muy remota antigüedad, que hoy poca gente sería capaz de definir).

Sí haré la siguiente observación, sin embargo, que se me antoja importante a pesar de mis enormes limitaciones y mi propia falibilidad más que evidentes:

No es lo mismo equivocarse en cuanto a conocimientos que equivocarse en cuanto a la conducta a seguir en el trato debido a Dios y el prójimo. No es lo mismo equivocar una fecha —incluso por miles de

años— que odiar en lugar de perdonar, maldecir en lugar de bendecir, guardar en lugar de compartir, despreciar o ignorar en lugar de amar.

Jesús insistió que lo que daba fe de su testimonio acerca de sí mismo eran sus *obras*. No al revés. No eran sus palabras las que daban fe de que sus obras fueran buenas. Sólo podremos saber que Jesús es digno de nuestra fe y confianza si nos lanzamos a seguirle en nuestras vidas de a diario. Viviendo como él mandó vivir y siguiendo el ejemplo de su vida, obra y muerte, descubriremos que, en efecto, esa es la vida que más nos conviene. Jamás podremos estar seguros acerca de él sin seguirle. No hay una seguridad en abstracto, al nivel de las ideas, aparte de sus obras y su muerte indefensa a favor de los pecadores que le matábamos. Su Verdad se entiende primero con las manos y los pies; sólo más adelante, si hay suerte, con el cerebro.

Jesús nunca alegó que sus seguidores pensarían correctamente, sin errores en sus ideas, conocimientos y opiniones; sino que ellos también, por sus buenas obras y amor, manifestarían ser hijos de Dios (Mat. 5.19, 43-45).

5. … Y LA HUMANIDAD DE LA BIBLIA

Aceptar las limitaciones que supone acercarse de verdad a los seres humanos no fue algo que solamente hizo Dios en la vida de Jesús. Toda revelación de Dios, fueren cuales fueren sus características superficiales, siempre ha supuesto un compromiso radical de Dios con las limitaciones humanas.

El Dios del que nos habla la Biblia es un Dios cuya característica fundamental es su disposición a entrar en relación con nosotros. La Biblia emplea varias metáforas para expresar esta realidad: entre otras, las metáforas de un rey y su pueblo, de un marido y su mujer, de un padre o de una madre y sus hijos. Estas metáforas son antropomórficas, o sea que atribuyen a Dios características humanas. Pero son características humanas en relación. La experiencia tan típicamente bíblica de un Dios que habla ya es un antropomorfismo de relación.

Bárbara Andrade examina lo que supone que Dios se dé a entender a los seres humanos en la historia y a través de la historia:

> *Yahvé habla al pueblo israelita en la historia datable, en la que este pueblo se encuentra de hecho. . . . La palabra de Yahveh, si ha de ser portadora de un sentido para el pueblo tal cual es en el momento de oirla por la mediación de Moisés, y por ende captable, tiene que ser palabra sobre la situación histórica; tiene que tomar esta situación en cuenta.*[9]

Comprender la particularidad histórica en la que Dios tiene forzosamente que dirigirse al ser humano significa aceptar que lo que Dios ha hablado y hecho con sus interlocutores bíblicos no está dirigido a nosotros en primera instancia. Ahora bien, si la lectura bíblica ha de acabar en algo más que un placer literario, tenemos que creer que mediante lo que Dios dijo a otros también podemos conocer algo de su voluntad para nosotros. Pero éste es un proceso secundario, indirecto en cuanto al contenido textual de lo que leemos. El Espíritu de Dios que ha impulsado la escritura del texto también influye espiritualmente en

---

[9] Barbara Andrade, *Encuentro con Dios en la historia* (Salamanca: Sígueme, 1985), págs. 34-35.

nuestra captación de su significado. Pero este significado no surge del texto sino del Espíritu que usa el texto como medio para interpelarnos.

De modo que siempre que Dios habla o actúa en la Biblia lo hace en circunstancias particulares. Lo hace dentro de una historia particular, dentro de un pueblo o la vida de una persona en particular. Dios no habla en general así como no hablamos en general ni tú ni yo. Dios habla en una situación concreta para personas concretas con fines concretos y localizables en un punto concreto de la historia humana.

Terence E. Fretheim ha pensado detenidamente acerca de lo que significa que Dios se relacione con nosotros de verdad:

> *¿Qué sucede cuando aceptamos con toda seriedad la palabra «relación»? ¿Qué es necesario para que una relación sea real? ¿Qué significa que una relación tenga integridad como relación, que es presumiblemente el único tipo de relación que Dios podría mantener, ya que Dios es ciertamente el ejemplo supremo de lo que significa relacionarse? . . . Cualquier compromiso o promesa dentro de una relación supone una limitación de la libertad. Mediante tales acciones, Dios ha limitado decisivamente las opciones que tiene para hablar y actuar. Dios en primera instancia ha ejercido su libertad divina al hacer tales promesas. Sin embargo, al haber hecho tales promesas, de ahí en adelante la libertad de Dios está verdaderamente condicionada por esas promesas. Dios hará lo que dice que hará; Dios será fiel a sus promesas, y esa es una limitación de su libertad.*[10]

Pero hay otras limitaciones que asume Dios al relacionarse con nosotros; limitaciones que están contenidas en el significado de cada una de las metáforas bíblicas de relación.

Hablar de Dios como rey significa que su pueblo puede rebelarse, desobedecer sus leyes, trastornar sus planes. Hablar de Dios como marido o amante significa que el amor puede o no ser correspondido. En realidad una de las imágenes más memorables de la Biblia es la de Dios como un amante celoso por la infidelidad de su amada, con todo lo que eso supone de sorpresa, rabia e infelicidad al no lograr hacerse amar.

[10] Terence E. Fretheim, *The Suffering of God* (Philadelphia: Fortress, 1984), pág. 36.

Del mismo modo, el empleo más frecuente de la metáfora de Dios como madre o padre en la Biblia tiene que ver con sus emociones y su conducta frente al desprecio y la rebeldía o el sufrimiento de sus hijos.

Y por último hablar de un Dios que «habla» significa contemplar la posibilidad de que el oyente oiga solamente lo que quiere oír, que se tuerzan y tergiversen sus palabras, que se interprete mal. Esto no se debe siempre a la mala voluntad del oyente. Su motivo puede ser la estupidez, la ignorancia o no prestar la debida atención.

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos,
ni vuestros caminos los míos —oráculo de Yahveh—;
pues como los cielos superan en elevación a la tierra,
así mis caminos son más elevados que vuestros caminos,
y mis pensamientos, que vuestros pensamientos.

—Is. 55.8,9 (Cantera-Iglesias)

Tenemos que aceptar la veracidad de esta comparación profética entre la perspectiva de Dios y la nuestra. No podemos comprender a Dios; nuestras mentes son demasiado limitadas para aprehenderle. Como confesó el apóstol Pablo, «ahora vemos como en un espejo, confusamente» (1 Cor. 13.12). Cuando Dios «habla» nunca le comprendemos a él; a lo sumo podemos aspirar a comprender su revelación de sí mismo en esa circunstancia particular.

Ahora bien, esa circunstancia particular en la que Dios habla siempre es una circunstancia humana. Y el ser humano que escucha a Dios le escucha desde su propia cultura particular, desde su propio idioma particular, desde su propio pasado personal de experiencias, luchas, sufrimiento y alegrías. La persona a la que Dios se dirige espera de Dios lo que ha aprendido a esperar de él por experiencias previas. El profeta da voz a la palabra de Dios con los conceptos teológicos que su cultura, lenguaje y religión le ofrecen.

Dios tiene que someterse a esas limitaciones al hablar, porque es la única manera de que se le oiga y entienda. No hablar en el lenguaje y según los patrones culturales y sicológicos del oyente sería no hablar. Sería mantener una distancia insalvable entre sí y su creación humanamente limitada.

Por eso hablamos de la «humanidad de la Biblia». Porque la Biblia fue escrita hace entre diecinueve y treinta siglos. Fue escrita en hebreo, arameo y griego. Fue escrita mayormente en el Medio Oriente.

¿Quiénes escribieron la Biblia? Fueron personas con costumbres distintas a las nuestras, con una manera de pensar distinta a la nuestra, con esperanzas, aspiraciones y experiencias personales distintas a las nuestras. Incluso en sus ideas sobre lo espiritual y lo divino fueron distintos a nosotros, aunque en este respecto hayan influido tan notablemente en nosotros. Si consideramos por un instante lo enormemente difícil que le resultó al pueblo bíblico aceptar el monoteísmo, algo que a nosotros nos parece tan natural, nos empezaremos a dar cuenta del abismo que hay entre ellos y nosotros.

La Biblia fue escrita por ellos y para ellos. Las diferencias entre ellos y nosotros son tan grandes como las que puede haber en nuestro propio siglo entre europeos con formación universitaria y obreros industriales en Corea, comerciantes de un mercado árabe, o campesinos tradicionales en Uganda o Bolivia.

Esto quiere decir que algunas de las cosas que la Biblia dice con mayor «claridad» nos tienen forzosamente que resultar confusas, extrañas, a veces incomprensibles y sí, en algunos casos, falsas.

Si Jesús se limitó a la falibilidad humana, ¡cuánto más la Biblia!

¿Es acaso incredulidad pecaminosa pensar que el cielo sea «espacio», dudar que sea un «firmamento» sólido por encima del cual todo es agua? Sin embargo el relato de la creación dice esto último con claridad y el relato del diluvio (Gén. 7) es incomprensible si detrás del «firmamento» no hay agua.

Tampoco es incredulidad pecaminosa someter la historiografía bíblica al examen de los métodos modernos de entender la historia. Haciendo esto descubrimos que algunos hechos bíblicos no se produjeron en el lugar o en la época o de la forma que la narración bíblica los describe. Esto no tiene por qué disminuir la autoridad reveladora de la Biblia. Si hemos captado la condicionalidad y las limitaciones humanas de la Biblia, ya suponíamos que algo así sucedería. ¿Cómo se nos iba a ocurrir que los autores bíblicos tendrían los mismos

criterios sobre lo que constituye historia fidedigna que nuestra propia cultura?

Lo asombroso de la Biblia es que desde tiempos tan lejanos y culturas tan distintas a la nuestra, aquellas narraciones y poesías nos continúen interpelando, nos continúen enfrentando a la realidad de un Dios que puede serlo de nosotros además de suyo. Lo inspirado, lo *theópneutos* de la Biblia es que al leerla sentimos que el mismo Dios que tocó las vidas de aquellas personas puede ser también nuestro propio Dios real, personal y cercano.

Esta capacidad indiscutible de la Biblia se encuentra totalmente al margen de la veracidad de cada una de sus afirmaciones en particular. Por lo menos si la definición de «veracidad» ha de hacerse según los cánones de nuestra propia cultura y no de la cultura en la que se escribieron.

No sabemos cómo describiría la prensa de nuestros días el cruce del Mar Rojo por los israelitas. Es posible que ni siquiera se molestaría en difundir la noticia.

Los autores bíblicos describieron aquel acontecimiento en la forma que ellos creían que se ajustaba a la realidad. Ciertas personas tuvieron una experiencia concreta, histórica, de la salvación de Dios. Luego vino la memoria de los hechos y la reflexión sobre su significado. Y al final se escribió la narración bíblica desde la riqueza de la subjetividad personal y humana del autor, expresada en formas determinadas por su cultura y su idioma.

Recordemos lo difícil que es que dos personas que incluso comparten un mismo idioma y una misma cultura se pongan de acuerdo acerca del cómo, y especialmente del porqué, de un acontecimiento en que ambos tomaron parte varios años atrás. ¿Cómo podemos esperar que la manera en que los autores bíblicos relatan el episodio del Mar Rojo se ajuste a lo que nosotros reconoceríamos como «verdad»? ¿Cómo podríamos osar imponerles a ellos nuestros propios criterios, determinados por nuestra propia cultura y formación, de lo que constituye «verdad», de lo que establece que algo sea «cierto»?

Esto sería señal de una arrogancia existencial y cultural inexcusable. Sería decir que la única verdad posible es la que responde a nuestros

propios criterios de veracidad. Pero eso es precisamente lo que exige una doctrina de inerrancia plena y verbal de las Escrituras. Porque supone que solamente puede haber una verdad. Esa verdad en ningún caso sería la de los autores bíblicos, que vivieron firmemente amarrados a su propia era y cultura. En todo caso sería «la Verdad de la Biblia» según se divisa por el prisma de los planteamientos filosóficos modernos propios del fundamentalismo.

Así se pierde de vista la condicionalidad de la palabra de Dios dirigida al ser humano en su particularidad. Se procura congelar la revelación divina en un «momento» histórico y cultural particular. El resultado es que la historia queda transformada en mitología y la revelación particular de Dios pasa a entenderse como una definición absoluta para toda la humanidad.

Pero la «humanidad de la Biblia» nos permite mantener nuestros propios criterios de veracidad —mantenerlos aun sabiéndolos incompletos y tan culturalmente condicionados como los de cualquier otra era—, sin abrigar actitudes de desprecio o superioridad respecto a la perspectiva de los que la escribieron. Respetamos así la integridad de los autores bíblicos, a la vez que admitimos libremente que para ser íntegros dentro de nuestra propia realidad nos vemos obligados a opinar que muchas veces, desde nuestro propio punto de vista, se equivocaron en lo que escribieron.

En resumen, si Jesús pudo ser humano sin cometer pecado, los autores bíblicos también tienen que poder haber sido humanos sin ningún desmerecimiento. Ellos también han podido repetir las opiniones y los conceptos propios de su era y cultura —opiniones y conceptos que muchas veces a nosotros nos han de resultar incomprensibles, equivocados o incluso extravagantes—[11] sin por ello incurrir en la mentira o el engaño. Admitir esto no desmerece el carácter sagrado de las Escrituras, ni su capacidad para acercarnos a Dios. La capacidad de las

[11] Piénsese en el método que empleó Jacob para determinar el color de los corderos al nacer, Génesis 30. Lo que durante miles de años pudo parecer una sabia manipulación genética, hoy no tiene ni un asomo de verosimilitud. Quien hoy insiste en creérselo ya no ve a Jacob como un ganadero sagaz, sino como un hechicero con poderes extraordinarios. Y eso trastoca totalmente el sentido de la historia narrada en Génesis 30.

Escrituras para acercarnos a Dios es algo que hemos experimentado en carne propia todos los cristianos y por tanto no admite discusión.

Esto no es lo mismo que decir, a la usanza de algunos liberales del siglo XIX, que aunque toda la Biblia fuera mentira seguiría siendo útil porque es tan inspiradora. Tampoco estamos defendiendo aquí un abandono al relativismo y subjetivismo total, al estilo de aquel corito narcisista que reza «¡Oh, mi Dios es real porque lo siento en mi ser!»

¡He de suponer que Dios seguiría siendo real aunque a nadie le diese por «sentirlo»! También es cierto que según la Biblia, Dios a través de la historia se ha entregado plenamente al diálogo con el ser humano para darse a conocer. Ese encuentro entre Dios y la humanidad es lo que da lugar a la Biblia, y es por eso que la Biblia resulta un documento tan fundamental para la humanidad.

> No. Decir que la capacidad de las Escrituras para acercarnos a Dios es algo que hemos experimentado los cristianos no es sujetarlo todo bajo la tiranía del «yo». Es constatar un hecho reiterado en la mente y el corazón humanos, que da fe de la utilidad práctica que siguen teniendo hasta hoy estos documentos antiquísimos. Obviamente, si estos documentos no tuviesen ese efecto, nadie los tendría por Sagrada Escritura.

6. El hombre Jesús y la Biblia de los hombres

Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? (Juan 14.8-9)

Esto significa que el hombre Jesús tiene que funcionar para nosotros como la única auténtica representación de Dios. Este Jesús, humano, capaz de equivocarse, capaz de sentir sorpresa y confusión, es el modelo más perfecto que hemos de tener para comprender cómo es Dios en relación con nosotros. Jesús nos demuestra que Dios está dispuesto a abrazar nuestras propias limitaciones con el fin de ayudarnos a descubrir también la gloria que nos corresponde como seres creados a su imagen y semejanza. Jesús nos muestra un Dios comprometido incondicionalmente con su creación humana. Un Dios atado a nuestro destino con las indestructibles cadenas de su amor eterno.

El propósito del Padre en Jesús fue acercarnos a sí mismo.

Del mismo modo, las Escrituras en su falibilidad, su condicionamiento histórico, cultural y lingüístico, sus contradicciones internas, sus pasajes aburridos, sus genealogías interminables y leyes que a nadie se le ocurre obedecer, tienen un propósito claro. Toda la Biblia señala hacia Jesús.

El Antiguo Testamento nos conduce hacia su propio futuro como testamento antiguo, la culminación de su historia interna con la llegada de Jesucristo al mundo. Jesús es el auténtico cumplimiento de Torah, del Pentateuco (Mat. 5.17-48). Los profetas, en cuanto fueron profetas auténticos, anunciaron la misma realidad que al final se manifestó a la perfección en Jesucristo (Heb. 1.1-4; 1 Ped. 1.10-12).

El Nuevo Testamento entero tiene como única obsesión el evangelio de Jesucristo. Los cuatro evangelistas, por supuesto. Pero Hechos y las cartas de los apóstoles no hacen más que narrar las consecuencias históricas de la revelación de Dios en Jesucristo; exploran las consecuencias prácticas en la vida de los que decidieron hacerse sus discípulos, la transformación de perspectivas y conducta que resultó de

su encuentro con él. Y el Apocalipsis es una visión de Jesucristo (Ap. 1.1) más que una visión del fin de la historia.

Para los judíos el Antiguo Testamento es la Biblia; la única Biblia, a la luz de la cual fue y sigue siendo necesario evaluar el ministerio de Cristo y la iglesia de los cristianos. Pero para los cristianos el Verbo es Jesucristo; él es la Palabra preexistente y eterna de Dios que se hizo carne y habitó entre nosotros. Nosotros no juzgamos a Cristo con la Biblia, sino que podemos evaluar el Antiguo Testamento a la luz de la revelación de Dios en Cristo.

Si la revelación de Dios nos ha sido ofrecida en la fragilidad de una persona humana, la revelación de Jesucristo nos ha llegado mediante la fragilidad de un documento también humano.

Jesús el hombre, anclado firmemente a la historia humana, nos muestra todo lo que hemos de poder saber acerca del Padre.

Jesús corrige las impresiones equivocadas que podríamos habernos formado al leer el Antiguo Testamento sin «entendimiento».

Corrige nuestros conceptos sobre la justicia de Dios, que si lo hubiéramos sabido entender, también en el Antiguo Testamento es inseparable de su misericordia. Corrige nuestros conceptos teológicos, revelando un Padre de compasión y misericordia que por amor ha condicionado radicalmente su propio futuro y su propia felicidad a su relación con sus hijos. Corrige nuestros conceptos antropológicos, dándonos una lección magistral de lo que puede llegar a ser un auténtico ser humano, recordándonos que hemos sido creados a imagen y semejanza de ese mismo Dios.

Corrige nuestros conceptos sobre el Mesías, el Cristo, cuyo poder se apoya en la espada que sale de su boca, o sea la palabra; cuya autoridad es la que le confiere su propio sufrimiento y no la capacidad de hacer sufrir a los rebeldes. Corrige nuestros conceptos acerca de la guerra que Dios capitanea, que no es ahora ni fue nunca «contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6.12). Corrige nuestros conceptos sobre la naturaleza de Torah, sobre las intuiciones espirituales de los profetas

hebreos, sobre la sabiduría y las canciones de Sión, obligándolos todos a medirse por un metro más elevado de santidad social y personal.

Jesús el hombre también corrige las impresiones equivocadas que podríamos habernos formado al leer el Nuevo Testamento sin «entendimiento».

Corrige nuestros conceptos acerca de «autoridad espiritual» al lavar los pies de sus discípulos y estar entre ellos como el esclavo que sirve la mesa. Corrige nuestros conceptos acerca de la Iglesia, que si le tiene a él por cabeza tiene siempre la cruz como vocación, y nunca el poder. Corrige nuestros conceptos sobre «el Cristo, el Mesías», que nunca puede ser otro que el Cordero inmolado, el hombre pobre y manso que conocimos en Galilea y en Gólgota.

Jesús, el rabino judío que Pilato crucificó para evitar males peores, él es el tema de las Escrituras. Por lo tanto este hombre es superior a las Escrituras y juzga a toda la Biblia, ambos Testamentos. Aunque más que juzgarlas como si estuvieran mal escritas, él es sencillamente la clave hermenéutica necesaria para descifrar correctamente su mensaje.[12]

«Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo» (1 Cor. 3.11). Con buenos motivos fue éste el versículo favorito de Menno.

No hay otro mediador.

El escándalo de una Biblia falible, que contiene imprecisiones y contradicciones internas, es que nos arroja irremediablemente hacia una relación inmediata con Dios.

Me explico:

Escándalo. Empleo esta palabra en su significado griego. Es lo que ofrece la ocasión de tropezar, de apostatar, de apartarse de la verdad. Me refiero a que para muchos es inaceptable que esta sea la situación. Prefieren inventar otras soluciones, crearse otros puntos de apoyo. Si esta es la realidad, entonces la realidad misma les aterra.

[12] Más sobre esto en los capítulos 5 y 6.

Imprecisiones y contradicciones internas. Esto es lo inadmisible para algunas personas. Se han escrito tomos enteros defendiendo «la verdad de la Biblia» en un intento vano e inútil por alterar la realidad. La Biblia es lo que es. Fue escrita, editada, compilada, coleccionada, alterada y copiada por quienes se sirvieron de ella, durante los siglos y en la geografía donde surgió, en los idiomas y las culturas que le dieron forma. Parece ser que el Espíritu Santo que la inspiró estuvo dispuesto a aceptar estas condiciones en las que nos ha llegado la Biblia.

La Biblia solamente puede servirnos para los fines que al Espíritu Santo le plazca, si estamos dispuestos a respetarla, respetar la integridad del documento que tenemos a nuestra disposición. Permanecer ciegos ante esta realidad es negarnos a aceptarla realmente como Santa Biblia, como *theópneutos*, inspirada para nosotros. Es insistir que para que tenga autoridad y legitimidad tiene que ser otra cosa que lo que es. Es abandonar las raíces históricas y humanas de nuestra fe y fundar nuestra existencia en mitos y especulaciones supersticiosas.

Una relación inmediata con Dios. No, no puede haber otro mediador entre Dios y los hombres (1 Tim. 2.5). Ni siquiera la Biblia. Nos encontramos con Dios en una aterradora intimidad existencial: Dios y nosotros tenemos que hallarnos uno al otro, conocernos, dialogar, y hacernos amigos si somos capaces de creer que sea posible. Los santos que vivieron en otras generaciones no pueden hacer de intermediarios. María tampoco. Ni tampoco los escritos canónicos de los hebreos y de la iglesia primitiva (la Biblia). Al final nuestro encuentro con el Padre tendrá que ser porque admitamos que sea posible ser hijos suyos, porque nos atrevamos a llamarle *Abba*, Papá.

Y sin embargo aquí, en esta intimidad existencial entre Dios y «yo», en la relación inmediata en la que él ha querido encontrarse con nosotros, no estamos del todo solos.

Jesús, el nuevo Adán por el que seremos todos vivificados, las primicias de la nueva humanidad (1. Cor. 15.20-23), nuestro hermano mayor, en cuya imagen somos transformados de gloria en gloria como por el Espíritu del Señor (2 Cor. 3.18) y a quien seremos semejantes cuando él se manifieste (1 Jn. 3.2); este Jesús está con nosotros. El está a nuestro lado. Es nuestro compañero, nuestro hermano. No guarda distancias.

No se comporta como si se considerara a sí mismo superior a nosotros. No es un ser intermedio, un hombre divino pero más divino que hombre.

Sus experiencias traen luz a las nuestras. Su sufrimiento ilumina nuestra propia desesperación. Sus elecciones frente a las opciones que su sociedad, cultura y momento histórico le ofrecían arrojan luz sobre las decisiones que nosotros también hemos de tomar. Su desconocimiento del futuro más que como intuiciones espirituales de la voluntad de Dios para la humanidad nos dan valentía para fiarnos también de la revelación intuitiva que Dios quiera confiarnos hoy. Su capacidad de errar sin pecar nos inspira para vivir en relación justa con Dios sin temor aunque sabemos que muchas veces nos equivocaremos. Su paciencia ante la frustración existencial que caracteriza nuestra condición humana nos ayuda a aceptar nuestras limitaciones, como él aceptó las suyas.

En ese encuentro con Dios también están a nuestro lado las Escrituras. No como un documento alienígena, extraterrestre, sino como un documento eminentemente humano. Allí vemos cómo otros humanos, en sus propios contextos, se encontraron en la misma aventura de conocer a Dios en la que nosotros también estamos embarcados. Vemos las formas culturales y literarias que tomaron esos encuentros en esos contextos. Nos identificamos con las contradicciones internas, las faltas de consecuencia, las transigencias, la incapacidad de comprender plenamente la voluntad de Dios que les caracterizaron.

Reconocemos como nuestra su capacidad de caer en errores y doctrinas desequilibradas («Yahveh no dejará padecer hambre al justo») que más tarde en la misma Biblia tuvieron que ser corregidos y matizadas. Vemos los callejones sin salida por los que se desviaron en la historia (nacionalismo étnico, monarquía). Nos identificamos con ellos. Sabemos que nosotros también «ahora vemos como en un espejo, confusamente» y conocemos la verdad «de manera incompleta» (1 Cor. 13.12).

Sin embargo, como los protagonistas de la Biblia, también sabemos a quien hemos creído (2 Tim. 1.12) y sabemos que «él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Jn 1.9), que

«el amor cubrirá multitud de pecados» (1 Ped. 4.8) si andamos «con humildad delante de Dios» (Miq. 6.8).

Y por último, en este encuentro inmediato con Dios, estamos rodeados de una gran nube de testigos (Heb. 12.1). No sólo los testigos bíblicos. A nuestro lado Dios ha puesto hermanos y hermanas, compañeros de aventura, condiscípulos en la escuela de Jesús. Además de la Biblia y además de la Palabra eterna de Dios que se hizo carne y habitó entre nosotros, contamos también con la Iglesia.

La naturaleza de su autoridad en nuestras vidas es similar a la de la Biblia y de Jesús. La Iglesia también es humana, también se equivoca; puede ser inconsecuente, transigir ingenuamente con el mal, interpretar incorrectamente la voz de Dios para el momento histórico en el que nos hallamos. Sin embargo, si somos de Cristo, la Iglesia es *nuestra* Iglesia. Su historia a través de los siglos es *nuestra* historia y afecta nuestra perspectiva y comprensión del evangelio. El pensamiento de nuestros hermanos y hermanas influye notablemente en el nuestro, y el nuestro en el suyo. Sus errores no nos obligan a errar, pero su fidelidad siempre nos inspira a ser fieles.

La Biblia se origina en el pueblo de Dios y ha de leerse desde una conciencia de pueblo de Dios, nunca desde el individualismo desconectado. La verdad de la Biblia no es una abstracción filosófica inhumana (no humana), desvinculada de su interpretación humana. La verdad de la Biblia tiene la fuerza persuasiva de la verdad solamente cuando la Iglesia la interpreta como verdad y le otorga autoridad normativa como verdad.

No. No estamos solos. Estamos rodeados de compañeros y somos parte de una larga historia, parcialmente recogida en la Biblia, de los que hemos recibido la gracia de conocer a Dios. Y estos, todos estos, serán siempre compañeros en nuestra condición humana, nunca intermediarios alienígenas. Es precisamente por eso que podemos aprender de ellos. Precisamente allí reside la autoridad de la Biblia.

7. ¿Y QUÉ IMPORTA?

Volviendo a la comparación con el Islam con que empezamos: La virtud de la Biblia es que, al contrario de lo que sucede con el Corán, no es un libro increado, coexistente con Dios en su mente divina desde antes de la creación del mundo. No es así como Dios se ha revelado a los cristianos. Habíamos dicho que una doctrina como la islámica sobre el Corán es incompatible con la revelación fundacional del cristianismo. Es que a la luz de la revelación de Dios en Jesús una Biblia inerrante en cada una de sus palabras no es necesaria. Todo lo contrario: constituiría una barrera artificial entre Dios y nosotros. Si la Biblia no puede ser totalmente humana, con todas las equivocaciones, limitaciones y vuelos de imaginación propias de la condición humana, entonces con cuánto más motivo, la encarnación de Dios en Jesucristo acaba siendo una doctrina del todo imposible.

Sin embargo hemos visto que en Jesús las limitaciones de la condición humana, con toda la relatividad existencial que nos caracteriza, no son óbice para que Dios pueda venir de verdad a nuestro encuentro directo.

Nuestro único camino para conocer a Dios de verdad es Jesús de Nazaret. «Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn. 14.6).

¿Qué significa esto?

1. Nuestra vocación es ser discípulos de Jesús. Estamos llamados a aprender de él a entregarnos sacrificadamente por la mejora de la existencia del prójimo. Nuestra meta es parecernos cada día más a él. «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8.29).

2. «De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace» (Jn. 5.19-20a). Como Jesús,

nuestra vocación filial con respecto a Dios tiene dos vertientes. En primer lugar es nuestra responsabilidad enterarnos de lo que el Padre está haciendo en el mundo. Es menester estar en comunión con él, observando sus obras y enterándonos de su voluntad. En segundo lugar nos corresponde participar en su obra. Tenemos que aceptar nuestras limitaciones, reconocer que nuestras propias obras son un desvío, un estorbo pecaminoso al propósito eterno de Dios. Tenemos que apuntarnos a un proyecto más grande que el de nuestra propia originalidad rebelde: la posibilidad de unir nuestros esfuerzos y nuestro destino a lo que Dios mismo está haciendo en el mundo.

3. Si nuestra meta es parecernos a Jesús y nuestra labor hacer las obras del Padre, no podemos distraernos de nuestra meta y nuestra labor para discutir sobre palabras y conceptos. La verdadera batalla contra el mal en el mundo no tiene que ver con la defensa de la ortodoxia, la correcta explicación filosófica del cristianismo. Ese fue un desvío, una trampa en que cayó la iglesia un par de siglos después de su fundación y de la que todavía no nos hemos recuperado del todo. La auténtica batalla contra el mal se halla en la lucha por lograr la «ortopraxis», la correcta conducta de los cristianos.

> *Recuérdales esto, exhortándoles delante del Señor a que no contiendan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición de los oyentes. Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad. Mas evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad. Y su palabra carcomerá como gangrena.*
>
> —2 Tim. 2.14-17a.

4. Jesús se sometió a las limitaciones de la particularidad de un idioma, una cultura, un momento histórico determinado en una geografía limitada. Lo mismo se puede decir de las Escrituras, con la salvedad de que el «momento histórico» abarca más o menos mil años. Pero esto no otorga carácter sagrado ni a la geografía ni a los idiomas bíblicos ni a la cultura de Palestina. El principio a deducir de la particularidad bíblica no es que esa particularidad se convierte en universalidad, sino que Dios acepta cada una de nuestras particularidades sociales, culturales, lin-

güísticas, geográficas e históricas. Las acepta todas y las llama a todas a superarse «en Cristo», como sucede también en los relatos bíblicos.

La existencia de poligamia, la ley del levirato, los tabúes de alimentación, el consentimiento de la esclavitud, la subordinación de la mujer, los límites de conocimiento científico y muchos otros elementos bíblicos no pueden considerarse sagrados. No constituyen la revelación de Dios sino parte de la particularidad humana a la que Dios se limitó para poder encontrarse con nosotros.

Nuestra tarea misionera es descubrir en cada particularidad humana, en cada lengua, cultura y nación, cómo encarnar con fidelidad la integridad de una relación filial con Dios y fraternal con el prójimo.

CAPITULO 4.

Si nos faltara la Biblia

PRÓLOGO

Jesús comunicó sus enseñanzas más memorables mediante el empleo de parábolas. En las siguientes páginas voy a contar un cuento imaginario. Posteriormente haremos algunos apuntes sobre la Biblia auténtica, la única que existe, la que gracias a Dios tenemos entre nuestras manos: cómo surgió, y lo que esto nos indica acerca de cómo debemos usarla y entenderla.

Los lectores más serios y ocupados quizá quieran saltarse el cuento y dirigirse directamente a las páginas de exposición razonada respecto a nuestra Biblia real y de verdad. Invito a los demás a disfrutar de un interludio que espero sea placentero, con la lectura de esta «Breve historia de la Nueva Biblia Homologada». ¿Qué haríamos si nos faltara la Biblia? ¿Qué haría Dios? ¿Sería capaz el cristianismo de sobrevivir la desaparición de sus Escrituras?

Imaginémonos que…

Breve historia de la Nueva Biblia Homologada

(novelita)

I. La Gran Persecución

En el año 7 del Nuevo Imperio Planetario se desató una persecución terrible contra los cristianos.

En el libro de Li Chu-dong, capítulo 2, versículos 22-26 leemos: «Dos mil años después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, un gran avivamiento espiritual conmovió toda la tierra. En cada región del planeta, enormes multitudes aceptaron entusiastas la palabra de salvación. El Espíritu del Señor fue liberado sobre la humanidad, confirmando con prodigios, milagros, curaciones y resurrecciones, la verdad que proclamaban sus siervos. Se pudo llegar a decir, sin faltar a la verdad, que la mayoría de las personas del mundo habían aceptado a Jesús como salvador. Era la hora de la alabanza, la hora del entusiasmo santo y puro, la hora del amor, la hora de la victoria de Cristo sobre las fuerzas espirituales de maldad que oprimían a la humanidad desde la antigüedad».

Aquella victoria de la espiritualidad cristiana había surgido de las cenizas de dos maneras fracasadas de entender la vida. Por un lado, las grandes multitudes asiáticas, africanas y sudamericanas veían que sus supersticiones tradicionales, sus dioses y rituales milenarios, no se adaptaban a las exigencias de la vida urbana e industrializada en la que repentinamente se hallaron. Por otro lado, los intelectuales ateos de Europa y Norteamérica descubrieron que la sociedad materialista que habían creado, sin Dios, era incluso más opresiva que la más terrible y oscurantista de las religiones contra las que se habían alzado. De modo que unos y otros se volvieron a Cristo. En las antiguas verdades del

evangelio toda la humanidad encontraba la respuesta a sus anhelos particulares.

De aquel gran movimiento iba a surgir la Gran Cruzada Evangélica. Moisés Johnson empezó a predicarla desde su «Tabernáculo del evangelio de la verdad completa» en Los Angeles, California. Otros, en otros países y continentes, se unieron a aquella llamada. Había llegado el milenio, decían, el evangelio había sido proclamado a cada lengua y tribu y nación. Y ahora correspondía a los cristianos gobernar sobre la tierra bajo la autoridad de Cristo.

Mekarebe Madsrejata (Admoniciones 3:11-12) había de reflexionar sobre aquel momento histórico, «Hijo mío, no te fíes de las masas, cuya euforia es susceptible al engaño y la manipulación. Busca más bien la hermandad de los del camino difícil y poco transitado». En los países democráticos los cruzados llegaban al poder mediante las elecciones. Como los cristianos eran amplia mayoría y estaban unidos, siempre lograban imponerse. En otros países tuvieron que recurrir a revoluciones y alzamientos militares. Al cabo de cincuenta años había logrado imponerse el Gobierno Teocrático Milenario, conocido en la actualidad como el Antiguo Imperio Planetario.

Kevin Ford, sucesor de Moisés Johnson en el «Tabernáculo del evangelio de la verdad completa», se estableció como primer Vicario Imperial Planetario. Durante su vicariato imperial el entusiasmo multitudinario no decayó. Cientos de miles de personas se congregaban en cada ciudad importante, todos los domingos, para adorar durante horas al Señor de señores y Rey de reyes, agradecer su misericordia por el éxito de la Gran Cruzada Evangélica, escuchar la predicación de la Palabra y ser testigos de grandes milagros.

Pero durante los vicariatos imperiales sucesivos empezó a aparecer cada vez más el legalismo, la hipocresía y la opresión. Los vicarios imperiales y los pastores milenarios se dejaron corromper por el poder y la riqueza, viviendo vidas de pecado mientras imponían cargas religiosas cada vez más pesadas sobre los demás. «Por lo cual en aquel día su llanto será terrible, puesto que no tuvieron en cuenta al Señor que ve y juzga todas las cosas» (Li Chu-dong 7:7).

El Gobierno Teocrático Milenario duró cuatro siglos y medio. Un fino barniz de formas externas cristianas recubría el resurgir de todas las supersticiones paganas en todo el mundo. El entusiasmo con el que sus antepasados se habían vuelto hacia Cristo se tornó en desilusión. Los pastores milenarios predicaban acerca de un Jesús que vino a rescatar a los pobres y oprimidos, un Jesús cuya actitud fue siempre la de servicio: «He aquí yo estoy en medio de vosotros como quien sirve la mesa» (Nuevo Evangelio Africano 35:4). Pero ellos mismos tenían una actitud bien distinta; se guardaban bien de servir al prójimo.

Así desapareció la fe de sobre la faz de la tierra. El pueblo se volvió a los dioses de sus antepasados y se olvidó del Dios verdadero. Superficialmente todo el mundo era cristiano. En secreto cada cual volvía a adorar a sus antepasados difuntos, a los seres espirituales de las tinieblas, a intermediarios angelicales entre Dios y los hombres, y a sus propias pasiones egoístas. «¡Cuántas veces os hablé por medio de mis profetas! ¡Arrepentíos, dije, mientras haya tiempo! Pero mi pueblo era como la arena del desierto, arrastrada por doquier por los vientos de sus engaños. Persiguieron, mataron a mis mensajeros y aumentaron grandemente la angustia de mi corazón, postrándose ante dioses de mentira y corrupción» (2 David Pérez, 4.1-4).

Entonces cayó el Gobierno Teocrático Milenario. No había durado ni siquiera la mitad del milenio. Y en el año 7 del Nuevo Imperio Planetario se desató la persecución contra los cristianos.

Desde Sandgrú, la nueva capital imperial (antiguamente Santa Cruz, Bolivia), el emperador planetario promocionó la matanza de todos los que se mantenían fieles a la religión del antiguo régimen. Millones de personas fueron salvajemente asesinadas en un auténtico baño de sangre. Parecía mentira que aún quedaran tantos que no se habían contaminado con la apostasía generalizada que marcó aquella época.

Pero aquello no fue lo peor.

Fueron destruidos todos los libros cristianos. Los medios de control de que disponía la tecnología de aquella época hizo que fuera posible ya no solamente destruir todos los libros sagrados de los cristianos, que hubiera sido bastante, sino que también acabaron con todo recuerdo escrito de lo que había sido el cristianismo. A las memorias electrónicas

les fue borrado todo material cristiano. Las bibliotecas y electrotecas fueron purgadas sin misericordia de toda referencia a la fe cristiana. Dos mil quinientos años de cultura fueron mutilados del registro histórico de la humanidad. Se sabe a ciencia cierta que no sobrevivió un solo ejemplar de la Santa Biblia Original. ¡Ni uno solo!

Fuimos rebeldes, nos rebelamos contra tu voz;
nuestro orgullo nos enceguenció.
Por nuestra maldad quitaste la luz de nuestros ojos
y nos fue arrebatada tu Palabra.
¡Alma mía, no dejes de llorar amargamente;
mis ojos nunca más leerán la Santa Biblia Original!

—Cantos y llantos 77.14-16

II. El Nuevo Evangelio Africano

Agbara Segbo vivió en una pequeña ciudad del oeste africano. Después de la gran persecución y la destrucción de toda la literatura cristiana, el gobernador imperial de aquella zona rural y empobrecida se desentendió del «problema cristiano». Así fue como Dios le concedió a Agbara Segbo lo que muchos intentaron, pero sólo uno logró. Segbo fue el autor del Nuevo Evangelio Africano.

Como los circuitos de escritura normal estaban intervenidos de tal manera que cualquier texto cristiano que se escribiera se delataba por sí mismo ante las autoridades, Segbo recurrió a los métodos más primitivos imaginables. Con gran ingenio fabricó un líquido oscuro, que él llamó «tinta», y remojando en aquel líquido un instrumento de punta, dibujó a mano, letra por letra, el texto que iba componiendo.

Segbo concibió el proyecto para el Nuevo Evangelio Africano mediante una visión que recibió en un sueño. Soñó que veía un grupo de cristianos, cien o doscientas personas que estaban reunidas adorando al Señor a la antigua usanza. Luego vio que los ojos de un anciano se llenaban de lágrimas y lloraba amargamente. Se acercó a él.

—¿Por qué lloras? —le preguntó.

—Cuando yo era niño, mis padres me hablaban de los evangelios escritos, —respondió—. Había cuatro de ellos, escritos por los primeros discípulos de Jesús. Pero los antiguos, los que recordaban las palabras que habían leído, ellos todos han muerto. Y nuestros jóvenes ya no recuerdan correctamente el evangelio.

En ese momento, en la visión, una señora se puso de pie. Su rostro brillaba de felicidad, y llevaba un libro en la mano. Toda aquella congregación escuchó atentamente mientras ella comenzó a leer:

—Palabra fiel y digna de ser creída. El evangelio de nuestro Señor Jesucristo, que fue recordado por muchos testigos que lo leyeron en la Santa Biblia Original. Queridos hermanos, sabed que la misericordia de Dios no ha abandonado para siempre a sus hijos. He recorrido muchos kilómetros, he hablado con muchos que recordaban con claridad los antiguos evangelios. Y para que no se perdiera el testimonio de la vida, las palabras, la muerte y resurrección de Jesús, las he vuelto a escribir.

«En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios y la Palabra era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Dios mediante la Palabra, sin la cual nada de lo que existe llegó a existir. Aquella palabra era la vida, era la luz que brillaba sobre la humanidad. Donde brillaba aquella luz, la oscuridad siempre se alejaba de los corazones.

«Aquella Palabra se acercaba a la humanidad; la luz resplandeció desde cerca. A lo suyo vino, pero los suyos no le recibieron. El mundo rechazó al que les amó. Sin embargo algunos le recibieron, y ellos serán llamados hijos de Dios. Así fue que la luz habitó entre nosotros un instante, y la Palabra se hizo carne. Muchos le vieron con sus ojos, le tocaron con sus manos, le oyeron con sus oídos, y vivieron en su presencia, y de ellos es el testimonio fiel que hemos recogido.

«Dos mil quinientos años antes de la fundación del Nuevo Imperio Planetario, hubo otro imperio, llamado de los romanos. En un pequeño pueblo, lejos de los centros del poder imperial, vivía una chica llamada María. Ella no estaba casada pero tenía novio, el nombre del cual era José. Un día a María se le apareció un mensajero espiritual de parte de Dios.

«—¡Alégrate María y no temas, porque has sido agraciada y el Señor está contigo. Tuya será la felicidad de las mujeres. Vas a quedar embarazada y tendrás un hijo, al que debes ponerle el nombre Jesús.

«María no sabía que pensar, porque José y ella no habían tenido relaciones íntimas ni tenían prisa por casarse y el ángel parecía referirse a un embarazo inmediato.

«—El Espíritu de Dios vendrá sobre ti y te cubrirá la sombra de lo inefable. Has de recordar que para Dios nada es imposible; por eso tu hijo será llamado Hijo de Dios.»

Agbara Segbo reconocía las palabras. Las había oído leer en su infancia, de los evangelios desaparecidos. El anciano lloraba, pero ahora de felicidad.

—Ahora puedo morir en paz, —susurraba—. Mis oídos han oído el evangelio escrito.

—¿Quién ha conservado las palabras del evangelio? —preguntó Segbo a la señora que leía.

Ella le miró a los ojos.

—Tú eres el hombre.

Y entonces despertó.

Desde aquel entonces trabajó infatigablemente durante más de quince años en la preparación del texto evangélico. Consiguió trabajo como vendedor de una línea de productos cosméticos, lo cual exigía que viajara constantemente por toda Africa. Dondequiera que iba, contactaba con células cristianas clandestinas. Durante los primeros años fue muy difícil. Los cristianos que sobrevivían tenían mucho miedo de darse a conocer, por motivo de los traidores denunciantes. Pero poco a poco se ganó la confianza de unos, que le presentaban a otros. Probablemente fue el hermano que más células cristianas conocía en todo el continente.

En cada célula hablaba con los memoriosos, con los que recordaban frases y versículos de los antiguos evangelios. Sacaba del escondrijo secreto de su maletín sus materiales para escritura dibujada a mano.

Ante la sorpresa maravillada de sus entrevistados, apuntaba fielmente las palabras recordadas.

Para esto le sirvió mucho su gran facilidad con los idiomas. Se dice, probablemente con algo de exageración, que Segbo dominaba a la perfección unos 14 idiomas africanos. Luego debió comparar sus apuntes, recogidos en diversos idiomas y distintas ciudades y países. Escribió en el idioma imperial, el hispanoquechua boliviano, que había aprendido durante una estancia en Accra. Este fue un gran acierto, puesto que facilitó la difusión posterior de su evangelio por todo el mundo.

Cuando murió el emperador Atahualpa III, en el año 156 del NIP, le sucedió su hijo Atahualpa IV. Este decretó concluida la purificación cultural anticristiana. Por aquella época fue otorgada la confidencialidad de la escritura. Los procesadores electrónicos imperiales dejaron de intervenir los registros de los ciudadanos planetarios. Entonces, por fin, pudo publicarse el evangelio que escribiera Agbara Segbo, que se difundió rápidamente por los demás continentes, desplazando rápidamente otros evangelios, muy incompletos, que circulaban en cada localidad.

Agbara Segbo mismo había copiado a mano, con su sistema laborioso de escritura manual, varios centenares de ejemplares que distribuyó entre las células cristianas que él frecuentaba. El Museo Municipal de Kumasi conserva la mayor colección del mundo de evangelios dibujados personalmente por Segbo. La evolución del texto a través de los años de su trabajo ha sido objeto de un importante estudio por el Dr. Daniel Badawe, de la Universidad de Kumasi. Según el Dr. Badawe, no existe «un texto original», sino más de trescientos textos originales, todos escritos por Agbara Segbo, que además presentan importantes diferencias entre sí. En las copias posteriores, también manuales, que se difundieron por toda Africa, se han recogido otras variaciones importantes. Aunque aquellas variaciones no son de la mano de Segbo, en algunos casos parecen recoger la memoria fidedigna de algún memorioso local.

Al recurrir a la escritura normal fue necesario determinar cuál forma del texto debía ser homologada. Una comisión de eminentes teólogos africanos dedicó cinco años a la elaboración del texto que hoy cono-

cemos como el Nuevo Evangelio Africano. Hoy el Nuevo Evangelio Africano de Agbara Segbo es el primer libro de la Nueva Biblia Homologada. El segundo libro es el Evangelio Conciliar.

El Evangelio Conciliar fue preparado, entre los años 165 y 171 del NIP por una comisión interconfesional, compuesta por representantes de las distintas iglesias de Indonesia. Fue adoptado como evangelio auténtico por el Segundo Concilio Interconfesional de Indonesia, en el año 174 del NIP.

Aunque en los años posteriores a la gran persecución se descubrieron centenares de evangelios, sólo estos dos, el Africano y el Conciliar, han recibido gran difusión y aceptación por todos los cristianos. Sin lugar a dudas merecen ampliamente su inclusión en la Nueva Biblia Homologada.

III. Los libros históricos

La segunda sección de la Nueva Biblia Homologada, después de los dos evangelios, es la de libros históricos. Cada uno de ellos tiene su propia historia, pero hemos seleccionado tres de ellos, que consideramos son representativos del género.

Li Chu-dong. Li Chu-dong era una pequeña, fea y encorvada viejecita que trabajaba como peona de limpieza en el palacio del pastor milenario de la catedral de Chong-king, en el centro de la China, en los últimos años del Antiguo Imperio Planetario. Amaba al Señor sinceramente, con todo su corazón. Su mayor ambición desde muy joven había sido servir a Dios. Como no tenía educación formal, no podía aspirar a llegar a ser una pastora milenaria, ni tan siquiera diaconisa de unas de las órdenes inferiores. Por eso, cuando se enteró que buscaban alguien para trabajar en la limpieza del palacio pastoral, ella buscó el puesto con entusiasmo.

Suponemos que aquello debe haber sido muy distinto de lo que ella imaginaba. En lugar de servir al Señor en un ambiente espiritual, tuvo que ser testigo de la más corrupta carnalidad que jamás se haya vivido en nombre de Dios. Para muchas personas aquel ambiente era el

preludio de una vida de rebeldía contra Dios. Perdían la fe, se convencían de que el cristianismo no era otra cosa que la hipocresía desmesurada. Muchos de los protagonistas de la revolución contra el Gobierno Teocrático Milenario, y la posterior gran persecución, forjaron sus actitudes anticristianas en los seminarios y palacios pastorales.

Pero Li Chu-dong siempre conservó su dulce, si bien algo fea, sonrisa de satisfacción por el privilegio de servir a Dios. Muchos la consideraban algo tonta. En realidad era sumamente inteligente. Una inteligencia importante y una piedad incomparable, revestidas de un cuerpecito despreciable que nunca llamó la atención, salvo para recibir insultos.

Dios selecciona sabiamente a los que le han de servir.

Aquellos años que trabajó en el palacio pastoral, sin saberlo nadie, ella entraba a trashoras en la biblioteca del palacio. Allí, autodidacta como era, escribió su historia comentada sobre el avivamiento mundial que condujo a la Gran Cruzada Evangélica y el establecimiento del Gobierno Teocrático Milenario. Esta obra destila la sabiduría de Dios en su análisis profundamente espiritual del cómo y porqué de aquellos sucesos y la corrupción posterior. Nos ayuda a comprender que si bien el éxito puede conducir a la apostasía, los juicios fáciles tampoco vienen a cuento.

Li Chu-dong murió en la gran persecución, intentando salvar un ejemplar de la Santa Biblia Original. Sin embargo, milagrosamente, el libro que ella escribió en secreto sí sobrevivió.

Dios en la historia. Karol Zablocki fue un polaco enorme, de frente ancha, ojos azules y risa fácil, contagiosa. Había pasado su infancia en Israel, donde su padre fue enviado como gerente de la sucursal de una empresa fabricante de herramientas baratas. De ahí su profundísimo conocimiento del idioma hebreo, y su fascinación con la historia de Israel y Judá. Luego se doctoró en historia en la Universidad de Harvard, donde presentó una muy bien aceptada tesis sobre el origen del ateísmo en el pensamiento occidental. Gozaba de una impresionante memoria, y solía recitar páginas enteras de documentos antiguos que había estudiado hacía años, lo cual le procuraba cierta admiración.

Cuando cayó el Gobierno Teocrático Milenario, Zablocki se hallaba de nuevo en Polonia, donde era profesor de historia sagrada en la Universidad de Cracovia.

A pesar de su fascinación profesional con la historia bíblica, acogió con agrado la revolución. Se sabe que él mismo denunció a varios de sus colegas cristianos, que por su culpa fueron martirizados durante la gran persecución. Se cuenta que al ver las procesiones de cristianos condenados, cuando eran conducidos como ganado por las calles de Cracovia camino a su ejecución pública, tenía una forma muy particular de burlarse de ellos. ¡Les recitaba con su gran voz burlona largos pasajes de la Santa Biblia Original!

No se sabe cómo ni cuándo Karol Zablocki se convirtió al cristianismo. Lo cierto es que a él se le atribuye la obra monumental de historia sagrada titulada «Dios en la historia».

«Dios en la historia» es un relato reverente y apasionado, de la historia de la humanidad desde una perspectiva cristiana. Allí es donde podemos enterarnos de quién fue Abraham, «el padre de la fe», de Moisés y el éxodo de los esclavos hebreos cautivos en Egipto, de los reinos sagrados de Israel y Judá, de los profetas Amós, Isaías, Oseas, Jeremías, Ezequiel, Miqueas, y muchos más. También nos informa sobre Jesús, Pedro y Pablo; sobre Ireneo, Clemente, Policarpo, Tertuliano, y muchos otros cristianos primitivos. Sobre Pedro Valdés, Francisco de Asís, Martín Lutero, Carlos Wesley y otros grandes reformadores. Narra la expansión misionera que condujo al avivamiento mundial. Sus 219 capítulos concluyen con la gran persecución, y unas palabras de esperanza para tiempos mejores.

(Nota: El texto de «Dios en la historia» parece haber sufrido varias revisiones anónimas. Los últimos 5 capítulos, sobre la gran persecución, relatan hechos de todo el mundo que es imposible que Zablocki haya podido conocer, incluso la propia muerte de Zablocki. Otro «corrector» anónimo, según los estudiosos, parece haber sido responsable de la redacción definitiva de los capítulos 79-83, sobre la iglesia en Sudamérica, y otros pasajes más breves.)

Jesús en la historia. Este libro es muy distinto a «Dios en la historia», aunque su título sea tan similar. Es uno de los libros cuya aceptación

universal más ha costado imponerse. Hace tan sólo ciento cincuenta años, Kaneko Mitsuyoni, portavoz oficial de la Iglesia Unida de Japón, expresaba sus serias reservas sobre la inspiración de «Jesús en la historia», diciendo que era un escrito carnal que nada aporta a la devoción cristiana. Hoy mismo las versiones japonesa, coreana y filipina por un lado; vasca, irlandesa y sueca por otro, suelen imprimir sendas notitas aclaratorias a modo de introducción del texto bíblico.

Aunque «Jesús en la historia» es una obra anónima, se sabe que empezó a conocerse y divulgarse originalmente en la Patagonia argentina a mediados del segundo siglo del NIP. Describe las condiciones económicas, históricas, culturales, sociológicas, lingüísticas y políticas de Palestina en tiempos de Jesús. Allí es donde nos enteramos, incluso con mucho mayor detalle que en «Dios en la historia», cómo era el judaísmo de aquella época, las esperanzas mesiánicas y los movimientos revolucionarios religiosos judíos. Nos enteramos quienes eran los fariseos, saduceos, esenios, celotes, los griegos y los latinos. Aprendemos las condiciones climáticas, económicas y sociales en la región de Galilea, y cuál su relación con el centro político y religioso que se hallaba en Jerusalén.

En momento alguno menciona a Jesús, salvo al final mismo del libro, donde pone: «Este es el mundo que conoció Jesús de Nazaret». Sin embargo la iglesia en todo el mundo ha llegado a apreciar profundamente la luz que aquellos datos históricos arrojan sobre las arcaicas narraciones del Nuevo Evangelio Africano y el Evangelio Conciliar. Algunos llegan a decir que si no fuera por «Jesús en la historia», grandes porciones de los evangelios serían absolutamente incomprensibles en cuanto a su significado verdadero.

IV. Las cartas de David Pérez

¿Quién fue David Pérez?

El Registro Imperial de las Personas, recientemente abierto a los investigadores certificados de la dinastía atahuálpida, revelan un David Pérez cuya vida las generaciones de lectores que han recibido edificación y consuelo mediante sus cartas, nunca hubieran podido imaginar.

Nacido en el año 74 del NIP, a los 12 años de edad fue seleccionado por la Junta de Examinadores Imperiales como candidato para la Administración Central. Trasladado a Sandgrú para cursar los estudios preparatorios, vivió una juventud poco notable. Entre los candidatos de su curso parece haber ocupado un término medio en cuanto a intelecto (aunque ha de recordarse que el cociente de inteligencia mínimo admisible para los candidatos era de 130). En cuanto a adaptación social y destreza física, lo mismo. O sea que si bien no destacó, tampoco defraudó.

A los 18 años le fue concedido el doctorado de administración imperial y a los 21 años aprobó el examen de ingreso a la Administración Central. Entraba a trabajar en las oficinas del Centro Imperial de Control Ideológico. El dato más significativo que contiene la información sobre David Pérez que hallamos en el Registro Imperial de las Personas, es que entre los años 112 y 117 del NIP (tenía a la sazón entre 38 y 43 años), ejerció un alto cargo en el sector del CICI que se encargaba de censurar la literatura cristiana.

Retirado del servicio activo a los 55 años por petición propia, dedicó los últimos años de su vida a largos e interminables viajes turísticos por todo el mundo. Este último detalle no llamó la atención de los agentes de inteligencia, puesto que era un estilo de vida bastante típico de los administradores centrales retirados.

Las cartas de David Pérez parece ser que datan de esta última etapa de su vida. Por lo menos el tono paciente, el espíritu dulce y la sabiduría profunda que las caracteriza, parece emanar de un anciano con largos años de experiencia cristiana.

Es difícil pensar en otros libros, en toda la Nueva Biblia Homologada, que respiren un aire tan profundo de consuelo y edificación para la iglesia sufriente de la gran persecución. Sus instrucciones claras para una conducta pura e irreprochable, su fe imperecedera en la llegada de un amanecer libre de persecución, su auténtica conmiseración frente al sufrimiento de sus lectores, irradian una esperanza contagiosa.

David Pérez escribió 247 cartas de las que se tiene conocimiento. (Este es el número de las cartas autográficas. Existen más de mil cartas atribuidas a él por error.) La gran mayoría de sus cartas eran muy perso-

nales, dirigidas a hermanos cristianos de su amistad particular en todo el mundo. Un buen número de éstas se han perdido o las conservan personalmente los descendientes de los destinatarios.

Dos de las diecinueve cartas de David Pérez que figuran en la Nueva Biblia Homologada, son tales cartas personales. En una de ellas consuela a una viuda por la desaparición de su marido, condenado a muerte por encabezar una célula cristiana clandestina. La otra está dirigida a un joven estudiante que se siente atormentado por el despertar de sus pasiones carnales.

Las otras cartas homologadas (13 de ellas autográficas) están dirigidas a diversas células cristianas clandestinas diseminadas por todo el mundo. Su contenido normalmente es también muy específico a la situación local del momento. Sin embargo, los principios espirituales que se pueden aprender de aquellas situaciones particulares, hacen de su lectura un auténtico manual de la vida cristiana.

Esto requiere gran madurez y discernimiento. Hay quien cae bajo la influencia de un espíritu legalista y cerrado, defendiendo prácticas que no son aptas para su contexto particular, con citas de David Pérez. Sin embargo es evidente que los consejos dirigidos a la iglesia que testifica en medio de las costumbres poligámicas nilóticas, por ejemplo, no tienen por qué aplicarse a rajatabla frente a la despoblación preocupante del Gobi occidental, donde los problemas son muy distintos.

¿Cómo logró David Pérez burlar la censura del CICI y escribir nada menos que 247 cartas de altísimo contenido cristiano? La respuesta está sin duda en sus cinco años de trabajo en el departamento de censura anticristiana.

Es imposible determinar si en aquel entonces David Pérez ya era cristiano. Según la tesis del Dr. Heinrich Bauer, fue precisamente durante aquella época que se convirtió al cristianismo. El Dr. Bauer construye un argumento interesantísimo: Los patéticos esfuerzos de los cristianos por comunicarse, por divulgar sus ideas, por escribir sus memorias y testimonios, habrían acabado ablandando el corazón del orgulloso e inteligentísimo administrador imperial. ¿Qué mejor manera de enterarse de la auténtica fe y vivencia cristiana, que la de estar expuesto durante cinco años al pensamiento que debía censurar?

David Pérez, conocedor a fondo del sistema cibernético para la detección de escritura cristiana, desarrolló un sencillísimo método para burlarlo. El método consistía en evitar 173 palabras claves y 2544 frases típicas, cuya presencia en un texto delataba el pensamiento cristiano. Por ejemplo, cualquier texto del mundo en el que aparecía la palabra «Dios», pasaba a la siguiente etapa de escudriño electrónico. Evidentemente, esa palabra por sí misma no tiene por qué indicar la presencia de pensamiento cristiano. Mucha gente habla de Dios. De modo que la palabra podía aparecer de vez en cuando en un texto, sin por ello correr riesgos.

Sin embargo lo fundamental era evitar siempre que fuera posible la primera red detectora. Si un texto pasaba a la segunda red el método de Pérez, aplicado con rigor, podía seguir funcionando. Pero si pasaba a los filtros posteriores, la sofisticación del sistema cibernético hacía imposible que el texto sobreviviera. No importa con cuánta sofisticación se inventaban claves secretas, ciertos indicios sospechosos siempre quedaban y el texto cristiano se autodestruía.

David Pérez sustituía, en lugar de «Cristo», «Alvarez»; en lugar de «Jesús», «Manolo»; en lugar de «Dios», «caudillo»; en lugar de «aleluya», «enhorabuena»; en lugar de «gloria», «infarto»; en lugar de «profeta», «chismoso». Algunas de sus sustituciones tenían cierta lógica, otras eran puramente fantasiosas. Lo importante de su método era que se podía leer una cosa con los ojos, pronunciar otra con la boca mediante sustituciones muy sencillas aprendidas de memoria, y hacer que un texto inocente se transformara en mensaje cristiano.

Por ejemplo: «Condecorado sea el caudillo y padre de nuestro secretario Manolo Álvarez» se transformaba con la lectura en «Alabado sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo».

(Nota sobre las cartas no autográficas: El sistema ideado por David Pérez se difundió bastante en las décadas posteriores a su invención. Decir que una carta era «de David Pérez» llegó a significar que empleaba el método de evasión de censura que él había ideado. De las 19 cartas de David Pérez recogidas en la Nueva Biblia Homologada, hay cuatro que él mismo no puede haber escrito (las numeradas 2, 3, 14 y 17). Esto no significa que no deban figurar en la Nueva Biblia Homologada. Esas

cuatro cartas son reconocidas universalmente como auténticas si bien no son autógrafas. La autenticidad pereciana la establece su contenido, ya que no su origen.)

V. La homologación de la Biblia

Una historia breve de la formación de la Nueva Biblia Homologada no puede cubrir todo el material. Tenemos que pasar por alto el relato sobre la formación de los dos libros de «Sabiduría de las matriarcas». ¿Y qué decir del «Código de conducta», y sus interminables versiones que sólo pudieron fijarse mediante el Gran Congreso Codigano del año 523 del NIP? ¡Lo más probable es que, incluso entonces, se dejara de alterar el texto más por agotamiento, que por la autoridad otorgada al Gran Congreso Codigano!

«El testimonio de los mártires» es una obra que hay que leer para comprender. Su origen está perdido en las nieblas oscuras de la gran persecución.

«La danza de la creación» es el libro más reciente de la colección bíblica homologada. Data del año 426 del NIP y su autora fue Nahuarantihuelpa Skuur. Está escrito en lenguaje bastante fantasioso y figurativo, y es una obra dramática destinada en primera instancia a ser leída el domingo de resurrección. Las mismas iglesias conservadoras que tienen algunos reparos sobre «Jesús en la historia», también los expresan en cuanto a «La danza de la creación». Sin embargo incluso esas iglesias lo publican en sus ediciones de la Nueva Biblia Homologada.

También es obligatoria la mención de los miles de los llamados «libros hablados», de los cuales la Nueva Biblia Homologada admite once. En cuanto se quitó la censura imperial que pesaba sobre la literatura cristiana, se comprobó que muchas iglesias habían desarrollado amplias tradiciones orales. De una generación a otra habían ido pasando largos discursos aprendidos de memoria con rigor escrupuloso. Algunos tenían cierta estructura poética que facilitaba la memorización, otros lograban el mismo efecto mediante el desarrollo de la descripción de un viaje o un edificio. En este caso, cada lugar

visitado o cada habitación con su mobiliario, según el caso, representaba otras tantas verdades espirituales.

¿Cómo se llegó a forjar una Biblia única para todos los cristianos de todo el mundo? Hay que tener en cuenta que durante algo más de un siglo y medio la iglesia fue clandestina. Era una realidad local, prácticamente sin contacto con otras células de cristianos.

Luego, hubo que forjar lazos fraternales entre las diversas iglesias, hacer puentes entre cristianos de las distintas culturas y naciones del mundo. Esto no fue fácil. Durante la gran persecución muchos olvidaron elementos importantes del evangelio. Algunas sectas que perduran hasta hoy, trastornaron totalmente la naturaleza del mensaje, mezclando sus creencias con las religiones paganas de sus conciudadanos. El peor enemigo de todos fue el remanente de la religión corrupta que había forjado el Gobierno Teocrático Milenario.

Por eso es imposible hablar de la homologación de una única Biblia, aceptada por todos los cristianos, sin usar la palabra «milagro». Si alguien duda de la existencia de Dios, de su cuidado misericordioso sobre su pueblo, no hay mayor argumento que el de señalar el milagro de la unidad de los cristianos en torno a un libro: la Nueva Biblia Homologada.

El punto de partida literario es «legión». Ya se han mencionado las 247 cartas autógrafas de David Pérez y las más de 1000 que le han sido atribuidas por error. También se han mencionado las miles de tradiciones orales locales, la gran mayoría de las cuales fueron pasadas al medio escrito en cuanto éste se legalizó. La situación hacia comienzos del tercer siglo del NIP era que cada iglesia local tenía su «minibiblia» que podía consistir de uno solo, o hasta veinte o treinta libros que consideraban indispensables para la definición de su fe.

Con la libertad que surgió después de la gran persecución, y el conocimiento y reconocimiento mutuo paulatino que se desarrolló entre cristianos de distintos lugares, surgió la necesidad de ponerse de acuerdo sobre la validez de sus biblias respectivas.

La opción más fácil era la de sumar los libros de la comunidad hermana a los propios. Pero esto evidentemente tenía sus límites. Por un lado, admitía mucho material repetitivo. También la simple adición de libros

producía colecciones enormes a muy corto plazo. Por otro lado, no todos los libros eran de la misma calidad.

El Primer Concilio Interconfesional de Indonesia, del año 164 del NIP, encontró una solución particular con respecto a los evangelios, como ya hemos visto. Hizo redactar un evangelio nuevo, recogiendo material de todas las iglesias participantes. Pero este tipo de acción generalmente no era aplicable a otros tipos de literatura. El problema de las muchísimas revisiones que sufrió el «Código de conducta» ilustra uno de los problemas que acosaban a las empresas de este tipo.

Lo que sucedió en la realidad práctica es que ciertos libros se fueron imponiendo por sus méritos propios, sin que nadie se lo propusiera específicamente.

Pongamos el caso de una iglesia que tuviera la costumbre de aceptar como válidos los libros de todas las demás iglesias con las que mantuviera relaciones fraternales. Al cabo de treinta o cuarenta años, podía tener una colección de varios centenares de libros «bíblicos». En la realidad práctica, sin embargo, los libros que se leían y desde los que se predicaba y enseñaba solían ser muchos menos. Y las mismas características que hacían que éstos libros, y no otros, fueran los que se utilizaban con mayor frecuencia, obraban también en las demás iglesias. Pasan los años y las iglesias se dan cuenta que todas ellas se limitan más o menos a los mismos libros.

Es esta una regla de selección natural. O posiblemente no tan natural. Los cristianos devotos creemos que el Espíritu Santo tuvo que ver con aquella selección.

De este modo, en el transcurso de tres o cuatro siglos, cayeron de lado la gran mayoría de los libros constituyentes de las primeras «minibiblias» locales posteriores a la gran persecución.

Tardó algo más el proceso de unificación de criterios de todo el cristianismo mundial. Pero gracias a Dios, quien creemos que estuvo vigilando el proceso a cada paso, se logró imponer la lista de 87 libros que hoy son homologados por todas las iglesias cristianas. Hace algo menos de dos siglos aún se cuestionaba la aceptación local de algún libro u otro. Hoy, aunque varias versiones nacionales mantienen sus

reservas sobre uno o dos libros, la Nueva Biblia Homologada es un hecho consumado.

¿Podría todavía incluirse algún otro libro?

En teoría, sí. Pero los 87 libros de la Nueva Biblia Homologada son tan diversos, tan complementarios entre sí, tan completos en su conjunto; admiten tanta variedad de interpretaciones, tanta amplitud de divergencias teológicas… que es difícil imaginar qué sentido tendría incluir algún escrito nuevo. Toda la teología cristiana que se ha escrito en los últimos tres o cuatro siglos, es derivada de las Santas Escrituras Homologadas.

Aunque el cristianismo sufrió la dura tragedia de la pérdida de la Santa Biblia Original, Dios, en su amor inefable, no nos ha dejado huérfanos de su Palabra. ¡Alabado sea su santo nombre!

FIN

1. ¿QUÉ ENTENDEMOS POR «INSPIRACIÓN»?

Solemos usar la palabra «inspiración» para describir varios fenómenos diferenciables entre sí.

Por un lado «inspiración» puede ser un proceso bastante frecuente y corriente en la experiencia humana. Podemos decir de un jugador de fútbol o de ajedrez, que ha jugado de una manera inspirada. Se suele hablar de la inspiración de los pintores, poetas, músicos y demás artistas. Entonces estamos hablando de un brote de creatividad u originalidad especial. Esta es una experiencia universal humana, independiente del sentido religioso de la vida que pueda tener el individuo.

Existe literatura «inspirada» en este sentido.

Luego existe la «inspiración» atribuible a influencias espirituales, ya sean divinas o diabólicas. Aquí podríamos describir la práctica totalidad de la experiencia religiosa y sobrenatural humana.

Por ejemplo los cristianos, empleando el lenguaje de Pablo, hablamos de dones de discernimiento, de profecía, etc. La práctica de tales dones se caracteriza por la certeza de estar en auténtico diálogo con Dios y saber o sentir algo que Dios quiere comunicar o hacer. En realidad este tipo de certeza de estar «oyendo» a Dios es sumamente corriente en todo cristiano que ora y que medita en las Escrituras. Algunos cristianos usamos expresiones como «Dios me ha dicho», «Dios me ha mostrado», mucho más frecuentemente que otros. Sin embargo me atrevo a suponer que la esencia de la realidad de estar en relación con Dios que este lenguaje describe, es corriente en todos los cristianos.

La relación entre inspiración en este segundo sentido y el Espíritu Santo, es fundamental. Atribuimos nuestra capacidad inicial de recibir el evangelio a la obra del Espíritu Santo. Lo mismo diríamos de todo el proceso santificador y regenerador de nuestras actitudes y conducta a través de la vida. También usamos (algunos más que otros) expresiones como «plenitud del Espíritu Santo», para describir la agudización de nuestra capacidad de estar abiertos a su influencia o «inspiración». En la Biblia la palabra «espíritu», *pneuma* en griego, significa a veces respira-

ción o viento. Las palabras «espíritu» y «respiración» vienen de una misma raíz semántica en castellano también. Lo que describimos con la palabra «inspiración» es una acción de «espíritu». Mejor dicho, según la fe cristiana, proviene del Espíritu Santo.

Existe mucha literatura «inspirada» en este sentido. Son pocos los días que no leo algo así. Aparece en revistas y libros cristianos. Me encuentro con un párrafo, un pensamiento que me bendice, me trae luz. Siento que el autor o la autora han sido «usados» por Dios para hacerme llegar la idea que necesitaba en ese momento.

Si yo no creyera que es posible que el Espíritu Santo hoy mismo obre en mi mente y corazón para que lo que yo escribo sea auténticamente atribuible a su inspiración, me dedicaría a otra cosa. En realidad pretendo que todo lo que predico, enseño y escribo sea inspirado. Pienso que esto no es orgullo ni iluminismo. Es sólo admitir humildemente que si mis lectores reciben algo de luz y bendición, esto se debe al Espíritu Santo. También es confesar mi fracaso cuando expreso ideas en las que Dios no ha influido. Estoy convencido de que la gran mayoría de los autores cristianos escriben con esta misma actitud ante Dios.

Por último, usamos la palabra «inspiración» para referirnos al valor especial que atribuimos a las Sagradas Escrituras. Decimos de la Biblia, que ha sido inspirada por Dios. Y lo decimos sobre la Biblia con un sentido doctrinal, mucho más intensivo que al hablar de otros escritos cristianos. Algunos sostienen que la naturaleza esencial de la inspiración bíblica es distinta, única en la historia humana.

Pero, ¿es legítimo entender que hay aquí otro nivel o significado del concepto de inspiración?

La Biblia es única y especial.

La Biblia es especial porque es original. Es especial por su historia, porque contiene la documentación de los eventos constitutivos del judaísmo y, posteriormente, del cristianismo. Es especial porque todo lo demás que escribimos los cristianos es derivado; es un reflejo de lo que hemos aprendido primero en la Biblia. La Biblia es especial porque, históricamente, constituye un foco de unidad entre los cristianos de diversas opiniones; discutimos cómo interpretarla, pero no discutimos si es necesario interpretarla.

Pero la Biblia no es especial porque la naturaleza de su inspiración sea distinta en esencia de lo que hace el Espíritu Santo todos los días en su influencia sobre el pensamiento y la conducta de todos los cristianos.

¿Cómo comprobamos en la práctica la realidad de la inspiración bíblica? Es que cuando leemos la Biblia con un espíritu reverente, conscientes de la presencia de Dios, sentimos el testimonio interior del Espíritu Santo frente a determinados pensamientos que nos vienen mediante su lectura. Este testimonio interior puede ser un sentimiento, una emoción, un «amén y aleluya». En ese instante sabemos que Dios nos ha «tocado».

¿Es acaso distinto en esencia lo que sucede cuando Dios nos «toca» mediante la lectura de autores cristianos no bíblicos? ¡Cuántas veces he sentido ese mismo «amén y aleluya», esa gratitud profunda hacia Dios, que surge de mi interior al ser bendecido por estos otros autores también!

Esto no es decir que estos escritos deberían llegar a tener la misma autoridad que la Biblia, o que deberían incorporarse a la Biblia. Como ya hemos expresado, la Biblia sigue siendo especial. Pero su ser especial proviene de otros factores que los de «inspiración» como tal.

Pablo escribió «toda escritura (*pâsa grafí*) es del Espíritu de Dios (*theópneutos*, «inspirada por Dios») y útil para enseñar, etc.» (2 Tim. 3.16). No dice «toda la Biblia», aunque así es como normalmente se entiende. Una traducción alternativa, que sí sería aceptable, es: «Toda escritura del Espíritu de Dios también es útil para enseñar, etc.»

Si debemos entender «Toda escritura es inspirada por Dios y útil…», entonces hay que suponer que Pablo se refiere a los mismos «documentos sagrados» (*ierà grámmata*) que ha mencionado en el versículo anterior, con los que Timoteo ha sido educado. No conozco a nadie que crea que Pablo se refiere a absolutamente todo lo que jamás se haya escrito. Es evidente que se refiere a un cuerpo de escritos en particular.

Cuanto mucho, esto nos explicaría el origen del Antiguo Testamento, pero a la vez careceríamos de justificación bíblica para decir lo mismo sobre el Nuevo Testamento. Esto sólo tiene importancia si pretendemos que la cuestión «inspiración bíblica» tenga fundamento bíblico. Aunque si pretendemos que la enseñanza sobre la inspiración

bíblica sea aceptada como revelación, es imprescindible basarla en la Biblia, ya que la Biblia es el único punto de partida indiscutible que compartimos todos los cristianos.

Entonces, si pretendemos que la inspiración atribuida aquí al Antiguo Testamento se haga extensible al Nuevo, tiene que ser por analogía: Hay otros escritos que también gozan de esa misma calidad de inspiración divina. (Las cartas de Pablo, por ejemplo, según una interpretación muy frecuente de 2 Ped. 3.16.)

Algo así es lo que se entiende si ponemos el verbo «es» (que en el griego no aparece, por sobreentenderse) antes de la palabra «útil»: «Toda escritura del Espíritu de Dios también es útil…». Entonces Pablo estaría diciendo, claramente, que además de los «documentos sagrados» con los que Timoteo ha sido educado, existe un cuerpo indefinido de escritos que Dios ha inspirado. O sea, «inspiración» en el segundo sentido que hemos visto. «Inspiración» como la experiencia normal de cualquier cristiano guiado por el Espíritu Santo que escriba para la edificación de los hermanos. Porque no habría nada en este pasaje («todo lo escrito por inspiración de Dios es útil») que diera a entender que exista una limitación a ciertos escritos inspirados y no otros.

De modo que la naturaleza «especial» de la Biblia no mana de que su inspiración sea extraordinaria, sino de otros factores; factores históricos que nos incumbe observar.

2. LA REALIDAD ES MENOS COMPLICADA QUE EL CUENTO

El cuento que hemos contado ha jugado con la fantasía sombría de que los cristianos repentinamente nos encontráramos sin Biblia. Luego ha especulado con la forma en que distintos escritos, que surgieran de la experiencia histórica de los cristianos de todo el mundo en el transcurso de varios siglos, pudieran acabar formando un nuevo libro aceptado universalmente. Como se ha dado cuenta el lector, detrás del cuento hay una manera determinada de entender cómo surgió nuestra Biblia, la de verdad.

En realidad, la formación de la Biblia ha sido bastante más sencilla que en el cuento. Dios, en su sabiduría providencial, optó por limitarse a la experiencia de un solo pueblo, Israel. Esto significa, entre otras cosas, que para entender la Biblia nuestros conocimientos antropológicos pueden ser relativamente limitados: Con entender la historia, la cultura, la experiencia de Israel y Judá durante el milenio antes de Cristo, podemos compenetrarnos con el pensamiento bíblico.

Entender aquella historia y cultura, y la influencia de la historia sobre la cultura y el pensamiento en el transcurso de todo un milenio, es ya de por sí un poco intimidante. Gracias a Dios, la Biblia misma es nuestra mejor y mayor fuente de información para esta tarea. De la importancia de la Biblia como historia, hablaremos más adelante. Pero si esto nos parece un poco intimidante, ¿qué diríamos si tuviéramos que compenetrarnos con la historia, las costumbres, las actitudes y el pensamiento de cientos de tribus y naciones de todo el mundo, para poder entender la Biblia?

La particularidad nacional de la Biblia es una enorme ventaja que es imposible exagerar. La elección de Abraham, en quien recibirían bendición todas las naciones, fue un toque maestro de la revelación divina. Si Dios no hubiera elegido a Abraham en particular (por ser una persona en particular, no por ser Abraham), las demás naciones no podrían haber recibido bendición. Hacía falta el caldo de cultivo específico, la experiencia única de una nación en particular, para que la Biblia pudiera tomar forma en la historia. De esta manera el desarrollo del pensamiento es lineal. Tiene un único comienzo, un único desarrollo y una única

culminación en Cristo Jesús en lugar de muchos comienzos y desarrollos paralelos en distintos lugares y culturas. Cada profeta, cada autor bíblico, pudo estar enterado de lo que Dios había hecho y dicho en las generaciones anteriores. Cada cual podía construir sobre aquel legado espiritual único.

Así también, el reconocimiento del valor especial de cada libro bíblico como revelación, como «palabra de Dios», pudo suceder con relativa sencillez. Aceptada en Israel la validez de una narración, un poema, una profecía o un documento escrito, no hacía falta comprobar si otros pueblos también lo aceptaban. Pasaba automáticamente a formar parte del legado, influyendo a su vez en el pensamiento de generaciones posteriores.

3. La historia interna de algunos libros de la Biblia

Todos sabemos lo que es un libro. Sabemos también lo que es un autor de un libro. Una cosa que descubrimos al acercarnos a la particularidad hebrea del milenio antes de Cristo, es que tenemos que olvidarnos de lo que sabemos acerca de libros y autores.

Un libro moderno es un escrito que consiste de un número de páginas unidas por el lomo, y que es idéntico en su contenido a otros miles que han salido de la imprenta con el mismo título. Las ideas del autor, o por lo menos su manera de expresarlas, han de ser originales, suyas propias. A nadie se le ocurriría copiar otro libro palabra por palabra, intercalando de vez en cuando pensamientos propios que alteraran el sentido original, para hacerlo pasar como un libro nuevo, escrito por él. Esto sería un plagio, una falta deshonrosa. Igualmente deshonroso sería publicar el libro, alterado de esa manera, bajo el nombre del autor original. Sería poner en boca do otra persona cosas que no ha dicho. Lo que el segundo autor sí podría hacer, es presentar una edición comentada del primer libro, con introducción y notas de su propia mano, pero siempre respetando la integridad del texto original.

Estas normas, que nosotros aceptamos como de valor universal, no eran respetadas en Israel. Tampoco constituye esto una falta por parte de ellos, puesto que no tenían por qué hacer las cosas como dos o tres mil años más tarde nos parece lógico a nosotros.

Algunos libros de la Biblia muestran evidencias claras de un largo proceso de redacción, revisión y adaptación a nuevas circunstancias. Norman K. Gottwald ha comparado el Antiguo Testamento a un gran río. Cuando contemplamos la desembocadura del río, con su poderosa corriente que fluye irresistible hacia el mar, podemos olvidar que no es así toda su trayectoria. Este agua que desciende en una sola corriente tiene su origen en miles de pequeñas fuentes, manantiales, corrientes momentáneas causadas por un chaparrón, la nieve de las montañas derretida en el verano. Aquellas fuentes originales se han ido uniendo, combinando, formando corrientes y arroyos, que se vuelven a juntar

para formar ríos, algunos de ellos de bastante caudal por sí mismos, hasta que al fin un río único desemboca en el mar.[1]

De acuerdo con esta ilustración, los libros del Antiguo Testamento también tendrían su origen en multitud de fuentes: Profecías y discursos pronunciados en un momento particular, cantos y salmos compuestos para celebrar alguna ocasión especial, los relatos de los ancianos junto a la hoguera que cuentan a sus nietos la historia y genealogía de la familia, documentos de la corte real, etc. Luego una serie de redactores y editores van uniendo en rollos diversas colecciones de este material histórico, legal y religioso nacional.

Los rollos se gastan con el uso. Si interesa conservar su contenido, es necesario copiarlos. El momento de copiarlos es una oportunidad para agregar material que antes no contenían, introducir notas aclaratorias en pasajes confusos, añadir comentarios que ayudan a comprender por qué el mensaje sigue en vigencia o cómo ha de entenderse frente a una nueva situación histórica.

Finalmente la comunidad reconoce en estos libros una autoridad sagrada. Históricamente, los primeros libros en ser aceptados como sagrados, o sea «Biblia», fueron los de la Ley: Génesis a Deuteronomio. La segunda gran colección bíblica es la de los Profetas, que incluye desde Josué hasta 2 Reyes, y desde Isaías hasta Malaquías, sin Lamentaciones ni Daniel. Por último tenemos la colección de las Escrituras, con todo lo que resta del Antiguo Testamento.

Sobre los libros proféticos, John W. Miller habla de cuatro elementos distintos que vemos en su contenido al leerlos con atención:

> (1) *Mensajes* proféticos (que frecuentemente toman la forma de discursos de Dios mismo en primera persona . . .); (2) *palabras del profeta acerca de sí mismo* y sus experiencias (podríamos denominarlas memorias o reportajes autobiográficos); (3) *anécdotas* o reportajes por terceros (amigos del profeta); (4) *notas* de explicación de diversos tipos, escritos por los editores o

[1] Norman K. Gottwald, *The Hebrew Bible: A Socio-Literary Introduction* (Philadelphia: Fortress, 1985), pág. 95.

copistas, que frecuentemente son de interpretación (como los encabezamientos de estos libros).[2]

Nos queda por describir un último paso. Este proceso de alteraciones de copia en copia no pudo continuar indefinidamente. D. Barthelemy identifica cuatro pasos en la consolidación del texto bíblico del Antiguo Testamento.

> *Primero viene la convicción certera de que cierto libro es Sagrada Escritura. Esta convicción, a su vez, conduce con más o menos rapidez a la cristalización literaria del libro en una o más tradiciones textuales, en las que ya no se permiten más alteraciones deliberadas en su redacción. Una vez asegurado desde el ángulo literario, copistas de capacidad muy variada continuarán trasmitiendo el texto. En este proceso el texto puede llegar a corromperse hasta cierto punto, sea por despistes del copista, corrección de errores evidentes en la copia que se está copiando, armonización con otros textos, correcciones teológicas encubiertas, o modernización de la ortografía y gramática. Por último, la comunidad que considera que el texto es sagrado intentará neutralizar esta corrupción mediante un nuevo intento de estabilización del texto.*[3]

Esta brevísima relación del origen de los libros del Antiguo Testamento nos conduce a algunas conclusiones y reflexiones.

Primero. En muchos casos nunca existió un texto original. Los manuscritos más antiguos que conocemos de algunos libros bíblicos ya evidencian un desarrollo paralelo y diferente entre sí. En la etapa de cambios importantes de copia en copia, los diversos redactores introdujeron material diverso en combinaciones distintas. El texto único, con un mensaje expresado de una única manera reconocida, es el final del camino, no el comienzo.

Segundo. Aquellos diversos manuscritos «originales» no interesan. No fueron aquellos «originales» los que la comunidad judía, y luego el cristianismo, habían de reconocer como Sagradas Escrituras.

---

[2] John W. Miller, *Meet the Prophets* (New York/Mahwah: Paulist, 1987), pág. 31. Mi trad. del inglés.

[3] D. Barthelemy, "Text, Hebrew, history of" en *Interpreter's Dictionary of the Bible*, Sup. Vol. (Nashville: Abingdon, 1976), pág. 880. Mi trad. del inglés.

Poniendo un caso concreto, lo que hoy tiene para judíos y cristianos autoridad indiscutida como «Biblia» no fue lo que haya de escritura de Moisés en el libro de Deuteronomio, sino el libro de Deuteronomio tal y como ha llegado a nuestras manos. Deuteronomio atribuye sus discursos a Moisés. Aun suponiendo que este fuera un recurso literario para dar validez a conceptos posteriores, el texto cuya autoridad sagrada aceptamos presenta los discursos de Deuteronomio como de Moisés. Es probable que la legislación deuteronómica y su concepción de la historia hayan circulado previamente en otros documentos, sin atribución directa a Moisés. Sin embargo tales documentos, aunque más «originales», no nos interesan. No eran el Deuteronomio que aceptamos como Sagrada Escritura.

Esto no da a pie a defender dogmáticamente que Moisés escribió Deuteronomio. Lo que sí da pie a constatar es que en cierto momento histórico en Jerusalén las leyes, exhortaciones y advertencias de Deuteronomio se vivían existencialmente como equivalentes al pensamiento de Moisés. Los movimientos reformadores radicales de Jerusalén debían buscar allí su inspiración fundamental. Se aceptó, como los judíos y cristianos aceptamos hasta el día de hoy, que Deuteronomio reflejaba fielmente la visión esencial para Israel que Dios había revelado ya en tiempos de Moisés.

En tercer lugar los judíos y cristianos estamos convencidos de que Dios nos habla mediante estos libros. Reconocemos sobradamente la inspiración de los libros tal cual les tenemos hoy, tanto en su origen y contenido, como en el efecto inspirador que tienen sobre nosotros. La fe pura y auténtica del cristiano no depende de que los libros bíblicos se hayan escrito a la moderna, por un autor en determinado momento y con un contenido específico de una vez por todas.

4. PSEUDOEPIGRAFÍA Y AUTENTICIDAD

En nuestra ficción acerca de una nueva Biblia imaginaria, ya nos adelantábamos a este tema. El de las cartas cuyo autor no es el que se supone. Como ya apuntábamos entonces, no hay que confundir el tema de la identidad del autor con el de la autenticidad de la carta.

En este sentido me preocupa el lenguaje que se suele emplear en los libros de introducción al Nuevo Testamento y en los de comentario de las epístolas. Creo que al debatir los eruditos sobre la «autenticidad» de algunas cartas del Nuevo Testamento, mezclan en su debate un cierto elemento de juicio peyorativo que no viene a cuento. Al admitir que el debate sea sobre la «autenticidad» de una carta, los que defienden tanto una postura como la otra parecieran indicar que lo que está en juego es la validez de la carta como Sagrada Escritura.[4] En algunos casos he leído argumentos que, habiendo decidido que tal o cual carta o versículo no fue escrito por el apóstol Pablo, parecen suspirar de alivio y decidir que su mensaje no es digno de atención u obediencia.

Pero hace falta insistir que todo el Nuevo Testamento es «auténtico» en el sentido de que pertenece al canon de las Sagradas Escrituras que delimitan o encauzan el pensamiento cristiano.

Si la carta a los Hebreos fue admitida al canon, no fue en última instancia porque todo el mundo se acabó convenciendo de que Pablo la había escrito. Fue admitida por su propio peso específico, por su valor innegable como testimonio del pensamiento apostólico. Si la segunda carta de Pedro fue admitida al canon del Nuevo Testamento no fue

---

[4] Entre las introducciones traducidas al español, por ejemplo, Wikenhauser y Schmid, *Introducción al Nuevo Testamento* (Barcelona: Herder, 1978) y Everett Harrison, *Introducción al Nuevo Testamento* (Grand Rapids: S.L.C. de la Iglesia Cristiana Reformada, 1980). Ambos defienden, como mínimo, la verosimilitud de la posición conservadora (que las cartas son de los autores a los que tradicionalmente se han atribuido). Mejor se expresan Ralph P. Martin, *New Testament Foundations*, Vol. 2 (Grand Rapids: Eerdmans, 1978) y Willi Marxsen, *Introducción al Nuevo Testamento* (Salamanca: Sígueme, 1983), al no dar a entender que el debate sea sobre autenticidad. Menciono a Martin aunque no ha sido traducido al castellano, porque su opinión sobre autores es parecida a la de Wikenhauser y Schmid, y Harrison.

únicamente porque se suponía que su autor era el apóstol. También existía un Evangelio según Pedro y un Apocalipsis de Pedro. Estos no fueron admitidos al canon, porque aunque cupiera pensar que el apóstol Pedro los había escrito, no concordaban con lo que se recordaba del testimonio apostólico genuino.

El valor del mensaje de Efesios y Colosenses es tal, que no importa que mañana salieran a la luz pruebas de que, efectivamente, como muchos sospechan, no fue Pablo su autor. El conocimiento profundo del discipulado cristiano que evidencian estas cartas nos demuestra sobradamente que quien quiera las haya escrito: (1) conocía intensamente la experiencia de vivir en obediencia al testimonio auténtico de Jesús de Nazaret y Cristo resucitado; (2) estaba totalmente convencido, con buenos motivos, de que su mensaje era absolutamente idéntico al de Pablo en las cuestiones que las cartas tocan; (3) los saludos personales de Pablo que las cartas contienen no constituían un engaño deshonesto en la mente del autor. Desde nuestra propia perspectiva esto último cuesta un poco imaginarlo; pero es menester remitirnos a las diferencias culturales y mentales que nos separan de aquel momento histórico. Lo que tú y yo no podríamos hacer con la conciencia tranquila (1) alguien sí parece haberlo hecho bajo inspiración divina y (2) esta realidad no ha sido óbice para que su carta fuera admitida por todos los cristianos como testimonio apostólico de validez incuestionable.

En otras palabras, las cartas bíblicas cuyo autor real se desconoce son auténticas en su mensaje, inspiración, y autoridad como Sagrada Escritura.

[De todos modos, son pocas las epístolas cuyo autor real se desconoce. El lector interesado en saber cuáles son en particular, ha de remitirse a un libro de introducción al Nuevo Testamento.[5]]

---

[5] Por ejemplo, los mencionados en la nota nº 4 de este capítulo, p. 116.

5. La importancia de la Iglesia

Ahora entramos a un tema en el que los católicos se sienten mucho más cómodos que los evangélicos. Ellos otorgan un papel importante a la tradición y la autoridad eclesiástica en la definición doctrinal. Los evangélicos sinceramente intentamos vivir conforme a la consigna protestante de *sola Scriptura*, solamente las Escrituras como autoridad para la iglesia.

Sin embargo, en realidad, el concepto de *sola Scriptura* es insostenible. Por un lado, en la práctica cada grupo necesariamente evoluciona su manera de entender e interpretar las Escrituras. De modo que aunque creemos que estamos basándonos en la Biblia, lo que acabamos haciendo es basarnos en la Biblia según ésta se interpreta en nuestro grupo. Esto es inevitable. Y se observa con especial claridad desde fuera. ¡Nos lo dicen los que no son de nuestro propio grupo!

Por otro lado, desde el punto de vista histórico no se puede justificar una polarización entre la autoridad de la iglesia y la autoridad de la Biblia. Si el Nuevo Testamento goza de autoridad en la iglesia es porque la iglesia se la otorgó, reconociendo en sus libros el testimonio fiel del evangelio que ella había recibido de los apóstoles.

No debemos olvidar que las primeras generaciones del cristianismo, precisamente aquellas generaciones que más idealizamos los cristianos «bíblicos», no poseían el Nuevo Testamento. Ellos tuvieron que escribirlo, en base a lo que había sido la experiencia de los apóstoles con Jesús, y en base a la experiencia permanente de la iglesia con el Espíritu Santo.

Se sabe que aquellas generaciones originales del cristianismo escribieron muchas otras cosas, aparte de los libros que hoy aceptamos como Nuevo Testamento. Algunos de aquellos otros escritos sobreviven hasta hoy. El hecho de que había mucho material escrito, entre lo que hubo que seleccionar los escritos que serían admitidos al Nuevo Testamento, significa que la iglesia tuvo que intervenir decisivamente, con autoridad incuestionable. Dos o tres siglos después de Jesucristo, la iglesia se valió de sus propios criterios doctrinales e históricos para determinar qué libros delimitarían la doctrina de todas las generaciones

posteriores de cristianos. De manera que fue la iglesia la que escribió, seleccionó, coleccionó, y confirmó la autoridad de los libros del Nuevo Testamento.

Yo personalmente no abrigo la más mínima duda de que Dios estuvo detrás de este proceso histórico mediante el cual la iglesia nos legó el Nuevo Testamento. Sencillamente constato que al reconocer la autoridad incuestionable del Nuevo Testamento, estoy otorgando exactamente esa misma autoridad a la iglesia que decidió cuál iba a ser el Nuevo Testamento que reconozco.

Siendo así las cosas, es imposible oponer la autoridad de la iglesia a la de la Biblia, como si se tratara de dos cosas diferentes. Aunque no estuviéramos dispuestos a aceptar la autoridad de la iglesia de nuestros propios días, no podemos eludir la autoridad de la iglesia del pasado.

¿De dónde manaba la autoridad de aquella iglesia?

Esa autoridad estaba basada en la memoria fiel que la iglesia conservaba del auténtico testimonio apostólico que había recibido desde su fundación. Aquellos cristianos reconocían en algunos escritos la realidad del evangelio como ellos lo seguían entendiendo y viviendo. El testimonio apostólico de la iglesia, evidenciado en su vivencia cotidiana, y el testimonio apostólico de aquellos documentos, se confirmaban uno a otro mutuamente.

Esto significa que si la autoridad del Nuevo Testamento es inseparable de la de la iglesia que le dio origen, la autoridad de esa iglesia también es inseparable de la del Nuevo Testamento al que dio forma. Es porque la iglesia se mantenía fiel a la Palabra, que pudo reconocer la Palabra en los libros del Nuevo Testamento.

De la misma manera, para que nuestra propia enseñanza tenga autoridad, no basta con que sea «bíblica». Además de basarse en la Biblia, es imprescindible que nuestra enseñanza surja de la experiencia vivencial de una iglesia fiel. La iglesia fiel confirma con su vida y dinámica la veracidad de su doctrina. Todo biblicismo ajeno a la realidad de la comunidad de los fieles, es biblicismo falso. Su autoridad es incompleta, porque su verdad no está siendo comprobada en la vida cotidiana de la iglesia.

6. ¿CUÁNTOS LIBROS TIENE LA BIBLIA?

El «milagro» de que todos los cristianos del mundo se pusieran de acuerdo sobre cuáles libros debían figurar en una Biblia nueva, era un elemento que figuraba en nuestro cuento imaginario. Sin embargo, a Dios no le ha placido otorgarnos ese milagro con respecto a la Biblia de verdad.

Existen dos Antiguos Testamentos distintos, uno más largo que el otro, cada uno de ellos defendido como el auténtico por distintos grupos de cristianos.

Los evangélicos aceptan como Antiguo Testamento legítimo la Biblia hebrea, la de los judíos. Este grupo de libros aceptados fue establecido definitivamente casi un siglo después de Cristo. Los judíos se reagrupaban como «la religión del libro» después de que la destrucción de Jerusalén (año 70 d.C.) acabó con el nacionalismo territorial judío. Esta lista excluye catorce escritos (libros y partes de libros) que hasta entonces gozaban de gran aprecio, principalmente en la versión griega de los libros sagrados judíos.

Las iglesias católica y ortodoxa reconocen oficialmente la versión griega, que contiene las porciones adicionales excluidas por los judíos. Algunas iglesias protestantes también usan estos escritos adicionales, pero aceptan la nota cautelar sobre ellos que escribió Jerónimo (Siglo V): Los libros en cuestión han de leerse para edificación, pero no «para confirmar la autoridad de los dogmas de la Iglesia».

Jerónimo mismo fue el que originó el empleo del término «libros apócrifos» que hoy usan los protestantes para referirse a estos escritos. La Iglesia Católica prefiere llamarlos «deuterocanónicos».

No interesa aquí repasar los argumentos a favor de una postura y otra. Bástenos tan sólo con constatar una realidad: La cuestión de cuántos y cuáles son los libros que configuran la Biblia, es una cuestión que no ha sido zanjada de un modo satisfactorio para todos los cristianos.

Es indiscutible que los apóstoles que evangelizaban entre los gentiles reconocían como auténtica la versión griega íntegra. El Nuevo Testamento contiene bastantes citas recogidas de los libros «apócrifos»

(y también alguna que otra cita indirecta de otros libros judíos). Posteriormente la iglesia continuó usando este Antiguo Testamento «cristiano» en lugar del más breve, de los judíos. Sin embargo, la insatisfacción causada por la discrepancia entre las versiones hebrea y griega volvería a aflorar entre los protestantes, motivando su rechazo de las secciones «apócrifas».

Pero el motivo por el que mencionamos esta situación es que deseamos recalcar que la Biblia no es menos útil porque exista esta falta de entendimiento acerca de su configuración exacta.

Ya hemos observado que la autoridad de la Biblia no depende de la naturaleza de su inspiración, ni de que la hayan escrito ciertos autores en particular, ni de que el contenido del texto de cada libro se haya fijado de una vez por todas en ejemplares «originales». También hemos observado que la autoridad de la Biblia es inseparable de la de la iglesia (de la iglesia como comunidad de los fieles, no como institución). Ahora observamos que la autoridad de la Biblia tampoco disminuye si a la fluidez textual interna de algunos libros en su formación original, se añade la imposibilidad de ponernos de acuerdo acerca de cuáles libros han de considerarse sagrados. Con todos los «problemas» que presenta la Biblia, hemos de insistir en que sigue siendo un libro fiable, en el que los hombres y las mujeres modernos podemos basar nuestra doctrina y conducta.

Esa fiabilidad bíblica está estrechamente unida al carácter histórico de la Biblia.

7. LA BIBLIA ES HISTORIA

No se puede comprender la Biblia fuera de la historia.

Imaginémonos que nunca habíamos leído el libro sagrado de los cristianos y alguien nos da un ejemplar. ¿Qué pensaríamos que íbamos a encontrar entre sus pastas? Bueno… por ejemplo, una exposición clara de la doctrina de la trinidad, de la naturaleza de Dios (omnipotente, omnisciente y omnietcétera), un tratado claro de enseñanza moral y formación de carácter cristiano, la doctrina de la salvación (explicando claramente qué tiene que ver conmigo el hecho de que aquel hombre haya muerto en la cruz hace veinte siglos), una explicación clara y lógica de lo que sucede cuando nos morimos, y otras cosas por el estilo. ¿Verdad?

¡Cuál es nuestra sorpresa al enterarnos que en lugar de explicarnos el cristianismo, lo que hace la Biblia es narrar más de mil años de historia!

Todas aquellas cuestiones importantes quedan en el aire, para que generaciones interminables de teólogos las discutan acaloradamente, escribiendo bibliotecas enteras de tomos eruditos mientras la iglesia se divide y subdivide por cuestiones de «sana doctrina». Mientras tanto la Biblia se limita a narrar historia. La Biblia también nos ofrece cartas, cantos, leyes, discursos proféticos y los refranes de sabios hebreos; pero al fin de cuentas todo esto sigue siendo el registro histórico de una nación (Israel) y de un movimiento religioso (la iglesia primitiva). Y esto nunca constituye un compendio doctrinal capaz de acabar de una vez por todas con las discusiones teológicas de los cristianos.

La manera bíblica de hacer teología es narrar los encuentros históricos de Dios y los hombres. Aunque hemos sido creados a la imagen y semejanza de Dios, Dios sigue siendo infinitamente «otro». «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos» (Is. 55.8). Podríamos tomar un ejemplo de la geometría. Una línea tiene una sola dimensión (fig. A). Un plano comparte esa dimensión, pero tiene además otra; al largo se le añade el ancho (fig. B).

La realidad «plano» puede abarcar la totalidad de la realidad "línea" (fig. C), pero lo contrario no es cierto.

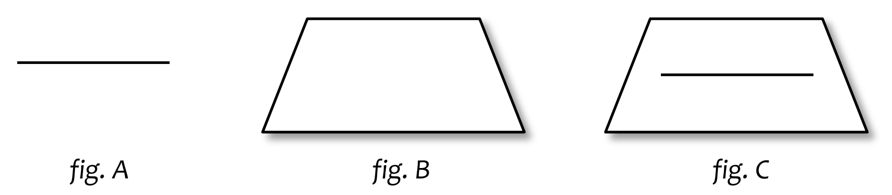


fig. A *fig. B* *fig. C*

Añadamos otra dimensión. La profundidad. Representaremos la realidad tridimensional con una esfera. Esta sólo puede ser representada en el plano esquemáticamente, en una aproximación gráfica que nunca será una esfera, sino sólo un dibujo de una esfera (fig. D).

fig. D

Nosotros hemos sido creados a la imagen de Dios, como el dibujo de una esfera en una superficie plana es la imagen de la esfera. Pero las limitaciones en nuestra capacidad de comprender a Dios son evidentes, aunque esto no significa que él tenga limitaciones para comprendernos a nosotros. Los seres humanos nos movemos en cinco dimensiones. Además de las tres dimensiones geométricas (ancho, largo y profundidad), nuestra experiencia del tiempo otorga otra dimensión a nuestra realidad. También experimentamos una dimensión «espiritual» en nuestra existencia. ¿Quién puede saber en cuántas dimensiones existe Dios? Podrían ser infinitas. Y sin embargo, siempre que él quiera tratar con nosotros, tendrá que limitarse él mismo a nuestra propia capacidad de «captarle» en las dimensiones en las que nosotros captamos la realidad.

Imaginemos a Dios como una esfera, y a la humanidad entera como una superficie plana (fig. E). Si Dios desea tener comunión con nosotros, si desea estar en relación con nosotros, tendrá que acercarse él mismo, que se puede desplazar por la dimensión que se nos escapa, hasta tocar

a la humanidad (fig. F). Este es un contacto real, pero con dos limitaciones evidentes. Solamente ha afectado a un ser humano en particular (un único punto de contacto), y por profunda que haya sido la experiencia de comunión con Dios de ese individuo, su conocimiento verdadero de Dios no puede más que ser extremadamente limitado: El equivalente a un punto . para describir la realidad de una esfera.

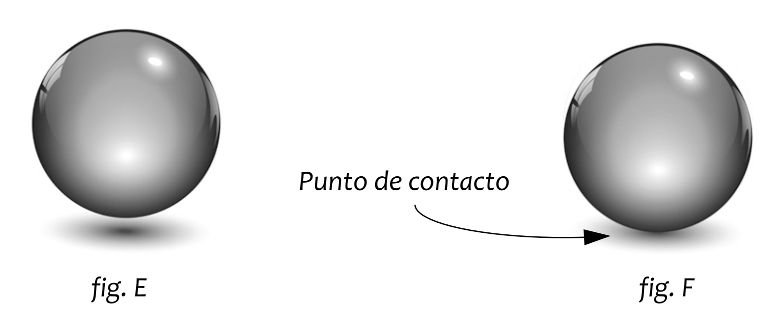


fig. E *fig. F*

¿Pero qué sucede si ese individuo vive una vida de contactos, de «comunión» con Dios, y cuenta su experiencia a sus hijos; y éstos también viven sus vidas en contacto con Dios y relatan a sus propios hijos las experiencias familiares de comunión con Dios? Con el paso del tiempo se desarrolla una historia del trato de Dios con una familia, un pueblo, una nación. Podríamos representar esto como el trazo de una línea (fig. G). Pero esa línea se corresponde con otra línea trazada sobre la superficie de la esfera (fig. H), que nos demuestra que el conocimiento de Dios es muchísimo más completo que el que podía tener un individuo aislado.

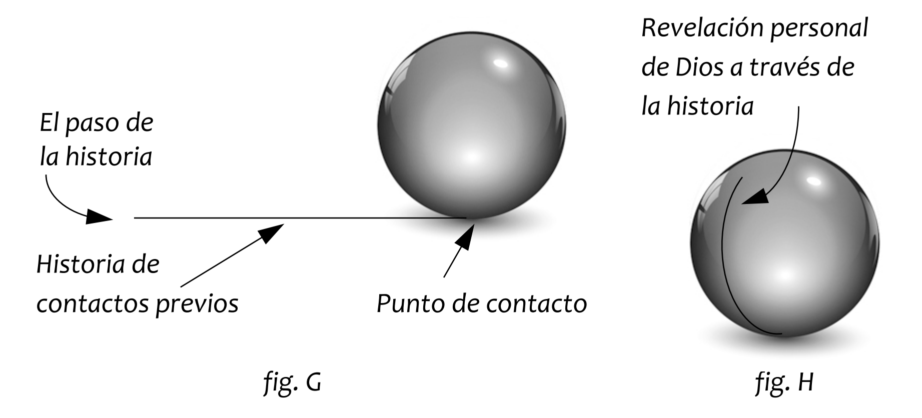


fig. G *fig. H*

Por eso es esencial que la revelación bíblica sea la revelación de Dios en la historia. Porque la humanidad misma vivimos en el tiempo y aprendemos secuencialmente en el tiempo. Porque para que nosotros le conozcamos, la revelación de Dios tiene que llegar en el contexto de lo que antes sabíamos o pensábamos saber. Luego tenemos que asimilar esa revelación mediante la reflexión, compararla con revelaciones previas. Luego tenemos que cotejar todo esto con las revelaciones posteriores, también históricas, que Dios haga de sí mismo.

Y esto es precisamente lo que la Biblia nos ofrece. Historia sagrada. Como teología no es nada sistemático. Deja muchas áreas en las que nos falta conocimiento (por ej.: ¿Cómo será exactamente la resurrección de los muertos?). Da lugar a múltiples interpretaciones y discusiones dogmáticas entre los que hemos heredado como nuestra propia la historia bíblica. Pero es real. Es Dios en comunión auténtica con los hombres. Es la forma en la que Dios se ha revelado a sí mismo. *Y es la única forma que era **posible** que Dios se nos revelara.* Dios nos ha tomado seriamente donde nosotros nos hallábamos, en nuestras limitaciones dimensionales, y él mismo ha asumido esas limitaciones para que pudiéramos conocerle… a través de la historia bíblica.

8. La autoridad de la Biblia a la luz de su historia

«La Biblia» no es un concepto bíblico. Es un término que no aparece en la Biblia misma. Parte de un error gramatical y se constituye en un error conceptual. En el idioma griego, *tà bíblia* significa «los libros» (plural); pero en castellano «la Biblia» significa «el libro sagrado» (singular). El error gramatical es entender un plural como si fuera un singular. El error conceptual es que una vez que hablamos de la Biblia como una unidad, como si se tratara de un solo libro, perdemos de vista la inmensa variedad y pluralidad de puntos de vista y opiniones, que lógicamente había de contener una colección de 66 tomos (o 73, según cuáles se cuenten).

La Biblia, en sus 66 tomos, evidentemente tiene coherencia y mantiene una perspectiva que se puede identificar como bíblica. Existe un tema que fluye desde Génesis hasta Apocalipsis: el tema del acercamiento de Dios a los hombres. Incluso se puede hablar de un (único) mensaje bíblico de amor, salvación, justicia, paz, armonía, fe y esperanza.

Pero no debemos olvidar el largo milenio de experiencias muy variadas, representadas en esta colección insólita de escritos.

La coherencia de la perspectiva bíblica proviene de la historia. Es una coherencia secuencial. Es la coherencia de que si bien «3» no es lo mismo que «1», si estoy contando «1, 2, 3, 4», es evidente la relación estrecha entre esos dos conceptos.

La coherencia bíblica viene de que en esa historia contenida entre sus pastas, una multitud de testigos tuvo encuentros y comunión con el mismo Dios, Yahveh de Israel. Sin embargo cada uno de esos testigos tuvo su propio encuentro con Dios, que fue un encuentro único, auténtico, y no una copia de otros encuentros. Esto otorga al testimonio de cada uno de ellos una perspectiva única. Aunque Moisés frente a la zarza ardiente y Pedro en el Monte de la Transfiguración se encontraron cara a cara con una misma realidad, su experiencia fue radicalmente distinta. Y aunque Pedro se hubiera encontrado con una zarza que ardía y no se consumía, su experiencia hubiera sido distinta a la de Moisés,

porque él sabía que Moisés ya había vivido una experiencia así y lo que esa experiencia había supuesto para Moisés; entonces Pedro hubiera reaccionado como un judío devoto y no como un prófugo de la corte de Faraón.

Si la experiencia y comprensión del encuentro con Dios siempre es personal, es evidente que en la colección bíblica no sólo habremos de encontrarnos con diferencias entre un testimonio y otro, sino incluso con contradicciones. Es importante descubrir este proceso interno de diálogo entre los distintos autores bíblicos. Es importante notar esos desacuerdos, esas tensiones, esas contradicciones presentes en la Biblia:

Como ya hemos visto en otro lugar, Isaías profetizó que Dios defendería a Jerusalén y su Santo Templo, frente al asedio de los sirios blasfemos. Y así fue. Pero Jeremías, frente al asedio de los igualmente blasfemos babilonios, tuvo que denunciar como mentirosa la teología de la inviolabilidad de Sión, teología que se basaba precisamente en las profecías de Isaías.

Salomón dijo «Ninguna adversidad acontecerá al justo» (Prov. 12.21). El libro de Job expresa fulminantemente la opinión contraria.

En Eclesiastés el predicador describe la fe «a la desesperada» que surge del vacío existencial del que lo tiene todo y no sabe valorar nada. Los esclavos que cantan y bailan de alegría por la salvación de Dios después de cruzar el Mar Rojo tienen una concepción radicalmente distinta de lo que significa creer en Dios. La fe profunda del Predicador les habría parecido ingratitud blasfema.

Priscila y su marido Aquila instruyen a Apolos sobre los aspectos del evangelio que le eran desconocidos. Este es aquel Apolos que en 1 Cor. contará con el mismo nivel de reconocimiento apostólico que Pablo y Cefas, de modo que Priscila fue maestra espiritual del que llegaría a ser prácticamente un apóstol. Sin embargo en 1 Tim., Pablo comenta que él no permite que las mujeres enseñen, sino que las obliga a guardar

silencio. Aunque, bueno, Pablo mismo es el que en Rom. 16 envía saludos a Junia, a la que él considera «insigne entre los apóstoles».[6]

Es fascinante observar esta tensión interna entre los escritos bíblicos. Al escuchar la Biblia oímos el murmullo de una multitud de voces, cada una de ellas auténtica pero personal, inspirada pero humana. Escuchamos cómo debaten entre ellos sobre el significado de la obediencia en el «ahora» en el que a cada uno le toca vivir. Y detrás de esa multitud de voces bíblicas… sentimos la presencia benigna de un Dios que se revela en cada generación a cada corazón que le busca, concediendo sabiduría a cada mente que se lo pide, dialogando incansablemente con los seres humanos que se atreven a escucharle.

Si hemos captado esa realidad de la Biblia, si hemos logrado entender qué significa que la Biblia sea una biblioteca con tomos escritos por muchos autores distintos, entonces hemos empezado a comprender también cómo debemos usarla.

Evidentemente la Biblia tiene muchos usos, que van desde la lectura devocional diaria hasta el estudio intensivo con el fin de aclarar conceptos doctrinales. Sucede así también con una biblioteca. Algunos van a la biblioteca con un fin puramente placentero: buscan un libro con el que pasar unas horas de ocio. Otros van porque reconocen cierta ignorancia relativa sobre algún tema en particular y quisieran encontrar un libro que les explique claramente lo que ignoran. En otra categoría están los eruditos. Ellos prácticamente viven entre los libros. Ellos cogen unas ideas de aquí, unos datos de allá, comparan las ideas de Fulano con las de Mengano. Más que leer un libro, ellos estudian la biblioteca. De la multitud de datos y la diversidad de opiniones, que entre autor y autor siempre son contradictorias, ellos llegan a sus propias conclusiones.

La Biblia, al ser una colección de escritos de gran diversidad en cuanto a contenido, origen y época, se presta también a este tipo de estudio, que es el indicado para cuestiones doctrinales.

[6] Rom. 16.7. Hay que cuidarse de la falsa impresión que puedan dar algunas traducciones. Reina-Valera y la Nueva Biblia Española, por ejemplo, parecen dar a entender que "Junias" era un hombre. La Biblia de Jerusalén y la de la de Cantera-Iglesias, por ejemplo, lo hacen mejor.

El mismo Espíritu que oímos con claridad detrás de cada voz bíblica, el mismo Espíritu que preside sobre los debates internos de la Biblia para impedir que degeneren en un caos total, ese mismo Espíritu es el que mora en nosotros y nos guía hacia la verdad.

Si bien el judaísmo puede con justicia llamarse «la religión del libro», no sucede lo mismo con el cristianismo. El cristianismo, en sus orígenes por lo menos, más que «la religión del libro» era «la comunidad del Espíritu». El pensamiento de Jesús se caracterizó por su «Oísteis que fue dicho… pero yo os digo». En Pablo observamos un cuidadoso equilibrio entre el reconocimiento del gran valor de las Escrituras hebreas, por un lado, y su oposición tenaz contra los elementos «judaizantes» que intentaban imponer su observancia literal, por el otro. Y el autor de Hebreos se sirvió de la tradición de sacerdotes, sacrificios y holocaustos en Israel, para describir el significado del ministerio de Cristo. Pero al hacerlo, acabó justificando la separación entre la fe cristiana y el rito bíblico de sacrificios que se llevaba a cabo en el templo de Jerusalén.

Jesús y los apóstoles demostraron así una asombrosa libertad de discernimiento frente a las Escrituras, aunque su actitud fue siempre respetuosa y agradecida por la verdad del Espíritu que veían en ellas. Pero esa libertad para examinar el testimonio bíblico desde la perspectiva que otorga la experiencia propia del Espíritu, no era una novedad. Como ya hemos observado, esa libertad espiritual frente a las Escrituras responde a lo más puro y auténtico de la tradición bíblica misma. Jesús y los apóstoles son, evidentemente, parte de ese diálogo interno de las Escrituras. Ellos comparan lo escrito con el «ahora» que les toca vivir y descubren, desde su conciencia de estar «llenos del Espíritu Santo», lo que Dios espera de ellos en cada situación.

Es menester que nosotros vivamos en esa misma libertad otorgada por el Espíritu en nosotros, para continuar el diálogo entre las Escrituras y nuestro propio «ahora».

Es menester que tengamos la misma libertad que vivió Jesús frente a la legislación sobre el sábado. Aquella legislación no admitía discusión sobre su contenido específico. Sin embargo Jesús descubrió que la aplicación literal del mandamiento bíblico podía conducir, en determinadas circunstancias, a desobedecer la voluntad auténtica del Padre.

Es menester que tengamos la misma libertad espiritual frente a la Biblia de la que hizo alarde el cristianismo del siglo diecinueve, al pronunciarse definitivamente en contra de la práctica de poseer esclavos. Los que defendían aquella costumbre inhumana contaban con el apoyo de innumerables versículos del Antiguo Testamento, y de la Carta a Filemón en el Nuevo. Sin embargo nadie cuestiona hoy el rechazo de la esclavitud al que los cristianos de hace dos siglos sintieron que el Espíritu les llamaba. Entendemos perfectamente que los valores de justicia, compasión y hermandad que motivaron el rechazo de la esclavitud son tan bíblicos, no, más bíblicos en espíritu, que la defensa de la esclavitud a partir de ciertos pasajes de la Biblia.

Es menester que a nuestra profunda lealtad a la revelación bíblica unamos, nosotros también, la libertad de discernimiento espiritual propio, la cual es nuestra vocación como cristianos.

Esto no quiere decir que debamos ser unos iluminados dispuestos a tirar por tierra todo el legado bíblico. Así como hemos visto que la autoridad de la Biblia es inseparable de la autoridad de la iglesia, tampoco se puede separar la autoridad del Espíritu de la de las Escrituras. En realidad, son tres testigos que dan testimonio, reflejando la misma voluntad divina y confirmando entre sí el camino a andar.

Nuestra fe y conducta ha de basarse en (1) la Biblia, interpretada valientemente para el «ahora» en el que nos toca vivir por (2) la comunidad de los fieles que viven hoy en obediencia incondicional al evangelio (3) bajo la guía íntimamente presente del Espíritu Santo.

9. Dos ejemplos de aplicaciones concretas

Hay muchos aspectos de la vida cristiana sobre los que los cristianos no nos ponemos de acuerdo. En cada uno de estos aspectos sería esencial recordar lo que la Biblia es, y lo que eso significa acerca de cómo debemos leerla. Esto nos ayudaría a clarificar nuestra tarea de discernir la voluntad de Dios para nuestro propio «ahora». Basten estos dos únicos ejemplos a continuación, sin embargo, para indicar hacia dónde nos conduce lo expuesto.

1. Pacifismo y no violencia. Está claro que cualquier cristiano que quiera defender el recurso a las armas para la defensa personal o nacional, dispone de un potente arsenal de versículos con los que debatir contra los que mantienen que nuestra resistencia intransigente contra el mal ha de llevarse a cabo siempre por cauces no violentos. Sin embargo el testimonio bíblico sobre este tema no es unánime.

El testimonio bíblico contiene el ejemplo del Mar Rojo y otros episodios parecidos, en los que el pueblo fue liberado de sus enemigos por Dios, sin defenderse mediante las armas. El testimonio bíblico también contiene profundas críticas contra la institución de la monarquía y el militarismo que inevitablemente lo acompañó.

El mismo rey David merece opiniones encontradas: Si bien se le calificó como «un hombre conforme al corazón de Dios», no pudo edificar el Templo porque sus manos estaban manchadas de sangre humana. Su condición de militar se contradecía con la intención de honrar a Dios. Es cierto que el mandamiento «No matarás» probablemente significa «No asesinarás». Sin embargo este mandamiento tiene su complemento positivo en el de amar al prójimo como a uno mismo. Jesús enseña que ese amor ha de hacerse extensible al enemigo.

Algunos grupos cristianos minoritarios (como los menonitas) llevamos siglos ya invitando a las demás confesiones cristianas a seguir nuestro ejemplo de no violencia radical y consecuente. Creemos que es la expresión lógica del mismo Espíritu que impulsó a Jesús a entregar su

vida en lugar de defenderse contra nosotros, los pecadores que le crucificamos injustamente.[7]

2. El reconocimiento debido a nuestras hermanas. Ciertos pasajes apostólicos indican claramente que la mujer, por ser mujer, nunca deberá ejercer ciertos ministerios en la iglesia. Además, propugnan claramente una subordinación femenina a la dominación masculina. El testimonio bíblico sobre este tema también nos otorga la libertad para volver a plantearnos estas cuestiones frente a las exigencias de nuestro propio siglo y nuestra propia sociedad.

Después de todo, es allí donde también leemos que en Cristo «no hay varón ni mujer» (Gál. 3.28). María Magdalena fue la primera en enterarse de la resurrección y exaltación de Cristo, y recibió claramente de Jesús resucitado el ministerio de anunciar este evangelio a todos los demás discípulos, hombres y mujeres. Los saludos de las epístolas paulinas están llenos de reconocimiento por el ministerio de las diversas mujeres que se dedicaban a la obra cristiana. Y también leemos que es el Espíritu Santo quien, ejerciendo su soberanía incuestionable sobre la Iglesia, reparte dones espirituales para el ministerio cristiano.

La libertad espiritual con que debemos discernir la voluntad de Dios en las Escrituras para el «ahora» en el que nos toca vivir, nos invita a reconocer en nuestras hermanas el ministerio que el Espíritu puede haberles encomendado. Sin prejuicios sexuales que el Espíritu mismo no haya respetado. Y aunque queden sin explicar o encajar textos bíblicos cuyo sentido se contradiga con ese necesario reconocimiento.

---

[7] Léase mi libro, *Jesús y la no violencia* (2ª ed. en *No violencia y Genocidios* [Biblioteca Menno, 2010]).

Capítulo 5.

Jesús y el Antiguo Testamento

1. LAS ESCRITURAS DAN TESTIMONIO DE MÍ

El Padre que me envió, ése ha dado testimonio de mí. Pero no habéis oído jamás su voz, ni habéis visto su apariencia. Y su palabra no la tenéis morando en vosotros, porque no creéis en aquel que Él envió. Examináis las Escrituras, porque vosotros pensáis que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida. No recibo gloria de los hombres; pero os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros. He venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viene en su propio nombre, a ése recibiréis. ¿Cómo podéis creer, cuando recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único? No penséis que yo os acusaré delante del Padre; el que os acusa es Moisés, en quien vosotros habéis puesto vuestra esperanza. Porque si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis sus escritos, ¿cómo creeréis mis palabras?

—Juan 5.37-47 (Bib. Américas)

Estas palabras constituyen una exposición clara de un principio hermenéutico que fue fundamental para la generación apostólica. Ellos sostuvieron que la única lectura fiel del Antiguo Testamento es la lectura cristocéntrica. Está claro que la iglesia primitiva estaba plenamente convencida de que existía una muy estrecha relación entre las Escrituras y Jesús. Juan el evangelista, al poner estas palabras en boca de Jesús mismo, va más lejos. Juan no

tiene duda de que Jesús mismo veía así las cosas. Para Juan según estos versículos, el convencimiento de una estrecha relación entre Jesús y las Escrituras constituye un aspecto de la psicología de Jesús, de su consciencia de sí mismo.

Para Jesús mismo, esto probablemente significó fundamentalmente orientar sus prioridades y su programa conforme a las líneas maestras y los principios morales que él halló en la Biblia.

Para la iglesia primitiva significó claramente que, iluminados por el conocimiento de los hechos de la vida de Jesús, habían descubierto que era posible leer referencias al Maestro de Nazaret en todas las páginas de la Biblia. Descubrieron que Jesús, quien entendían que era el logos divino, la Palabra de Dios, era la revelación completa de aquello que en las Escrituras sólo se podía ver entre sombras.

Este principio hermenéutico tiene que recuperarse hoy. Es un principio necesario si pretendemos que nuestra lectura y estudio del Antiguo Testamento conserve una perspectiva distintivamente cristiana.

Esto significa, aunque no significara nada más, que no podemos emplear el ejemplo de sucesos o personajes del Antiguo Testamento, para justificar conductas que sean contrarias a la conducta y enseñanza de Jesucristo.

Quien recurra, por poner un ejemplo, a la historia de los reyes y guerreros del Antiguo Testamento para justificar el homicidio bélico, está empleando una hermenéutica inadecuada. Cuando se emplea el ejemplo de las batallas de Moisés para desestimar los métodos de resistencia no violenta de Jesús, lo que sucede es que se ha perdido de vista un dato que para Jesús y los apóstoles era indiscutible: Ellos estaban convencidos de que el testimonio de Moisés tenía a Jesús como meta final. Desde esta perspectiva, interpretar a Moisés de tal manera que Moisés permite lo que Jesús prohibe, es interpretar incorrectamente a Moisés.

Este es exactamente el problema que se trae entre manos Juan en el capítulo del que hemos recogido estos versículos. El que entiende correctamente a Moisés no puede emplear la legislación sobre el sábado para cuestionar la actividad de Jesús, ya que Jesús es la encarnación perfecta de lo escrito por Moisés. Lo que hacía Jesús los sábados era,

por definición, lo que quiso decir Moisés al legislar sobre el sábado. Aunque fuese contrario a las palabras concretas de Moisés.

Esto último resulta bastante difícil de entender y explicar. Los estudiosos de la ley contemporáneos de Jesús estaban unánimemente persuadidos de que Jesús violaba el sábado, porque hallaban que su conducta era contraria a las palabras escritas en la Ley. Los apóstoles, por lo contrario, sin negar que la conducta de Jesús haya sido contraria a las palabras de la Ley, nos llevan a pensar que Jesús cumplió a rajatabla la intención de la legislación sobre el sábado. Para esto ni siquiera recurren a interpretaciones novedosas, ingeniosas o artificiales de la Ley. Recurren sencillamente a su convicción de que Jesús es el cumplimiento de la Ley. Convicción no defendida y probablemente tampoco defendible. Esa convicción es sencillamente un dato de fe cristiana fundamental, que antecede a la labor hermenéutica.

Siempre que los cristianos rechazan la ética del Sermón de la Montaña a favor de la ética del Antiguo Testamento, se decantan claramente por la opinión de los judaizantes de la era neotestamentaria, en contra de la ortodoxia apostólica.

> *Los judíos le dijeron: Ahora sí sabemos que tienes un demonio. Abraham murió, y también los profetas, y tú dices: «Si alguno guarda mi palabra no probará jamás la muerte.» ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham que murió? Los profetas también murieron; ¿quién crees que eres?*
>
> *Jesús respondió: Si yo mismo me glorifico, mi gloria no es nada; es mi Padre el que me glorifica, de quien vosotros decís: «El es nuestro Dios.» Y vosotros no le habéis conocido, pero yo le conozco; y si digo que no le conozco seré un mentiroso como vosotros; pero sí le conozco y guardo su palabra. Vuestro padre Abraham se regocijó esperando ver mi día; y lo vio y se alegró.*
>
> *Por esto los judíos le dijeron: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?*
>
> *Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: antes que Abraham naciera, yo soy.*
>
> —Juan 8.48-59 (Bib. Américas)

Según el autor del evangelio, desde los tiempos de Abraham los verdaderos israelitas han estado con la vista puesta hacia el futuro. Esta había sido la actitud de Abraham mismo. Había esperado con anhelo la llegada del cumplimiento de sus esperanzas y aspiraciones en un futuro prometido. La fe israelita auténtica no estaba orientada hacia atrás, hacia el pasado. Vivía en la conciencia angustiosa de que los patrones que seguía su vida nacional estaban viciados de imperfecciones. Su realidad histórica siempre era y siempre había sido incompleta, insatisfactoria, frustrante. Como la Unión Soviética con su doctrina de «la dictadura del proletariado», sabían perfectamente que la realidad presente no era ya la utopía. Avanzaban con valentía sobre el escenario de la historia, viviendo medidas insatisfactorias y provisionales, mientras aguardaban la consumación final, aquello que constituiría la verdadera redención de la humanidad.

Jesús alegó ser él mismo, personalmente, el cumplimiento de esas esperanzas.

Entonces, en aquellos puntos donde lo que se manifiesta en él es distinto, contrario a los modelos históricos del pueblo de Dios, Jesús se planta firme con toda la autoridad propia de lo superior que reemplaza a lo inferior.

Esto no da pie a cuestionar la integridad de lo antiguo. Lo que sí significa es que la integridad de lo antiguo reside en que aspiraba a lo nuevo. Su integridad reside en su orientación hacia el futuro esperado, no en el mantenimiento de los modelos del pasado por considerar que fueran perfectos en sí mismos.

Aquí, nuevamente, el ejemplo más claro es el de la guerra en el Antiguo Testamento. (El ritual de sacrificio de animales es otro buen ejemplo.) Matar al enemigo (a quien Jesús instruye amar) es un mal hoy y fue un mal en tiempos del Antiguo Testamento. El «bien» de las guerras sagradas de los héroes del Antiguo Testamento no consiste en que en ellas se matara al enemigo. El «bien» de esas guerras consiste en que fueron conducidas a buen puerto por el mismo Espíritu divino que estaba impulsando a la historia hacia su desenlace en Jesús.

Jesús y los apóstoles observan en los héroes del pasado de Israel un espíritu profundamente abierto a la voluntad de Dios. Por eso siempre

se imaginan que si aquellos héroes del pasado hubieran tenido la oportunidad de oír y conocer a Jesús, le habrían seguido. Pero se sobreentiende que para ellos, como para todo ser humano, seguir a Jesús habría supuesto una transformación total de su existencia. En realidad no habían sido seguidores de Jesús, nunca tuvieron esa oportunidad. Sólo habían vivido en la esperanza de que Jesús algún día se manifestaría.

Con la llegada por fin de Jesús, todo el montaje del ritual de sacrificio de animales, así como la guerra sagrada del Antiguo Testamento, se manifiesta como error. Sin embargo el deseo de los antiguos por agradar al Señor, su sensibilidad a los propósitos a largo plazo de Dios para la humanidad, esto fue un profundo acierto. Es ese acierto lo que constituye la revelación divina escritural. No son revelación los errores históricamente condicionados de un pasado previo a la manifestación del Hijo. Sí es revelación el relato histórico que nos muestra cómo Dios condujo todos los hilos de la historia hasta su desenlace en Jesucristo.

2. LAS DEFICIENCIAS DEL YAHVISMO[1] SIN JESÚS

Si la revelación del Antiguo Testamento hubiese sido completa e inequívoca, está claro que no habría hecho falta ni la revelación del Hijo ni la del Nuevo Testamento. Esto es elemental. Es esta precisamente la naturaleza de la separación entre la fe cristiana y la judía. Los judíos aceptan como revelación completa e inequívoca el Antiguo Testamento y por lo tanto Jesús les resulta superfluo, contradictorio y hasta blasfemo.

Si desde la perspectiva cristiana fue necesaria la revelación del Hijo, lo que estamos diciendo es que la fe bíblica sin el Hijo adolece de ciertas deficiencias.

Al observar el yahvismo en el transcurso de la historia del Antiguo Testamento, lo primero que hay que constatar es su diversidad histórica. Siguiendo el curso de la narración bíblica, descubrimos que la vida y la fe del pueblo hebreo evolucionaban constantemente, como las de todos los pueblos humanos.

El judaísmo con el que se topó Jesús no es lo mismo que el yahvismo de Moisés. Se hallaba en continuidad histórica con la fe de Moisés, pero sus características, circunstancias, experiencia de la vida, y en algunos casos sus convicciones medulares, no eran idénticas.

Desde los tiempos de Esdras y Nehemías, las grandes obsesiones del judaísmo fueron la pureza y la separación de los gentiles. En el fondo las dos obsesiones son una única: En la práctica, se trataba de la lucha por mantener una identidad nacional, cultural, religiosa y racial, en un mundo de imperios gigantescos que amenazaban con diluir y absorber la identidad judía.

Para la tradición que arranca desde Esdras y Nehemías y desemboca en la tradición farisea rabínica de la que nacería el judaísmo medieval, la santidad es equivalente a la pureza. Toda la vida está regida por un código rígido de «No tocarás, no gustarás». Quien amaba a Dios se mantenía santo, o sea puro para él, absteniéndose de los alimentos de

[1] El culto a Yahveh (Jehová).

los gentiles, de las costumbres de los gentiles, de casarse con gentiles e incluso de tocarles. Todo lo que tuviera que ver con los gentiles era considerado inmundo, corrupto e inmoral (a veces con bastante razón).

La obsesión con la pureza derivaba en obsesión con la higiene. Las lucubraciones rabínicas de la época sobre el tema de la higiene contienen una extraña combinación de disparates y sabiduría sanitaria. El Nuevo Testamento nos indica que Jesús fue objeto de fuertes críticas por su falta de escrupulosidad en la higiene legalista. Esta falta de escrupulosidad le hacía sospechoso de impureza y por tanto de falta de santidad y poco amor a Dios.

Definida como pureza y separación, la santidad era algo débil, frágil, perecedero; algo que había que guardar celosamente, porque era sumamente fácil de perder.

Definidas la pureza y separación como lo más esencial para agradar a Dios, la insolidaridad con el prójimo, la crueldad y la opresión, sin dejar de ser importantes, pasan a segunda plana en el pensamiento moral. Era posible llegar a ser un buen practicante de la religión y ser a la vez una mala persona: avara, cruel y egoísta. (Esto no pretende ser una descripción estereotipada de los judíos: de hecho la considero una descripción perfecta de tres cuartos de los cristianos.)

Anclada en la Ley y en sus tradiciones acerca de la Ley, esta religión era presa de la obsesión con un pasado nacional presuntamente glorioso, en el que a pesar de los problemas cotidianos y la incomprensión de un vulgo pecador, Dios había hablado por medio de los profetas. Nada nuevo era posible ya. Cuando viniera el Mesías, con la resurrección de los santos y la restauración de la gloria de Jerusalén, toda la humanidad que quedara viva andaría en obediencia perfecta a la Ley legislada en un pasado lejano.

Esta religión (el judaísmo primitivo, a partir de Esdras y Nehemías) nos ha legado una colección de libros sagrados. Son los libros en los que basaba sus costumbres y creencias, su concepción de lo divino, del bien y del mal. Son los libros con los que justificaba su obsesión por la pureza étnica y la separación nacional. Son los libros que contenían la Ley que había sido revelada a sus antepasados y que en la gloriosa restauración

del futuro regirían eternamente a la humanidad reunida en torno a Jerusalén.

Son lo que los cristianos llamamos el Antiguo Testamento.

Ese mismo Antiguo Testamento nos deja ver dos estadios anteriores, para una descripción a grandes rasgos de la evolución de la fe yahvista.

La primera etapa es la de los patriarcas, de Moisés, Josué y otros grandes héroes guerreros que fueron a la vez los líderes religiosos de unas tribus políticamente descentralizadas y militarmente débiles. Es lo que conocemos normalmente como «Israel premonárquico». Esta etapa ha sido descrita frecuentemente como la edad de oro del yahvismo.

Para Norman K. Gottwald, por ejemplo,[2] lo más destacable de aquellos siglos sería el intento por vivir conforme a unos valores de justicia social. Las tribus de Israel habrían sido el primer gran experimento histórico por forjar una sociedad basada en la justicia, la igualdad, la consideración por los débiles, derechos humanos universales. El Dios novedoso al que sigue Israel se manifiesta como distinto a todos los demás dioses, en que libera al pueblo oprimido por los políticos opresores de Egipto y Canaán, se declara defensor de los esclavos, de los oprimidos, de las viudas, los pobres y los que sufren, y legisla leyes que reflejan esa preferencia divina. Yahveh no es el dios de los reyes cananeos, sino el Dios de los campesinos liberados.

El tema de solidaridad mutua, la polémica clara e intransigente contra todo tipo de privilegio, injusticia y opresión, sin duda es uno de los aspectos más asombrosos y «modernos» del Antiguo Testamento.[3] El único momento histórico del relato bíblico en el que esta conciencia social pudo forjarse en la mente hebrea, es durante los siglos anteriores al establecimiento de su monarquía.

Millard C. Lind,[4] aunque hace en muchos detalles una lectura distinta de aquella historia primitiva, comparte con Gottwald su valoración de la época premonárquica como la edad de oro del yahvismo. Para él esto se

---

[2] Norman K. Gottwald, *The Tribes of Yahweh* (Maryknoll: Orbis, 1979)

[3] En esto está también de acuerdo Walter Brueggemann, *La imaginación profética* (Santander: Sal Terrae, 1986).

[4] Millard C. Lind, *Yahweh Is a Warrior* (Scottdale: Herald, 1980)

halla en que en la persecución de esa justicia social tan radical y única, Israel fue capaz de una confianza absoluta en Yahveh como Rey, Guerrero y Defensor de las tribus de Israel.

El momento de más pura y prístina revelación divina en el Antiguo Testamento sería entonces el cruce del Mar Rojo, cuando Dios derrotó al ejército de Faraón sin que un solo hebreo empuñara un arma. El Mar Rojo reivindica esa fe en un Dios vivo y activo, capaz de intervenir en los asuntos humanos. Esa fe levanta de los hombros humanos la responsabilidad exclusiva por el desenlace de la historia, liberando a los hebreos para dedicarse a la fidelidad incondicional al pacto. Es así como las tribus de Israel fueron capaces de abandonarse a la protección divina sin recurrir a las carreras armamentistas ni a las estrategias militares de su día, y es así como pudieron organizar su existencia como sociedad sin el sistema opresivo de la monarquía oriental. Esto constituye para Lind el fundamento de la religión yahvista.

La segunda etapa sería entonces la de las monarquías, empezando con el breve experimento del reino unido y continuando durante los siglos que duraron Israel y Judá.

La característica principal de esta época nos la indicaría la frase que empleó el pueblo cuando primero le pidió un rey a Samuel. Dijeron que querían ser una nación «como todas las demás». Y eso fueron, en efecto. La obsesión por la justicia social fue desplazada de las esferas del poder político concentrado en el rey. Las autoridades religiosas, cuya influencia y autoridad se centraba en el templo construido y patrocinado por la corona, no estaban en condiciones de hacer otra cosa que legitimar con sus ritos la política oficialista.

Salvo brevísimas excepciones, este período se caracterizó también por la devoción a muchos dioses, la mayoría de origen cananeo, otros impuestos por las diversas potencias imperiales que reiteradamente ponían en entredicho la independencia nacional de Israel y Judá. Se suponía que estos dioses mantenían la estabilidad política y económica y garantizaban la prosperidad de la agricultura. Ninguno de estos dioses mostró jamás interés en la suerte de los pobres y oprimidos. La vida política, económica y social de Israel y Judá era idéntica a la de las naciones vecinas. Su vida religiosa también. La principal diferencia

religiosa residía en que en el templo de su Dios oficial, Yahveh, en lugar de figurar la estatua del dios, aparecían tan sólo las estatuas de dos querubines alados sobre un arca de oro: el estrado de los pies del Dios invisible.

La otra diferencia era la memoria. La memoria de que las tribus de Israel habían sido distintas en el pasado. Que su vida social, política y económica había sido única. Que Yahveh antes no había vivido en un templo de piedra, sino que había sido su Rey, su Guerrero protector, el legislador de sus leyes, su Libertador. Los profetas mantuvieron vivo este recuerdo. Lo mantuvieron vivo en la imaginación de las masas oprimidas. Lo mantuvieron vivo incluso en los corredores de los palacios reales, donde de vez en cuando penetraban con sus pronunciamientos de ira y juicio venidero.

Este es entonces el bosquejo de la historia hebrea que nos traza el Antiguo Testamento: Primero, una época pura, marcada por la fe en el Dios liberador que organiza una sociedad revolucionaria y antimilitarista, de la que se constituye Rey. Segundo, una época en la que, con la adopción de la monarquía, se intenta y consigue ser una nación como cualquier otra. Tercero, el surgimiento del judaísmo primitivo en torno a las bases establecidas por Esdras y Nehemías (separación de los gentiles, pureza ceremonial, y un legalismo ciego y obsesivo en torno a los libros sagrados).

Las deficiencias con respecto a Jesús de este tercer estadio, el del judaísmo primitivo, son evidentes por los enfrentamientos que protagonizaron tanto Jesús como la iglesia primitiva. Para Jesús la santidad no puede ser algo frágil y pasivo, débil; algo que se estropea y se ensucia al primer contacto con el mundo. Para él la santidad es dinámica y agresiva, fuerte, transformadora; es poder de lo alto. Su santidad penetra en las tinieblas, toca a prostitutas, pecadores y endemoniados, y les salva. Si la santidad era para los judíos como agua cristalina, que al primer contacto con algo inmundo pierde su pureza, para Jesús la santidad era como lejía, que purifica, limpia, y deja blanco y reluciente todo lo que toca.

Las deficiencias del yahvismo monárquico también son evidentes. Los primeros en denunciarlas fueron los profetas. Y es que ya en la

misma época de la monarquía, hubo una pugna feroz por el alma del yahvismo. Dos versiones contradictorias luchaban por hacer valer su visión de la realidad y su visión del culto debido a Yahveh. Los profetas, salvo las severas críticas premonitoras de Samuel, llegaron a aceptar que Israel y Judá estuvieran regidas por reyes. Pero nunca se resignaron a las consecuencias económicas, sociales, políticas, militaristas y religiosas de la monarquía. El yahvismo profético mantenía en alto el idealismo revolucionario del pasado, mientras fomentaba la fe y esperanza en una restauración futura. Mientras tanto su influencia en el presente fue casi nula.

Pero las deficiencias del yahvismo premonárquico también son evidentes. El relato del libro de Jueces en particular, como también muchas otras señales y pistas, nos indican que la edad de oro nunca fue tal. Desde un comienzo ya en el desierto, el pueblo fue rebelde y murmurador, proclive a la apostasía y el politeísmo idólatra. Posteriormente la fidelidad del pueblo a su Dios fue esporádica e inconstante, fugaz y poco sincera. Cuando las cosas iban mal, se acordaban del Dios que les había liberado de Egipto y les había dado la tierra. En cuanto él se apiadaba de sus sufrimientos y les mandaba un libertador, se iban tras otros dioses. Fue tal la corrupción moral y el caos político de la época, que el autor de Jueces acaba por dar la razón a los que prefieren verse gobernados por un rey como las demás naciones. Así por lo menos se evita la situación desordenada en la que «cada uno hacía lo que bien le parecía».

O sea que con todo su idealismo, su visión de un Dios Rey, protector, legislador y juez, con toda su visión de solidaridad radical con los pobres y oprimidos, el yahvismo premonárquico tuvo siempre una carencia desastrosa de poder persuasor. No acababa de convencer. Los cambios que intentaba imponer sobre la sociedad hebrea eran tan profundos que requerían una transformación fundamental de actitud y orientación personal: lo que hoy llamaríamos «conversión» o incluso «estar lleno del Espíritu Santo».

La lucha contra el mal se manifestó en la práctica como algo mucho más complejo que sencillamente una lucha de clases o el exterminio de los cananeos. El enemigo no era solamente el extranjero adepto a religiones paganas. El enemigo se hallaba en cada hebreo devoto, que

veía reiteradamente traicionadas sus buenas intenciones, por las manifestaciones de su propio egoísmo e insolidaridad. El pecado y el mal se manifestaron como realidades poderosas e irracionales, contra las que el yahvismo primitivo no ponía más solución que la de ofrecer sacrificios y volver a empezar.

La impotencia de la Ley que constata el apóstol Pablo no es, entonces, deficiencia únicamente del judaísmo de su día. Había sido deficiencia endémica del yahvismo desde sus albores en la generación de Moisés. Sólo podía despertar la conciencia, suscitar idealismos; pero se manifestaba impotente e ineficaz contra las pasiones de la carne.

Describir las deficiencias naturales del yahvismo sin Jesús nos obliga a describir las deficiencias de la revelación del Antiguo Testamento. La realidad espiritual, personalmente transformadora, que nos ofrece Jesucristo, es la solución al mal interior en cada ser humano que había frustrado el idealismo yahvista. De la misma manera, la revelación perfecta del Padre que nos manifiesta Jesucristo, supera y trasciende las limitaciones de la revelación ofrecida por las Escrituras hebreas.

Los cristianos aceptamos sin reservas la inspiración del Antiguo Testamento, y lo utilizamos para nuestra instrucción y en nuestro culto. Pero lo aceptamos como testamento antiguo, como promesa de lo que posteriormente se ha cumplido, como señal que indica en dirección a Cristo y no en dirección a sí misma.

Pero incluso como promesa y esperanza, el Antiguo Testamento manifiesta ciertas deficiencias.

No olvidemos que es la colección de escritos sagrados que nos ha legado el judaísmo, la religión posterior a Esdras y Nehemías. Como producto a la vez que inspirador de esa religión, adolece de todos los defectos del judaísmo que tuvo que enfrentar la iglesia primitiva. Si los judíos interpretaban la historia y las antiguas leyes nacionales hebreas de tal manera que justificasen su conducta presente y su rechazo de Jesucristo, es porque era esta una interpretación verosímil de sus libros sagrados.

Pongamos el caso de Salomón. El Antiguo Testamento nos indica que Salomón fue un hombre vanidoso e insensible, opresor despiadado de sus súbditos, constructor megalómano de palacios y fortalezas, y de

templos para los dioses cananeos y egipcios cuyo culto fomentó, inescrupuloso traficante de armamentos, hombre de una lascivia incontrolada y exagerada. Sin embargo las menciones de Salomón en el Antiguo Testamento son tales que el lector poco atento a los detalles llega fácilmente a pensar que este tirano y mal rey, este apóstata patrocinador de cultos paganos, fue el colmo de sabiduría, piedad y corrección. Y el lector llega a esta conclusión porque el texto le guía precisamente a esa conclusión, aunque sin faltar a la verdad en cuanto a la realidad contraria.

Pero si la leyenda de la sabiduría de Salomón es un artificio literario desmentido por los propios datos concretos que aportan los textos sagrados, los principios espirituales deducidos de esa historia de su reinado presuntamente glorioso tampoco son de fiar. Si ni la edad de oro del Israel premonárquico ni el esplendor piadoso de la dinastía de David existieron, las esperanzas mesiánicas que inspiran son esperanzas falsas. Esperanzas que el Mesías verdadero, Jesús de Nazaret, obligatoriamente defraudaría con su enseñanza, con su conducta y especialmente con su pasión en la cruz.

Jesús no siguió los patrones ofrecidos por los relatos de famosos caudillos jueces de la antigüedad premonárquica, ni los patrones ofrecidos por los relatos de reyes «buenos» de la antigüedad monárquica. Al contrario, Jesús recogió las pistas sutiles ofrecidas por los profetas, muy especialmente Isaías. Su mesianismo al estilo de «siervo sufriente» pilló desprevenidos a sus contemporáneos, precisamente porque ellos se habían nutrido de una lectura tendenciosa del Antiguo Testamento, lectura que el mismo Antiguo Testamento alienta.

Todo yahvismo que no conduce hacia Jesús es entonces una fe falsa basada en premisas falsas y una lectura falsa de la historia. Desde la perspectiva de Jesús, podemos ver las muchísimas coincidencias del yahvismo bíblico con lo revelado posteriormente por Jesús. Jesús y los apóstoles eran judíos, nunca rechazaron el judaísmo, se sabían los herederos auténticos y legítimos de la tradición bíblica. Así el Antiguo Testamento resulta ser indispensable para una comprensión correcta de la fe cristiana. Sin embargo el yahvismo, sin Jesús, estaba destinado —con toda probabilidad estaba predestinado— al fracaso. Esto mismo se puede expresar de una manera positiva: El yahvismo, ya que

desemboca en Jesús como su desenlace natural, es revelación divina, y sus libros son Sagradas Escrituras.

3. Lecturas ideológicas de las Escrituras

Volvemos así a una cuestión que ya hemos abordado desde otro ángulo. Estamos ante la realidad de una revelación bíblica históricamente condicionada por las limitaciones humanas: El Antiguo Testamento adolece de las limitaciones de la fe yahvista que lo produce y del judaísmo primitivo del que los cristianos lo heredamos como texto sagrado.

Pero si planteamos así las cosas, objetarán algunos, es fácil que acabemos con el equivalente bíblico del nestorianismo.

Se recordará que a Nestorio (siglo V) le parecía un error referirse a María como *theotokos*, madre de Dios. Madre de Jesús en cuanto su humanidad, sí, pero de Dios, no. Y es que para Nestorio era importante distinguir entre lo que se puede decir acerca de Jesús en cuanto ser humano, y lo que se puede decir de él en cuanto Dios. Las dos naturalezas, divina y humana, de Jesús equivalían, según Nestorio, a dos personas reunidas en un mismo ser.

¿Es esto lo que estamos proponiendo respecto al Antiguo Testamento? ¿Estamos diciendo que algunas partes son de origen divino mientras otras son de origen humano? ¿Estamos diciendo que en muchos pasajes es posible discernir la influencia nociva de un yahvismo humano e incompleto sin Jesús, que los descalifica como revelación divina?

La ortodoxia cristiana rechazó el nestorianismo porque consideró que separaba demasiado lo que en Jesús se había manifestado como una unidad inseparable. Algo por el estilo es lo que hay que defender en cuanto a las Escrituras hebreas. Como ya hemos visto en otro capítulo, el Espíritu Santo ha elegido comunicarse con nosotros de la única manera que nosotros podíamos enterarnos: en conceptos humanos. Conceptos que, por humanos, tienen obligatoriamente que ser conceptos falibles e incompletos, condicionados por su cultura, religión e idioma de origen.

Entonces las limitaciones del yahvismo sin Jesús no son contrarias a la verdad ni contrarias el Espíritu de Dios. El yahvismo constituye un avance real y eficaz respecto a todo lo que se supiera acerca de Dios

previamente. El Antiguo Testamento, a la vez producto e inspirador del judaísmo, constituye todo él también un hito esencial en la revelación divina. Esto lo comprueba el hecho de que de él no sólo pudo nacer el judaísmo, sino también el cristianismo.

Pero defender la inspiración del Antiguo Testamento requiere la disposición a leerlo desde una perspectiva abiertamente cristiana. Se hace necesario en cierto momento abandonar la objetividad rigurosa, y hacer una lectura bíblica francamente confesional o ideológica.

Después de todo, el primer hermeneuta en intentar una lectura puramente racional, «científica» y objetiva del Antiguo Testamento fue Marción (Siglo II). Aunque el rechazo marcionita del Antiguo Testamento al final también fue exagerado y tendencioso, sus conclusiones por lo menos tenían la virtud de basarse en lo que el texto de las Escrituras hebreas verdaderamente pone.

Marción se negaba a espiritualizar y cristianizar el contenido del Antiguo Testamento, con todas sus guerras sagradas, sus genocidios y limpiezas étnicas inspiradas por un Dios violento y vengativo; sus leyes agobiantes, sanguinarias y carentes de sentido; su nacionalismo arrogante y racismo prepotente. Así llegó a la conclusión de que el Yahveh del Antiguo Testamento era un dios totalmente distinto al Padre perdonador y amante revelado por Jesucristo. Así llegó a rechazar de cuajo todo el Antiguo Testamento y aquellas porciones del Nuevo que acusaban su influencia.

Y es que desde sus comienzos, la iglesia cristiana ha sabido que es imposible una interpretación exclusivamente literal de las Escrituras hebreas. Este es el dato esencial que ignoró Marción.

La tarea hermenéutica nos sitúa en una tensión dinámica entre dos imperativas contradictorias. Por un lado necesitamos procurar todas las garantías posibles de objetividad. Necesitamos poder asegurarnos de que hemos entablado un diálogo auténtico con el texto sagrado, y no un monólogo con nosotros mismos en el que sólo vemos en las Escrituras el fiel reflejo de nuestras propias opiniones. Pero por otro lado nos encontramos ante una realidad espiritual, fluida e incontrolable. Nos encontramos ante la realidad de que Dios habla, que nos habla perso-

nalmente por medio de las Escrituras, y que sólo el Espíritu sabe adonde él pretende llevar a cada lector en su encuentro con las Escrituras.

Normalmente estamos acostumbrados a imaginar que un texto tiene un significado y una intención únicos e inequívocos. La labor de interpretación es entonces sencillamente la de descubrir, concreta y objetivamente, qué es lo que el autor o la autora quiso decir. En el caso de un texto bíblico nos hallaríamos luego ante la exigencia de aplicar ese significado original a las situaciones análogas de nuestro propio tiempo y entorno. Es una manera de entender la labor hermenéutica que yo personalmente comparto en general.[5]

En los últimos años algunos estudiosos han estado cuestionando que sea posible la labor de interpretación definida de esa manera.[6] Para ellos, la búsqueda de interpretaciones objetivas sería un «santo grial» imposible de conseguir por la mismísima naturaleza de las cosas. Sostienen que cada lector trae al texto una perspectiva única, fundada en el cúmulo de las experiencias de su vida, y en su comprensión personal del significado de las palabras de su idioma. Es como si cada lector de alguna manera escribiera una versión única y personal del texto en el momento de leerlo. Por eso nos ocurre con cierta frecuencia que al debatir sobre el significado de un texto nos resulta imposible la comunicación y la comprensión mutua. Es como si estuviéramos hablando idiomas distintos o comentando textos distintos. Eso, según estos teorizadores de la comunicación, es efectivamente lo que está sucediendo.

Si esto explica la incomprensión mutua que frecuentemente experimentamos al debatir las Escrituras, entonces la comprensión y el acuerdo sobre el significado, que también es posible y también experimentamos frecuentemente, sería producto de pertenecer a una misma comunidad hermenéutica. Una comunidad hermenéutica sería el

[5] Esto es lo que he defendido en el Capítulo 2.

[6] Aquellos lectores que sepan inglés pueden interesarse en la revista especializada *Semeia*, publicada por la Society of Biblical Literature, que explora una gran diversidad de alternativas hermenéuticas modernas. Los números 51, 54, 59 y 60 vendrían especialmente a cuento para el tema de los párrafos a continuación. *Biblical Interpretation*, de la editorial holandesa Brill, es otra publicación con objetivos parecidos (e incluye artículos en otros idiomas, aunque muy rara vez en castellano).

cúmulo de personas que ha bebido de las mismas fuentes, reconoce las mismas autoridades, y por lo tanto comparte un importante cúmulo de presuposiciones en común. Presuposiciones acerca del significado de las palabras, de la metodología hermenéutica apropiada, y de lo que un texto sagrado puede y no puede estar diciendo.

La comunidad hermenéutica no es algo estable y formal. Su configuración podría variar según el texto, el tema y las circunstancias. Dos personas que comparten perspectivas sobre la escatología, premilenialistas convencidos por ejemplo, pueden descubrir que les resulta poco menos que imposible dialogar sobre el lugar del don de lenguas en la experiencia contemporánea. Diríamos que respecto a la escatología pertenecen a una misma comunidad hermenéutica, pero respecto a la experiencia pentecostal, no. Respecto al premilenialismo leen una misma Biblia. Pero respecto a los dones carismáticos leen Biblias distintas, Biblias que con las mismas palabras en el texto, sin embargo les comunican mensajes distintos. Mensajes distintos que a cada cual le resulta claro, inconfundible y divinamente inspirado.

Esto es constatar, en otras palabras y con otras explicaciones, el fenómeno que ya observamos en el segundo capítulo. Allí comentábamos que toda interpretación de la Biblia tiene forzosamente que ser una interpretación interesada, por el motivo sencillo de que una interpretación desinteresada a nadie le resulta interesante.

Es decir que la objetividad, sin dejar de ser una meta teórica admirable, en el fondo es un asunto imposible para la naturaleza humana. Aunque dispusiéramos de todos los datos históricos y lingüísticos pertinentes, no llegaríamos todos a un acuerdo acerca del significado literal y objetivo del texto.

Los últimos siglos han visto avances notables y sin precedentes en la investigación científica del texto bíblico. Esto no ha redundado en una reducción de la diversidad de interpretaciones, sino que las ha multiplicado. Nunca, en dos mil años de cristianismo, ha habido tantas visiones tan absolutamente dispares y contradictorias acerca de cuál es el mensaje de la Biblia. Y esto sucede precisamente cuando por fin disponemos de una enormidad de información semántica, lingüística,

cultural, histórica y arqueológica, que hemos ido acumulando con el fin de llegar a la interpretación objetiva definitiva.

La persecución de la objetividad como un bien absoluto en la interpretación bíblica se ha manifestado así en muchos puntos como un callejón sin salida, un camino que no conduce a ninguna parte. La lectura literal, objetiva, imparcial, científica del texto bíblico ha producido una multiplicidad de «significados originales» todos ellos plausibles y defendibles, objeto de tesis doctorales y aburridos artículos en revistas especializadas. «Significados originales» con harta frecuencia estériles y carentes de valor para edificar la iglesia de Cristo. La persecución de un objetivismo científico y riguroso en la interpretación bíblica ha conducido al presente divorcio entre el estudio bíblico académico y la iglesia.

Llegamos así a plantearnos la necesidad de abandonar el «santo grial» del objetivismo, por lo menos en determinados textos y determinadas situaciones. No son pocos los que defienden como necesaria la adopción de una subjetividad declarada, abierta y claramente partidista.

Una subjetividad ideológica que cada día cobra más adeptos en la interpretación bíblica es la de la preferencia por los pobres y oprimidos. Los teólogos de la liberación están persuadidos de que la perspectiva de los autores bíblicos mismos es la defensa de los intereses de los esclavos, los marginados, las clases sociales inferiores. ¿Qué otra conclusión es posible derivar de la narración de la fuga de los esclavos hebreos de Egipto, por ejemplo? La lógica de la hermenéutica liberacionista es que pretenden que su interpretación del texto nazca de una subjetividad ideológica idéntica a la de los autores bíblicos.

En una línea ideológica similar, aunque con lógica inversa, se hallarían algunas teólogas feministas. Algunas han llegado a la conclusión de que la Biblia está irremediablemente viciada de una perspectiva machista patriarcal. Entonces no pueden decir de la subjetividad feminista desde la que leen el texto bíblico, que sea la «correcta» en el sentido de ser idéntica con la de los autores. Su subjetividad es ajena a la Biblia, previa a su acercamiento al texto. Ellas están convencidas de que su ideología feminista es contraria a la

ideología del texto, y por eso mismo la defienden como correctiva equilibrante del desequilibrio bíblico.

En otros casos hallamos lecturas feministas de las Escrituras que encierran un intento por descubrir los elementos en el texto que denuncian y desarticulan la ideología patriarcal de la sociedad que produjo la Biblia. En este caso la lectura feminista de las Escrituras viene a ser una rama de la hermenéutica liberacionista. Como la preferencia por los pobres, su justificación es una pretendida correspondencia con la ideología de los autores bíblicos.

4. Lecturas tipológicas y alegóricas de las Escrituras

Uno de los efectos de la reforma protestante del Siglo XVI fue la recuperación del sentido literal de las Escrituras. El protestantismo abandonó la tutela de papas, concilios, tradición y magisterio y se sometió únicamente a la autoridad de la Biblia. Posteriormente fue necesario aclarar que el mensaje de la Biblia al que se otorga tal autoridad sólo puede ser el que encierra el sentido más sencillo, lógico y literal de sus palabras.

Sin embargo, y a pesar de que desde entonces en todos los seminarios e institutos bíblicos se enseña que la única manera legítima de entender la Biblia es la literal, ¿qué pastor no ha predicado alguna vez un sermón que ignora soberbiamente el literalismo para probar el fruto prohibido de la tipología o la alegoría?

A pesar de sus peligros, las lecturas tipológicas y alegóricas constituyen una manera práctica de conservar como Escrituras útiles, dinámicas, inspiradas e inspiradoras, aquellas porciones del Antiguo Testamento que desde una perspectiva exclusivamente literal no son más que un registro de opiniones caducas, superadas ya por el Nuevo. Incluso los más ingeniosos y fantásticos métodos alegóricos tienen entonces la virtud de que permiten utilizar la totalidad del texto del Antiguo Testamento para la edificación de la fe cristiana. Hacen accesibles y utilizables, como inspirados y de aplicación práctica, muchos pasajes que de lo contrario resultarían totalmente inútiles para la predicación en la iglesia. Esto concuerda con la apreciación de «toda Escritura inspirada» en 2 Tim., y probablemente se ajusta perfectamente a lo que Pablo tenía en mente.

Sin embargo a la interpretación alegórica, por su misma naturaleza, no le interesa en absoluto la intención del autor al escribir. Este descuido de la intención comunicadora del autor también acaba siendo, en la práctica si no en la teoría, una negación de la inspiración de toda Escritura.

¿Cómo entender entonces el proceder de los apóstoles, que hallamos en el Nuevo Testamento? Parece ser que la subjetividad

cristocéntrica fue la clave hermenéutica indispensable para su comprensión del Antiguo Testamento. El empleo del Antiguo Testamento que hacen los apóstoles al redactar el Nuevo, es declaradamente confesional. En cada página de las Escrituras hebreas veían ellos a Jesús de Nazaret, al Mesías con el que ellos habían pateado el polvo de Galilea y Judea.

Para esto recurrieron con cierta frecuencia a interpretaciones tipológicas y alegóricas del Antiguo Testamento. Como resultado, lo que ellos descubrían como «el mensaje» de muchos pasajes bíblicos, es francamente sorprendente, y objetiva o literalmente insostenible. Sin embargo esas interpretaciones han pasado a ser la interpretación oficial de los cristianos, merced a su incorporación al Nuevo Testamento.

Esto nos lleva a admitir claramente que el literalismo no es el único acercamiento legítimo a las Escrituras.

Es cierto que abordar un pasaje de la Biblia de esta manera no equivale al estudio bíblico en el sentido de intentar determinar el sentido verdadero del texto. Sin embargo no deja de ser un encuentro real e intenso con el texto. El esfuerzo por tomar en cuenta cada detalle y palabra del texto bíblico lo requiere. El conocimiento detallado del texto provee entonces la *estructura* —ya que no el *contenido*— de la predicación alegórica.

Una buena interpretación alegórica del texto bíblico es producto de una gran conciencia de dependencia del Espíritu Santo. Requiere una actitud de escucha. Produce un sentimiento de «inspiración», la sorpresa de ver como el Señor va «hablando» en ese encuentro con el texto. Es una experiencia legítima de edificación espiritual frente al texto bíblico.

Es cierto que abrir el camino a las interpretaciones tipológicas y alegóricas es desatar sobre la iglesia un espíritu incontrolable e imprevisible, que con harta frecuencia ha hecho estragos entre los santos. Predicar interpretaciones alegóricas es predicar el contenido del subconsciente del predicador, no el contenido de las Escrituras. Según cual sea el estado de ese subconsciente, así de sana y edificante será la presunta «interpretación».

Entonces la aproximación alegórica a las Escrituras nos plantea dos exigencias fundamentales. La primera es no poca humildad y una sinceridad abierta acerca de lo que se está haciendo. No podemos decir «El cabello largo y rubio de Absalón *es*…» sino «El cabello de Absalón me habla de…, o me recuerda a…». Esto es admitir que a otro le puede sugerir cualquier otra cosa con la misma legitimidad.

Le segunda exigencia que nos plantea la interpretación alegórica es la de cotejar las comparaciones que nos sugiere el pasaje, con el auténtico mensaje bíblico surgido de la lectura honesta y literal de otros pasajes.

Aquí es de rigor trazar una diferencia entre los usos dogmáticos de la Biblia y los usos devocionales o de edificación. Es una distinción fundamental. Sólo cuando hemos establecido la doctrina con seriedad y rigor, podemos permitirnos la «frivolidad» de alegorías y tipologías. Aunque esa «frivolidad» frecuentemente producirá los sermones más inspirados.

Esto es decir que la interpretación alegórica no sirve para descubrir el mensaje bíblico, pero sí puede ser útil para comunicarlo. La interpretación alegórica sólo emplea la estructura de la narración bíblica, como hemos dicho, sin interesarse en su contenido. El contenido lo pone la imaginación inspirada del predicador. La alegoría sirve para lo que sirve; y es importante admitir también para qué no sirve:

No sirve para llegar a conocer el mensaje original, la intención del autor al escribir el texto.

5. UNA PERSPECTIVA OBLIGADA: LA COMUNIDAD DE FE

No son iguales todas las subjetividades hermenéuticas, ni son todas ellas igualmente legítimas. Aunque sea admisible la subjetividad en principio, la interpretación abiertamente ideológica tiene forzosamente que partir de que se abrace el texto bíblico como Sagradas Escrituras. Sólo es posible cuando se lee y estudia con devoción y amor, cuando nos acercamos al texto como al encuentro con Dios.

Tina Pippin, en dos artículos en *Semeia*,[7] nos puede servir de ejemplo de una hermenéutica ideológica que en última instancia resulta inaceptable para la iglesia. Ella ve en el libro de Apocalipsis una extensa fantasía erótica en la que se supone que tanto el autor como los hombres que lo leemos nos refocilamos en una lujuriosa visión misógina de la destrucción de las mujeres, porque nos sentimos inseguros ante la feminidad. Está convencida de que para una lectora femenina no hay nada rescatable en el Apocalipsis; que las mujeres al leerlo siempre se sienten sus víctimas. Así acaba descalificando el Apocalipsis como «un texto peligroso y esclavizante para las mujeres», y lamenta como algo trágico su presencia en el canon bíblico.

Esta opinión me resulta injusta. Se podría decir que Pippin y yo pertenecemos a distintas comunidades hermenéuticas. Sin embargo la diferencia no reside fundamentalmente en que ella sea mujer y yo hombre, ni siquiera en que ella lamenta como un error histórico, como un pecado de consecuencias enormes, la marginación de la mujer en la vida de la iglesia. Comparto con ella la tristeza ante la discriminación sexista histórica de la iglesia.

La diferencia es que yo amo el libro de Apocalipsis, porque lo acepto como revelación de Dios. Y ella rechaza el libro de Apocalipsis porque no ve en él más que las torpes fantasías machistas de un apóstol del patriarcado mediterráneo. Evidentemente, cada cual tiene derecho a sus propias opiniones. Pero para que una interpretación de la Biblia

---

[7] Tina Pippin, «Eros and the End: Reading for Gender in the Apocalypse of John», en *Semeia* Nª 59: *Ideological Criticism of Biblical Texts*; y «The Heroine and the Whore: Fantasy and the Female in the Apocalypse of John», en *Semeia* N° 60: *Fantasy and the Bible*.

pueda contribuir a la vida de la iglesia, tiene que compartir mínimamente la perspectiva y la fe de la iglesia.

Si Pedro dijo que nadie debía interpretar las profecías bíblicas por cuenta propia (2 Ped. 1.20), lo mismo habría que mantener respecto a las Escrituras en general. Aunque la lectura personal de la Biblia es un hábito positivo que hay que alentar en todos los cristianos, es importante recordar que la Biblia no fue escrita para la lectura personal, sino para la lectura pública. No es un libro para individuos sino para una comunidad. No para una comunidad cualquiera sino para la comunidad que se halla en continuidad con la fe de los autores.

Cualquier interpretación bíblica que no tiene en cuenta a la comunidad inspirada y sostenida por el mismo Espíritu que inspiró las Escrituras, es una interpretación falsa. Puede ser que maneje con corrección los datos históricos y lingüísticos. Pero si no maneja con fidelidad los datos de una fe vivida en la comunión de los santos, lo más probable es que no se entere de nada. Y si la fe y fidelidad que vive esa comunidad no son equivalentes a las de los autores bíblicos, esa comunidad será una iglesia falsa y su lectura de la Biblia se verá fulminantemente viciada.

En este sentido Millard C. Lind ofrece una perspectiva muy esclarecedora.[8] Hemos observado que según él la singularidad del experimento yahvista premonárquico reside en su confianza absoluta en Dios como Rey, guerrero protector, legislador y juez.

Las naciones vecinas contemporáneas también creían que sus dioses luchaban por ellos, y esto les enfervorizaba para armarse con la mejor tecnología y luchar encarnizadamente. Pero el efecto en Israel premonárquico fue el contrario. Su confianza en la soberanía benévola de Dios les condujo a renunciar al armamentismo y al militarismo. En las demás naciones la teología del dios principal como Rey del cielo hacía del rey nacional un elegido de los dioses. La reflexión que hacía Israel premonárquico de su fe en Dios como rey nacional, fue la contraria. Renunciaron a la estabilidad nacional —económica, social y militar— que ofrecía la monarquía, y consideraron hermanos a todos los hebreos.

[8] En diversos escritos. Véase, además de la obra citada anteriormente, la colección *Monotheism, Power, Justice* (Elkhart: Institute of Mennonite Studies, 1990).

Jesús y los apóstoles siguieron esta línea. En medio de una situación política y militar sumamente explosiva para la nación judía Jesús, sabiéndose el Mesías heredero del Rey David, rechazó las fórmulas militaristas que le brindaba su antepasado.[9] Todo lo contrario, encomendó su vida en la cruz al Padre en quien confió el destino histórico de su nación y de la humanidad entera.

La versión estatal del cristianismo que surge a partir de la conversión del Emperador Constantino en el Siglo IV abandona esta visión revolucionaria de la historia y vuelve a ver a las autoridades políticas y militares como los garantes esenciales de la justicia y la paz. Cristo gobierna en el cielo y en la tierra; pero gobierna en la tierra por medio del príncipe cristiano.

Lind identifica una serie de movimientos a través de la historia del cristianismo que fueron fieles a la fe original del yahvismo primitivo y de Jesús y sus apóstoles.

> *Pienso en la orden laica de San Francisco, cuyos miembros tenían prohibido portar armas. Pienso en la orden de Pedro Valdés, que entre los siglos XI y XV rechazaron la pena capital, el servicio militar, y todo el aparato estatal, porque creían que el Sermón del Monte era obligatorio para todos los cristianos.*
>
> *Pienso en la orden de los Hermanos Checos, que mantenían que «el poder genera temor, porque el poder hace posible gobernar, amenazar, abusar, . . . encarcelar, apalear y matar». Pienso en el ala radical de la Reforma, que en 1527 produjo la primera declaración confesional autoritativa sobre la indefensión y el rechazo del militarismo. Pienso en George Fox y los reformadores ingleses del siglo XVII, en William Penn y los cuáqueros norteamericanos.*
>
> *Y pienso en el ala radical evangélica de muchas iglesias . . . en el siglo XX, tanto católicas como protestantes, que creen que Dios en Cristo ha establecido un nuevo camino teo-sociológico, y se han comprometido a seguirlo.*[10]

---

[9] Véase John H. Yoder, *La política de Jesús* (Buenos Aires: Certeza, 1985)

[10] Lind, «Interpreting the Interpreters», en *Monotheism, Power, Justice*, pág. 11.

La comunidad de fe legítima para una interpretación fiel a la intención del Espíritu que inspiró las Escrituras, debería entonces tener las siguientes características:

1. Una predisposición positiva hacia las Escrituras como revelación divina. Aun reconociendo sus elementos humanos, y las limitaciones culturales, históricas y lingüísticas de su redacción, es esencial la confianza en que es posible conocer a través de su lectura la voluntad de Dios para nosotros hoy.

2. La fe y confianza en un Dios que no hace acepción de personas. Los pobres, oprimidos y marginados vivirán esta imparcialidad divina como misericordia y salvación. Los poderosos y privilegiados vivirán esa misma imparcialidad como juicio y castigo. En ese sentido tienen bastante razón los que hablan de una preferencia bíblica por los oprimidos.

Fue cuando la iglesia captó el mensaje de esta imparcialidad radical divina, que por fin fue capaz de abandonar su vergonzoso apoyo a la institución de la esclavitud. Hoy muchas de nuestras hermanas se han atrevido a denunciar la opresión que viven bajo la discriminación sexista tradicional en la iglesia. Sólo el reconocimiento de la imparcialidad radical divina nos podrá guiar al necesario reestudio de la Biblia para descubrir cómo responder.

3. La renuncia del poder. La comunidad que vive fascinada por el poder, el éxito y la prosperidad, será incapaz de entender un libro cuyo protagonista, Jesús, se despojó a sí mismo y se ofreció indefenso en la cruz. La confianza absoluta en Dios como Rey tiene que derivar en la disposición a abandonarse a su protección divina, desterrando el «derecho» al ejercicio de la fuerza.

Esto es algo cuyo sentido las iglesias estatales o que desearían serlo, nunca podrán captar. Tenemos que abrazar como una dádiva de Dios, el hecho de que los estados modernos no admitan la tutela de la Iglesia.

Como el yahvismo primitivo, como Jesús y los apóstoles, y como los pequeños grupos de cristianos radicales a través de los siglos, la única conclusión legítima a derivar del hecho de que Dios reina es la siguiente: «En arrepentimiento y en reposo seréis salvos; en quietud y confianza está vuestro poder» (Is. 30.15). En otras palabras, «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Cor. 12.9).

4. La creencia en la dimensión milagrosa o sobrenatural de la vida. Es verdad que las creencias, costumbres e idiomas de los autores bíblicos han predeterminado en gran medida la forma que tomarían sus escritos. También es verdad que algo real y verídico sucedió. La Biblia es más que una mera especulación teológica sin ningún fundamento histórico. La Biblia surge en la historia, como parte de una historia, y son hechos históricos concretos los que dan lugar a sus reflexiones teológicas.

En el fondo, lo que hay en juego en la capacidad de aceptar la posibilidad de que los hechos sobrenaturales narrados sean históricamente posibles, es la creencia en Dios como Creador. Aceptar a Dios como Creador es admitir su soberanía sobre la naturaleza y sobre la historia. Nada de lo que existe, nada de lo que sucede es *necesario*. Dios es hoy y ha sido siempre radicalmente libre para hacer lo que él quiere.[11]

Esta es una parte irrenunciable de la subjetividad de los autores bíblicos. Igualmente irrenunciable tiene que ser para la subjetividad de la comunidad que desea interpretarlos fielmente.

[11] Lind, «Reflections on Biblical Hermeneutics», en *Monotheism, Power, Justice*, págs. 21-22.

6. Si Jesús es la máxima autoridad de la iglesia

Ya hemos observado que, confesadas o no, existen otras autoridades en la iglesia aparte de la de la Biblia. Hemos visto que reconocer la autoridad de la Biblia es reconocer la autoridad de la iglesia apostólica que le dio forma. Hemos visto que es reconocer también la autoridad de la iglesia de los primeros siglos, ya que ésta fue la que le atribuyó el papel canónico que hoy nos parece tan natural.

Hemos visto que las diversas tradiciones eclesiásticas tienen, cada una para su grupo, una autoridad determinante en la interpretación bíblica. Es decir que nuestra convicción de lo que la Biblia dice, de cuál es su mensaje fundamental, de qué pueden y qué no pueden significar ciertas palabras y ciertos pasajes clave, no ocurre en un vacío. Es algo que hemos recibido de aquellos quienes nos enseñaron el evangelio, y éstos a su vez lo recibieron de otros. Estas tradiciones pueden recibir el nombre grandilocuente de «tradición apostólica» o no, pero su poder efectivo sobre cada cual goza de tanta autoridad como si fuera la mismísima voz de los apóstoles.

La autoridad de la comunidad de fe a la que pertenecemos no se limita a la tradición que representa y le ha dado forma. Aquí hay que entender «comunidad de fe» en un sentido amplio: Puede ser la iglesia local, como puede ser la denominación o asociación de congregaciones locales. Incluso podría ser sencillamente la «comunidad hermenéutica» como la hemos definido previamente: Aquel grupo de personas que han bebido de las mismas fuentes o comparten perspectivas, intereses y una subjetividad humana afín.

Defínase como se defina, hemos observado que la comunidad de fe —concretamente aquella comunidad de fe que se halla en continuidad fiel con la fe de los autores bíblicos— tiene y debe tener un papel preponderante en la interpretación de la Biblia. Porque la Biblia es un documento público, de la iglesia, no algo privado y personal. En última instancia, la única autoridad de que puede gozar la interpretación de un pasaje bíblico es la autoridad que la Iglesia le otorgue, incorporándola así a su tradición común.

Por último cabe recordar la autoridad e influencia que tienen algunas personas dentro de la comunidad de fe. Aunque según el apóstol todos los miembros de la comunidad tienen dones y ministerios, también él reconoce que Cristo ha dado a la iglesia apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, cuyo deber es capacitar a los santos para toda obra de ministerio. En esa labor capacitadora ejercerán una autoridad legítima y real sobre sus hermanos. Si han captado la visión radical de Jesús acerca de la naturaleza de la autoridad espiritual, su autoridad se manifestará como servicio humilde y abnegado. Esto no quita que su influencia en el pensamiento de los hermanos goce realmente de autoridad.

Todas estas autoridades son de alguna manera paralelas a la de las Escrituras, aunque todas ellas también dependen en una medida u otra de la autoridad de las Escrituras.

Por encima de todas estas autoridades, incluso la de la Biblia misma, se encuentra la autoridad de Dios.

El Espíritu Santo es el que en última instancia es responsable de que se hayan escrito y conservado los diversos documentos que conforman la Biblia. Incluso es responsable de que haya existido en su día la comunidad de fe que les dio su forma y que exista hoy una comunidad de fe que los tenga por Sagradas Escrituras. Como hemos comentado, aunque el judaísmo se pueda considerar con justicia «la religión del libro» lo mismo no es cierto del cristianismo. Una definición mucho más justa del cristianismo sería «la comunidad del Espíritu».

Pero no podemos dejar de observar que el apóstol también hace una afirmación dogmática acerca de la autoridad en la iglesia: El dice que Cristo es cabeza de la iglesia.

Dadas las muchas dificultades que crea el intento imposible de establecer la Biblia como autoridad única y suprema de la iglesia, se impone pensar detenidamente acerca de esta afirmación de Pablo.

¿Qué supondría para la fe y doctrina de la iglesia reconocer a Cristo como su autoridad suprema? ¿Cómo funcionaría Cristo en lugar de la Biblia como máxima autoridad para la Iglesia?

1. Los evangelios pasarían a ocupar nuestra atención preferente. Nuestra teología no se basaría en aseveraciones dogmáticas sino en las anécdotas, historias, eventos y enseñanzas recogidos de la vida de Jesús de Nazaret. Ya no debatiríamos asuntos doctrinales, sino que apropiaríamos para nuestras propias vidas los diversos sucesos narrados en los evangelios. La tarea hermenéutica principal no sería llegar a comprender las profundidades teológicas de la fe, sino seguir a Jesús. Abandonaríamos así la pretensión de ser teólogos y nos conformaríamos con ser discípulos.

Tomar la vida de Jesús de Nazaret como el fundamento de nuestra fe y doctrina acabaría por hacer de la ética, del ministerio en el sentido de servicio desinteresado, y del sufrimiento vicario, los temas principales del cristianismo.

2. Viviríamos en el convencimiento alborozado de que Cristo está presente hoy en su Iglesia, mediante la dinámica viva de su Espíritu Santo. Cristo no es el gran ausente; es Cabeza de la Iglesia de una manera real, efectiva, presente, viva y activa. Se manifiesta en la actividad de cada uno de sus miembros. Su presencia se hace concreta en las vidas transformadas de cada uno de sus seguidores. Esto requiere una iglesia verdaderamente carismática. Una iglesia que vive diariamente en la dinámica de los dones repartidos por el Espíritu de Cristo.

3. La Iglesia es el cuerpo de Cristo. La autoridad espiritual no se puede divorciar de la Iglesia. No se puede ubicar externamente, en un libro sagrado. Cristo, Cabeza real y presente de un cuerpo también real y efectivo, ejercerá su autoridad precisamente por medio de ese cuerpo.

4. Cristo nos llama hacia adelante, hacia su propio futuro y el nuestro. Otorgar centralidad a Cristo, permitirle funcionar real y efectivamente como autoridad sin rival en su iglesia, supone abrazar sus metas y su esperanza como nuestras. Su vista estaba siempre puesta en la consumación que había de venir en el futuro, en el reino de Dios que un día será eficaz y efectivo sobre toda la humanidad y toda la creación.

Esto supone empezar a vivir hoy, como Jesús mismo vivía, conforme a los valores de ese reino cuya consumación esperamos. Nuestra conducta, nuestra santidad, justicia y solidaridad con el prójimo, son el

anuncio de la realidad final que se avecina y que ya comienza a tocar nuestras vidas.

5. La única manera honesta de tomar a Jesús como máxima autoridad de la fe cristiana es aceptar que aquel cuyo regreso esperamos es el mismo que ya ha venido. Jesús no es como «El extraño caso del Dr. Jeckyl y Mr. Hyde». El famoso relato de Robert L. Stevenson narraba la historia de un esquizofrénico que alternaba entre la personalidad de un bondadoso y ejemplar científico y la de un abominable criminal patológico. Muchos han abrazado una visión parecida de Cristo. Le imaginan como un esquizofrénico: Primero vino como el dulce, manso y bondadoso Salvador que dio su vida por nosotros. Pero cuando vuelva será un Rey altivo, terrible y glorioso, que vengará con ríos de sangre la maldad humana.

Pero la personalidad de aquel cuyo regreso esperamos no habrá cambiado desde su última andadura por esta tierra. En el Apocalipsis cuando es anunciado «el león de Judá», Juan sólo ve «un cordero como inmolado». La espada que esgrime el rey apocalíptico no está en su mano sino que sale de su boca: la palabra.

Ningún otro Jesús, ningún otro Cristo, puede servir de autoridad para la Iglesia que el que nos revelan los evangelios; el que murió en la cruz, mansa e indefensamente.

Esto suscita la recapitulación de una última reflexión acerca de la relación entre Jesús y el Antiguo Testamento. La relación entre las Escrituras hebreas y Jesús de Nazaret es una de promesa y cumplimiento, de esperanza y la llegada de lo esperado.

Jesús vino a cumplir la Ley, a cumplir las profecías, a ser el Mesías esperado. Entonces el Antiguo Testamento no completa ni corrige lo que la vida, muerte y resurrección de Jesús dejan incompleto. Todo lo contrario, Jesús completa lo que faltaba en el Antiguo Testamento.

Jesús es lo que los autores hebreos inspirados habían visto «como en un espejo, confusamente», pero que ahora se reveló en carne y hueso, encarnación inconfundible. Jesús de Nazaret es la versión definitiva y llena de autoridad, de la voluntad de Dios para los hombres.

Todo lo demás es la sombra que arroja su luz.

Capítulo 6

El Apocalipsis. Textos «abiertos» y textos «cerrados»

1. El Apocalipsis es… la revelación de Jesús

El principio de que Jesús, la Palabra, es la revelación perfecta del Padre y es por tanto la clave indispensable para entender toda Escritura, ha de aplicarse no sólo al Antiguo Testamento sino también, obviamente, al Nuevo.

Hay muchas maneras de entender, por ejemplo, el Apocalipsis de Juan. Trataremos más adelante acerca de lo que aprendemos del hecho en sí de que sean tantas y tan dispares las interpretaciones que se ha podido dar a este libro tan singular con que concluye el canon bíblico. Sin embargo, antes de intentar explicar por qué opino que es *necesario* que sea posible interpretar el Apocalipsis de mil maneras distintas, quiero ofrecer una manera concreta de entenderlo.

El punto de partida aquí sería, entonces, que es el hombre[1] Jesús quien ha de guiar nuestra lectura del Apocalipsis. La frase que viene al final de Apoc. 19.10 tal vez debiera aplicarse a *toda profecía*. Pero no cabe duda de su idoneidad, cuanto menos, respecto al Apocalipsis mismo. El propio texto de Apocalipsis nos la ofrece como clave obligada

[1] Se ha debatido y discurrido abundantemente sobre lo que significa la frase «Hijo del Hombre» en los evangelios. Probablemente no significa nada distinto de lo que significaría describirle sencillamente como «hombre»: la expresión «hijo de…» significa «que tiene la misma naturaleza esencial propia de…». Cuando los redactores de los evangelios hacen que Jesús se llame a sí mismo típicamente «El Hijo del Hombre», están queriendo enfatizar su plena e incondicionada humanidad, que ya cuando ellos escribían, algunos empezaban a matizar.

para su interpretación, a saber: «El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía».

Quiero proponer que el Apocalipsis de Juan es en el fondo sencillamente una visión más del *evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.*

A estos efectos, los títulos de los evangelios en el Nuevo Testamento griego son sugerentes. Se titulan sencillamente *Según* Mateo, *Según* Marcos, *Según* Lucas, *Según* Juan. La idea es clara: no existen cuatro evangelios sino un único evangelio: el de Jesús. El evangelio «de Marcos» en realidad no es de Marcos, sino de Jesús… según Marcos, o sea explicado o presentado a la manera de Marcos.

Luego también tenemos «el evangelio» (el único evangelio cristiano posible: Gál. 1.6-9) según Pablo, en sus cartas; y según otros apóstoles en las suyas. Al fin de cuentas, Pablo, Santiago, Pedro, Juan el Anciano y Judas, al escribir sus cartas, tratan exclusivamente sobre las consecuencias prácticas del hecho histórico de Jesús de Nazaret. Tratan sobre lo que significa que Jesús haya vivido y muerto, enseñado ciertas cosas, hecho otras e incluso resucitado. Pero esto, la vida y muerte de Jesús, su mensaje y milagros y resurrección, ¿qué constituyen, si no sencillamente *el evangelio*?

La diferencia entre el evangelio como lo tenemos en palabras de Pablo, Santiago, Pedro, Juan el Anciano y Judas, y como lo tenemos en palabras de Mateo, Marcos, Lucas y Juan el Evangelista, es que estos no nos lo dan en forma de narración, como aquellos, sino en forma de exhortación e instrucción práctica para la vida de las asambleas primitivas de la Iglesia. Sin embargo el evangelio —la buena noticia acerca de Jesús— que contienen todos ellos es el mismo, el único.

Llegamos así al Apocalipsis. Como hemos indicado, tal vez la mejor manera de comprenderlo sea entonces como una versión más de este único evangelio cristiano. Me parece importante establecer esto porque tantas veces la lectura que se hace del Apocalipsis nos acaba ofreciendo «otro evangelio». Al Jesús manso y humilde de corazón, dispuesto a perder la vida antes que cargarse a los malos, nos lo cambian en un Jesús guerrero y prepotente de corazón, dispuesto a acabar violentamente con todos los que se le oponen. Al Mesías que toma su inspiración de los textos en Isaías que hablan de

> un Siervo que sufre hasta el martirio, nos lo cambian por un Mesías que toma su inspiración de los jueces guerreros y reyes absolutistas del Antiguo Testamento. Al Dios reconciliador que carga sobre sí las consecuencias del pecado del mundo, nos lo cambian por un Dios que se propone hacer sufrir torturas eternas y despiadadas a quienes se le rebelan.

No interesa negar que abundan en el Apocalipsis las imágenes que invitan a hacer tal interpretación de su mensaje. Menos aún interesa negar que haya tal cosa como un juicio final. Sólo doy voz a la sospecha de que, en vista de que algunas interpretaciones del Apocalipsis parecerían conducirnos hacia *un evangelio distinto* al del resto del Nuevo Testamento, tal vez lo primero que habría que hacer es ver si es posible interpretar el Apocalipsis de manera que su «buena noticia» acerca de Jesús sea exactamente la misma que allí hemos hallado.

¿Cuál es, entonces, el evangelio «de Jesús» que predicaron desde el principio los apóstoles y que cabe esperar sea el mismo que anuncia el Apocalipsis? Empezaremos con el primer sermón de evangelización —posterior a la pasión, resurrección y ascensión de Jesús— del que tenemos conocimiento: el sermón de Pedro en Hechos 2.

2. El Crucificado en el Trono en Hechos 2

Allí, en Hechos 2.22-36, Pedro hace la siguiente argumentación, argumentación sumamente apretada y lúcida, cuya lógica es un placer seguir con atención:

- Jesús, a pesar de la acreditación que tenía por parte de Dios, fue entregado a los romanos para que le asesinaran (vers. 22-23).
- Sin embargo Dios le resucitó… (vers. 24),
- de donde se desprende que este mismo Jesús es aquel descendiente de David, mayor que David mismo, del que hablan las profecías (vers. 25-31,34-35).
- Él ahora está sentado en el trono, no sólo de Israel sino del universo entero, a la diestra de Dios… (vers. 33-35),
- desde donde, «habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo», ahora lo derrama sobre la humanidad (vers. 33).
- En conclusión: Dios le ha hecho (aquí son importantes las palabras griegas:) *kýrios* y *christós* (vers. 36):

Kýrios

— En LXX[2], *kýrios* es el término habitual para «el Señor», en el sentido de Yahveh o Jehová, cuando se procura evitar la pronunciación del Nombre por temor a infringir el tercer mandamiento.

— Luego también, en el Imperio Romano, *kýrios* es el César. En los primeros siglos del cristianismo, los cristianos siempre entendieron que el César y Jesús eran rivales directos.

Christós es el Mesías, el ungido de Dios. Desde el Antiguo Testamento, empezando con la unción de los reyes Saúl y David, la característica de *ungido* se entendía propia de los reyes. En la esperanza popular judía, el *ungido* debía ser muy en particular aquel anhelado retoño de la raíz de Isaí —

[2] Esta es la abreviación habitual de *Septuaginta*, la versión griega del Antiguo Testamento, de uso habitual por los cristianos durante los primeros siglos de nuestra era.

descendiente del rey David— que había de restaurar para siempre la grandeza de la nación hebrea en un reinado que vendría acompañado de la conversión de los gentiles y de toda suerte de prodigios en la naturaleza.

¿Cómo sabe estas cosas Pedro acerca de Jesús? ¿En base a qué argumentos puede mantener semejantes afirmaciones?

En primer lugar, Lucas nos ha informado ya que Pedro ha sido testigo de algunos de los hechos que él menciona: Es uno de los «testigos oficiales», homologados, de la resurrección (Hch. 1.22). Ha sido testigo ocular de la ascensión (Hch. 1.9-10). Este último dato es de especial importancia a la luz de la argumentación que desarrolla el sermón de Pedro. Parece ser que Pedro entendía (¿por palabras expresas de explicación que pudo haber dado Jesús mismo?) que cuando Jesús ascendió al cielo no era meramente para hacer turismo o pasar unos milenios de relajación y ocio hasta que le tocara volver. Jesús ascendió al cielo —esta es claramente la convicción de Pedro según se desprende de su argumentación en este sermón— para sentarse en el trono que allí se encuentra.[3] Es esto lo que él opina haber visto en cuanto testigo ocular de la ascensión.

En segundo lugar, Pedro está convencido de que se ha cumplido la profecía hecha por Joel (Hch. 2.14-21). Esta es «la promesa» a que se refiere Pedro en 2.33, probablemente la misma «promesa» de que ya ha tomado nota Lucas en Hch. 1.4-5. Pedro, de hecho, se ha tomado la molestia de empezar su discurso citando ampliamente al profeta, dando por obvio que al escuchar dicha cita, sus oyentes verán en ella una descripción precisa de lo que están observando como resultado del derramamiento del Espíritu: «esto [que veis y oís] es lo que fue dicho por el profeta Joel» (Hch. 2.14).

[3] Es indispensable aquí tomar nota del anacronismo al que estas ideas nos someten a nosotros hoy. No puede caber ninguna duda de que para Pedro tanto como para sus oyentes en Jerusalén, en el cielo hay, real y objetivamente, un trono de gobierno. Es decir que en algún punto entre las esferas concéntricas de que está compuesto el techo celeste que vemos sobre nuestras cabezas, se sienta la Majestad que rige el universo. Volveremos a observar las mismas ideas, propias de aquella era, en el Apocalipsis.

En esta cita del profeta, lo que más llama la atención es la universalidad del don del Espíritu. Aquí no importan la edad (Hch. 2.17/Joel 2.28) ni la clase social (Hch. 2.18/Joel 2.29), ni siquiera el sexo (Hch. 2.17-18/ Joel 2.28-29) ni quizá tampoco la raza (Hch. 2.17, 21/Joel 2.28, 32; Hch. 2.39).

Pedro está convencido de que esto mismo es lo que acaba de suceder. Y tres mil de sus oyentes parecen persuadidos también ante las evidencias de lo que están observando. Por lo menos eso parece, en vista del hecho de que ese es el número de los que aceptan la invitación que extiende Pedro al acabar su discurso.

No sólo las diferencias y distinciones propias de la diversidad de idiomas —que no venía en Joel— sino que se supone que todas las demás barreras sociales tienen que haber sido visiblemente violadas: jóvenes y ancianos, amos y sirvientes, *¡y mujeres de cada una de estas categorías!* tienen que haber estado profetizando.

Para Pedro, todo esto que está sucediendo a la vista de todos, da fe de que:

- la promesa de Joel se ha cumplido y por tanto
- el Mesías está en el trono,
- trono que está en el cielo ya que obviamente no está en la tierra [Es importante notar esto: En Jerusalén todavía gobiernan Pilato y el Sanhedrín. Por tanto, si es que el Mesías está sentado en el trono, no puede ser el trono de Jerusalén, en esta tierra. Tiene forzosamente que tratarse entonces del trono que está en el cielo]. Entonces, de todo esto se desprende que
- Jesús es el Mesías que, desde la diestra de Dios… ¡gobierna el universo!

Aquí cabe todavía una última observación, que seguramente no pasó desapercibida por los oyentes de Pedro, en vista de lo absolutamente revolucionaria que resulta para el sistema social en que vivían: Lo verdaderamente asombroso de este mensaje no es que haya alguien en el trono cósmico —cosa que era de suponer— sino que quien se ha sentado allí sea un crucificado. El crucificado es por definición la persona más vil y humillada, el ser humano más

despreciable entre todos los despreciables: más bajo no se podía caer. No sólo para la sociedad romana. La Biblia misma espetaba la maldición «maldito por Dios es el colgado» (Deut. 21.23). ¿Qué mayor trastorno del orden cósmico (y social) es posible que esta: que un crucificado haya ascendido al trono del universo?

Todo esto —tal vez muy en especial el hecho de que sea precisamente un crucificado quien está sentado en el Trono—, nos cuenta Lucas a continuación, tiene consecuencias prácticas que alcanzan más allá del instante del derramamiento del Espíritu. Estas consecuencias se manifiestan concretamente en la naturaleza de la nueva sociedad nacida entre quienes aceptan voluntariamente su gobierno (Hch. 2.42-47).

Ya que un crucificado gobierna sobre el universo:

- Existen nuevas prioridades *económicas*, manifestadas en que quienes más tienen, comparten con el resto de la comunidad «según la necesidad de cada uno» (Hch. 2.44-45). De todas las consecuencias prácticas en Hechos 2 derivadas del nuevo ocupante del Trono del cielo, tal vez sea esta la que más llame la atención. No es por casualidad. La justicia económica también coincide en ser un tema al que Jesús dedicó un elevado porcentaje de su enseñanza. Bien puede ser que Jesús haya dedicado más tiempo y más enseñanza a este tema que a ningún otro. Así las cosas, no es tanto que sorprenda el nivel radical de compartir que pusieron en marcha aquellos seguidores suyos, como que habría sorprendido si hubiese sucedido cualquier otra cosa.

  No nos consta que la forma concreta que tomó en aquella instancia la puesta en práctica de los principios de justicia económica enseñados por Jesús, se impusiera obligadamente en todas partes donde fue anunciado el evangelio. Tampoco sería justo imaginar que las *prioridades económicas* reflejadas en aquellas prácticas concretas, hayan sido distintas en otras comunidades locales.

- Existen nuevas prioridades *sociales*. Lucas menciona la «comunión» (2.42), dice que «estaban juntos» (2.44) y que

gozaban de favor con *todo el pueblo* (2.47). Esta mención de «todo el pueblo» parecería querer llevarnos a pensar otra vez en la ruptura de barreras y divisiones sociales experimentada cuando el derramamiento del Espíritu. «Todo el pueblo» indicaría entonces (1) una novedosa mezcla de clases sociales y económicas, (2) la mezcla de «puros» e «inmundos» en la escala de pureza ritual del culto hebreo, y (3) una notable atenuación de las diferencias debidas a edad, sexo y estado civil. Todo esto también tiene sus claros antecedentes en la enseñanza de Jesús.

- Existen nuevas prioridades *familiares*. El centro de actividades pasa ahora a los hogares. Muy en particular, *la comida* viene a ser la ocasión de (1) reunión de la comunidad, (2) redistribución económica, y (3) resocialización del marginado y despreciado.

  Y en el seno del hogar, *la mujer* puede ser protagonista a todos los niveles, de una manera que en aquella sociedad era imposible en la vía pública. Aquí cabe tomar especial nota de que las comunidades cristianas llegaron a concebirse como familias. Desde que el hogar y la familia son el centro de actividades, está claro que la mujer tiene por delante unas posibilidades con que jamás habría podido soñar si la comunidad cristiana se hubiese limitado a la vida pública.

- Existen nuevas prioridades *personales*. Por una parte pone que se dedicaron a recibir la enseñanza de los apóstoles y a la oración (2.42). Pero es especialmente útil notar la alegría y sencillez de corazón que les era característica (2.46); y la palabra «comunión» (2.42) da a entender que esa «sencillez de corazón» se traducía en reconciliación y armonía con el prójimo.

- Existen nuevas prioridades *cúlticas*. El templo tenderá cada vez más a ceder ante el hogar como centro religioso. La «enseñanza de los apóstoles», la oración, «el partimiento de pan» y la alabanza desplazan radicalmente el ritual de sacrificios exigido por Moisés —incluso en Jerusalén mismo, ya antes de la destrucción del templo por los romanos.

  Asimismo la profecía (con el Espíritu derramado sobre *todos* sin distinción, en cumplimiento de la profecía de Joel) tiende a

desplazar a la Ley como fuente de revelación del consejo, la sabiduría y la guía de Dios. Mediante la profecía, Jesús, desde el Trono del Cielo, se manifiesta como presente en la asamblea, y la guía personal y activamente.

3. El Cordero en el Trono en el Apocalipsis

Es asombroso, en vista de que se trata nada menos que del primer sermón apostólico y del último libro del Nuevo Testamento, lo similar que resultan Hechos 2 y el mensaje del Apocalipsis de Juan.

Nada más empezar, en el capítulo 1, tenemos una visión de Jesús («uno semejante al Hijo del Hombre» —vers. 13) que llena el cielo y gobierna sus constelaciones. A la luz de la descripción de Jesús en los versículos a continuación, cuando en el versículo 12 Juan dice «me volví» para ver quién le hablaba, hemos de pensar no que volvió su mirada hacia sus espaldas, sino hacia arriba, en una noche de claridad diáfana, hacia un cielo lleno de estrellas:

Su cabeza y cabellos blancos (vers. 14), la vía láctea; en su mano una constelación de siete estrellas (vers. 16). Otra constelación cruza su pecho «como un cinto de oro» (vers. 13) y otra indica sus pies, que centellean «semejantes al bronce bruñido» (vers. 15); su rostro, un astro de especial fulgor: «como el sol cuando brilla con toda su fuerza» (vers. 16). ¡Cuándo no a Juan, ante semejante visión de Jesús —una enorme constelación que llena el cielo entero con la gloria de su esplendor y majestad cósmicas— le flaquea la fuerza de las piernas y se desploma como muerto!

En el capítulo 5 observamos otro de los puntos fundamentales del evangelio que predicó Pedro en Pentecostés. La búsqueda de quien pueda abrir los sellos del libro que contiene el destino del universo culmina cuando ha sido hallado «el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, que ha vencido» (5.5). Se trata, entonces, nada menos que del Mesías anhelado por los judíos. Pero cuando en el versículo siguiente Juan mira, no ve una figura de poder y majestad propia de los reyes, sino un cordero como inmolado. ¿Qué duda cabe?: Aquel que controla el destino del cosmos es… ¡el crucificado! Una vez más tenemos referida esta inversión absoluta respecto a lo esperado: quien gobierna es débil, despreciable, enclenque, mortal. Es un «león» sólo de título: la realidad es que es un cordero… como inmolado. Y sigue siendo un cordero —su naturaleza mansa y humilde de corazón no ha variado— aunque ahora vaya a abrir los sellos del destino de la humanidad y del universo entero.

La lectura del Apocalipsis nos trae, eventualmente, al extenso pasaje abarcado entre 11.15 y 13.10.

Aquí (11.15-13.10) tenemos una batalla de proporciones cósmicas, que abarca desde lo más alto de los cielos, hasta las realidades cotidianas de la tierra. Tal vez lo que primero haya que descifrar, para luego poder entender todo lo demás, es la identidad y naturaleza del dragón.

Lo más obvio sería decir que se trata de *Roma*. Sin duda para Juan y su generación (y muchas generaciones posteriores) efectivamente *fue* Roma. Juan deja pistas claras e inequívocas a efectos de que está hablando en clave acerca de Roma, su emperador y su régimen de dominio mundial.

Sin embargo hay que decir que Roma no fue más que la manifestación temporal momentánea, de una realidad monstruosa: una espiritualidad maligna y terriblemente enorme —hecha siempre concreta en regímenes opresivos políticos, económicos, sociales, con los que la humanidad estructura su convivencia en cada generación. Es Roma, sí, pero es también Babilonia, Nínive, Constantinopla, Pekín, Baghdad, Madrid, París, Londres, Washington, Jerusalén, Río de Janeiro y cualquier otra ciudad importante.

Se trata de la espiritualidad negativa de «las naciones» (11.18), de «los que destruyen la tierra».

De este dragón, desde siempre, viene toda persecución contra Israel (12.13-7) y su descendencia, la Iglesia, «los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús» (12.17).

Si la visión de las bestias en Daniel 7 tenía que ver con los grandes imperios orientales hasta la aparición de los helenos y Antíoco Epífanes, la visión de la bestia en Apoc. 13 tiene elementos de todas aquellas bestias, mostrándose espiritualmente en continuidad con esos imperios.

Por eso el dragón es Roma, sí, pero más que Roma, es la espiritualidad del poder de opresión política, económica, militar, social… todo esa configuración entrelazada que tiene atrapada a la humanidad desde siempre. Es, en resumidas cuentas, «la serpiente antigua que se llama el Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero» (12.9).

Hay quien opina que la civilización sería imposible sin él, ya que el fundamento indispensable para la civilización parece ser el homicidio: la disposición a sacrificar al individuo en aras del bien común.[4] Esta disposición fue expresada inmejorablemente por Caifás respecto a Jesús. Téngase en cuenta que Caifás era, lógicamente, de lo más selecto de la oligarquía en cuanto a familia y riquezas fabulosas, y un político extremadamente habilidoso. Sus palabras son de una lógica intachable para toda aquella persona que se siente responsable del bien público: «Nos conviene que un hombre muera por el pueblo y no que toda la nación perezca». (Aunque ese hombre, tristemente, sea inocente.)

Juan de Patmos nos invita a ver una nueva realidad respecto al dragón. Su poder en el cielo hasta ahora ha sido tal que con su cola «arrastra» (*sýro* en griego: tirar de, atrapar bajo su influencia, llevar cautivas, arrastrar detrás de sí… como la cola de una serpiente, precisamente) un tercio de las estrellas. ¡Piénsese en lo que esto da a entender en una cultura que se toma seriamente la astrología, donde se cree que el curso de los astros determina la vida de los seres humanos!

Sin embargo, el dragón *ahora ha sido arrojado del cielo* (12.7-10). Es decir que el poder está ahora en manos de Jesús, el Cordero (12.10; 11.15; 12.5). Esto es exactamente aquello que habíamos visto que predicó Pedro en Pentecostés: allí veíamos que ahora es Jesús el Crucificado quien ha ascendido al Trono del universo.

¿En qué consiste, exactamente, la derrota del dragón? Ha topado con Jesús (el «testigo» —en griego *mártys*— fiel, 1.5) y con el «testimonio» de incontables otros «mártires» que «no amaron sus vidas hasta la muerte» (12.11).

Esta es la resistencia no violenta contra la espiritualidad de violencia que inspira el Imperio. La naturaleza del dragón es tal, que toda resistencia violenta constituye, por definición, una claudicación: *idolatría*, adoración del dragón. Por eso las armas de Jesús (la *cruz* y la *Palabra*) son las únicas que pueden acabar con el dragón: La cruz que él acepta

---

[4] cf. Renée Girard, en diversos escritos sobre «el chivo expiatorio». Por otra parte, recuérdese que Jesús asoció estos tres conceptos, relacionándolos entre sí: la mentira, el homicidio y Satanás (Juan 8.44). La lógica que conduce al homicidio ha sido desde siempre mentirosa y su inspirador es siempre Satanás.

tan mansamente como un cordero, es su acto de resistencia no violenta contra la mentira de justificar el homicidio «para acabar con el homicidio». Y para evitar caer en la lógica mentirosa de la violencia —que es en sí misma la encarnación del dragón— la única espada que es posible empuñar es esa de dos filos que sale de su boca: la Palabra, sus palabras.

En Hech. 2 veíamos descrita en términos prácticos la vida bajo el gobierno del Mesías: las consecuencias económicas, sociales, familiares, personales y cúlticas de que sea el Crucificado quien está en el Trono. Aquí en Apoc. 11.15-13-10, el único aspecto del gobierno del Mesías que observamos es su papel como capitán de la guerra que continúa sin cuartel (Apoc. 12.17-13.10). Para Juan no son incompatibles la victoria ya conseguida por Jesús, y la realidad de conflicto presente. De hecho, varias décadas después de Pentecostés, la misión de Juan es luchar por conservar la visión revolucionaria…

- frente a la «bestia», que tiene más vidas que un gato (13.3). Jamás es suficiente acabar con un tirano en particular, un imperio en particular; y siempre que se recurre a la violencia para eliminar la violencia, es la ideología de la bestia la que vence, por lo que el efecto es que *la bestia sana de su herida mortal.*

- frente a la «blasfemia», que es la idolatría impune, la idolatría sin bochorno, que presume de ir contra Dios (13.6). Tal blasfemia era visible en el Imperio Romano de entonces y sigue visible en las actitudes de nuestra sociedad hoy también. Pero el caso es que los siglos de «Cristiandad» también fueron siglos de blasfemia: se bautizó a «la bestia» pensando domesticarla; pero hacer en el nombre de Dios las obras del dragón es también una blasfemia.

- frente al pesimismo de que es imposible resistir: «¿Quién es semejante a la bestia, y quién puede luchar contra ella?» (13.4). Es ésta la cínica convicción de que los fuertes, los poderosos, los violentos, los ricos siempre se saldrán con la suya; que la injusticia sistemática es invencible, por lo que ni merece la pena luchar contra ella.

- frente al hecho de que la bestia aparentemente ha recibido de Dios mismo la autoridad necesaria para gobernar sobre toda la

> tierra e incluso para perseguir y derrotar a la Iglesia de Cristo (13.7). Cuando «los santos» parecen predestinados a la derrota el pesimismo puede congelar los ánimos. Entonces la derrota aparente del martirio se puede transformar en la derrota real de la transigencia con los valores que mantiene la bestia.

De ahí la importancia de *la perseverancia y la fe de los santos* (13.10). Por algún motivo algunos traductores no se atreven a traducir este versículo llanamente. La Biblia de Jerusalén es exacta aquí: «"El que a la cárcel, a la cárcel ha de ir; el que ha de morir a espada, a espada ha de morir". Aquí se requiere la paciencia y la fe de los santos».[5] Todo lo contrario de amenazar con la Ley del Talión, este versículo habla de la capacidad de aguante y sufrimiento propia de aquellos que siguen el camino de resistencia no violenta trazado por el Cordero.

No vamos a entretenernos aquí con los mensajes a las siete iglesias, capítulos 2 y 3. Allí observaríamos una insistencia en mantener la pureza de la visión inicial, con todo su radicalismo contra la cultura imperante. Observaríamos la insistencia en mantener los valores económicos, sociales, familiares, personales y cúlticos que manifiestan esa ruptura definitiva con la espiritualidad de opresión, injusticia y violencia que promueve el dragón (todo lo cual viene a constituir, en definitiva, *idolatría*). Esta insistencia viene planteada frente a un cierto cansancio o tibieza que es el problema principal que acusan esas cartas, mucho más que la persecución.

Observaríamos allí, en fin, que *los que vencen* serán los que se mantienen fieles al estilo de vida y a los valores que enseñaron los apóstoles (instruidos por Jesús mismo) ya de inmediato después de Pentecostés.

Al final, toda la visión celestial y cósmica que constituye el Apocalipsis explica por qué es tan difícil mantenernos firmes, pero no nos exime de vivir nuestras vidas hoy como que Jesús el Cordero, el Crucificado, es ya el Mesías en el Cielo.

---

[5] Compárese con Jeremías 15.2.

4. LAS DIFICULTADES DE INTERPRETACIÓN QUE PRESENTA EL APOCALIPSIS

Tradicionalmente hemos pensado que ante la tarea hermenéutica, de interpretación, el texto en sí es siempre lo primordial; la interpretación es secundaria, derivada, de menor importancia. Hoy día muchos de los que se dedican a la teoría de la comunicación empiezan a sospechar que es más bien al revés. Que el texto es sólo un punto de partida, una especie de materia prima con la que se puede hacer casi cualquier cosa. Lo que prima sería entonces la interpretación. Es decir que es en el acto de interpretación que unas palabras muertas, tinta sobre papel, cobran vida para significar una cosa u otra o varias a la vez.[6]

La historia de cómo los sobrevivientes de la tribu de Benjamín consiguieron esposas, en Jueces 21, bien podría inspirar a un lector a basarse en este precedente bíblico aparentemente sancionado por Jehová (cf. Deut. 22.28-29), para violar una chica con la intención de hacer de ella su esposa porque no halla otra manera de casarse.

Generalmente no es esa la interpretación que se da a este texto. De hecho, consideraríamos tal interpretación absolutamente aberrante e inaceptable; la veríamos con horror. Sin embargo reaccionaríamos así por unas convicciones previas que sostenemos acerca del valor humano y los derechos que corresponden a la mujer, no porque hubiese nada en el texto mismo que haga que tal interpretación sea imposible. Si leemos Jueces 21 con la mente abierta y procurando despojarnos de los

[6] En las siguientes páginas, así como en mayor o menor medida en todo este libro, se notarán importantes coincidencias con conceptos propios del postmodernismo. Me he resistido a emplear esa palabra, sin embargo, porque hacerlo me obligaría a definirla. Y definir el postmodernismo me obligaría a la vez a explicar la enormidad de las variantes y diferentes escuelas propias del postmodernismo, que por ser un fenómeno tan inmenso, me parece que casi puede ser cualquier cosa. Cualquier cosa, por lo menos, que suponga un cuestionamiento en algún sentido de las certezas cómodas, presumiblemente científicamente comprobadas, propias del último tercio del milenio recientemente acabado. He preferido sencillamente aplicar algunas de estas ideas a los temas propios de este libro, antes que entretenerme con un examen metódico del postmodernismo como tal.

prejuicios propios de nuestra cultura, acabaríamos admitiendo que tal interpretación es por lo menos verosímil, coherente con el sentido claro y evidente que tiene la narración en sí.

A pesar de lo cual, insistiríamos en rechazar como moralmente inaceptable la interpretación que pretendiese tomar esta anécdota como modelo a imitar por aquellos que de verdad quieren agradar a Dios basando su conducta en la Biblia. Si el rechazo de tal interpretación no viene de que sea una interpretación imposible —ni siquiera inverosímil— respecto al texto, es porque reconocemos que aquel texto no puede hacerse responsable de lo que hagan con él todos sus lectores. Al final de los finales, quien interpreta un texto es responsable de lo que hace con ese texto. Si la interpretación es más determinante sobre el significado que se le atribuye que el texto interpretado en sí, entonces quien interpreta un texto bíblico tiene el deber de interpretarlo responsablemente, de una manera coherente con la moral y la religión.

Al leer cualquier texto —incluso la Biblia— no nos encontramos entonces en la presencia de un texto con un significado preexistente que determina de antemano lo que sus lectores obligatoriamente han de pensar, sino que nos encontramos con la realidad de lectores que determinan qué es lo que ese texto va a decir cada vez que se lee. De ahí que haya siempre tan enorme diversidad de interpretaciones, especialmente sobre los textos bíblicos.

Todos los predicadores del mundo pueden predicar cientos de veces al año durante siglos basándose en los mismos textos bíblicos; y sus sermones siempre resultan en mayor o menor medida originales. No es el texto el que determina el sermón, sino que lo determina el predicador que para ello se vale del texto.

Podríamos poner muchos ejemplos, pero ¿acaso sería posible encontrar uno mejor que la historia de interpretación del Apocalipsis? Tenemos aquí el más claro ejemplo de estas dos verdades, a saber:

(1) Un texto puede significar convincentemente cualquier cosa que al lector se le ocurra que significa; sólo los extremos de la imaginación y de la más estrafalaria fantasía humana pueden fijar límites a lo que este texto puede parecer querer decir.

(2) Quien interpreta tiene, quizá, derecho a pasárselo bien mientras interpreta. Sin duda, como cristiano, debe poder sentirse «edificado» con la interpretación que le salga. Pero siempre es moralmente responsable de las consecuencias prácticas que derivan de su interpretación. Si su interpretación conduce a sangrientos alzamientos de campesinos como los del siglo XVI, o a suicidios en masa como los del siglo XX, la «culpa» no es jamás de Juan de Patmos, sino de quienes posteriormente dieron significado a sus palabras.

También ha de rendir cuentas quien lee el Apocalipsis de tal manera que le permite evadirse de su responsabilidad de hacer el bien al prójimo en modos prácticos —como si le amase igual a como se ama a sí mismo— por interpretar que es mucho más importante predicar un evangelio descarnado que «salva almas del infierno» aunque los hombres de carne y hueso permanezcan en la miseria y el sufrimiento. Toda lectura, incluso las lecturas «normales», habituales, tienen consecuencias morales de las que hemos de rendir cuentas.

Hemos observado que los textos literarios en general suelen ofrecer interpretaciones múltiples.

Si esto es verdad en general, lo es muy especialmente en un texto sagrado como la Biblia. La misma sanción religiosa, la reverencia con que se aborda, es en sí misma generadora de la multiplicidad de sus significados en potencia. Desde que hemos decidido que Dios puede «hablarnos» mediante este libro, y desde que Dios es soberano para decir a cada humano en cada instante lo que esa persona necesita oír, está claro que la potencialidad de cualquier versículo de la Biblia para decir cualquier cosa, es nada menos que infinita. Volveremos a esto más adelante.

El Apocalipsis de Juan parece estar escrito de una manera que en especial invita a querer leer entre líneas. Invita a hacer pensar que hay un mensaje escondido, que si uno tuviese la clave necesaria, se revelaría con especial claridad; una claridad que contrastaría marcadamente con lo difícil que resulta normalmente entender el libro.

Esto se debe a algunas peculiaridades muy particulares del Apocalipsis como obra literaria:

(1) En el Apocalipsis el lenguaje casi nunca es literal, sino…

- muchas veces *simbólico*. La «espada» que sale de la boca de Jesús (1.16), por ejemplo, no puede ser otra cosa que su *Palabra* o sus palabras, su única arma, con que «mata la carne» de todos los pecadores (santificándolos). De donde se desprende que las «batallas» del Apocalipsis distan mucho de lo que cabría imaginar si la «espada» lo fuese en un sentido literal, de acero.
- otras veces *emotivo*. Su rostro como el sol cuando brilla con toda su fuerza (1.16) describe un impacto iluminador sobre la mente y los sentimientos, que sería imposible de contar con lenguaje meramente descriptivo.

(2) En el Apocalipsis las cosas relatadas una tras otra, no suceden necesariamente en ese orden, sino muchas veces constituyen distintas maneras de ver o enfocar, sucesivamente, la *misma* realidad. De hecho casi todo el libro del Apocalipsis, salvo unos pocos versículos, tiene que ver con el *presente* que vive existencialmente Juan en Patmos, un presente que se extiende desde poco antes del nacimiento de Jesús, hasta poco después de su ascensión.

Un presente que, a todos los efectos prácticos, permanece hoy el mismo e invariable; por lo que el Apocalipsis describe tan a la perfección la sociedad de nuestro día y el reto que nuestra sociedad supone para los seguidores de Cristo.

Otra manera de describir esta complejidad propia de la estructura del Apocalipsis, sería decir que hay que leerlo como algunas películas o novelas, donde hay importantes saltos hacia atrás y adelante en el tiempo, que podrían parecer carecer de sentido, pero que poco a poco van llegando a lo que era esencial saber. El desenlace de esa clase de película o novela, entonces, no es necesariamente la última cosa que sucede en el tiempo: bien puede ser la primera, y todo lo explicado en el transcurso del argumento no tiene otro fin que, desde las consecuencias observadas en las vidas de los protagonistas, descubrir qué fue,

exactamente, aquello que sucedió y que tanto marcó a los protagonistas. Esa misma historia, contada ordenadamente, carecería de suspense e interés, porque ya sabríamos, desde el primer capítulo, el dato fundamental. Su paulatina aproximación y revelación al final, tiene el efecto de ir incrementando e intensificando el interés y la curiosidad hasta el límite. Si los novelistas y cineastas modernos han podido desarrollar tales técnicas narrativas, ¿por qué había que pensarse que la imaginación de los humanos de hace dos milenios no fuera capaz de algo parecido?

Visto así, toda la trama del Apocalipsis parecería culminar cuando —después de que tantos otros hayan hablado y después de irnos aproximando poco a poco al Trono celestial a través de todo el libro— por fin, en Apoc. 21.5-7, se oye hablar al que está sentado en el Trono.

Las palabras que pronuncia El que está sentado en el Trono serían entonces la revelación culminante, el desenlace literario hacia el cual nos hemos ido aproximando mediante la destreza genialmente «desordenada» con que Juan redacta su visión.[7] Esas palabras, curiosamente, no acaban de sorprender. Han venido preanunciadas de diversas maneras a través del Apocalipsis, tal vez muy especialmente en las cartas a las siete iglesias:

> *He aquí yo lo renuevo todo. Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas. Ya ha sucedido. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Al que tiene sed daré de la fuente del agua de la vida sin cobrarle. Quien venciere tendrá esto por herencia y yo seré su Dios y él será mi hijo.*[8]
>
> —Apoc. 21.5-7

La palabra *gégonan*, «hecho está» o «ya ha sucedido», nos obliga a situar lo narrado en la visión de Juan, dentro del marco de tiempo que ya hemos indicado: desde poco antes del nacimiento de Jesús

[7] Así opina David E. Aune, "The Apocalypse of John and the Problem of Genre", en *Semeia nº 36* (1986), pp.65-96, desde un análisis de su género literario. Aune incluye el vers. 8, que yo omito aquí porque no estoy seguro de que no deba entenderse como observación adicional de Juan en lugar de palabras propias del que está sentado en el Trono.

[8] Mi traducción propia; pero la observación sobre el lugar que se otorga a estos versículos en el Apocalipsis no depende de ninguna traducción en particular.

hasta poco después de su ascensión.[9] En este mismo sentido, en los versículos 21.3-4 una voz «desde el Trono» hablaba de Dios habitando en tienda de campaña entre los hombres, las expresión exacta con que Juan el Evangelista nos había hablado de la encarnación de la Palabra que «habitó en tienda de campaña entre nosotros» (Juan 1.14).

Desde la observación de la desbordante complejidad de su narrativa llegamos entonces a constatar una vez más que el mensaje del Apocalipsis parece ser sencillamente la proclamación del evangelio. Evangelio acerca de la obra consumada de Jesús, más que visiones respecto a un futuro lejano e impreciso.

Otra conclusión a que nos lleva el constatar la complejidad literaria y el arte propios del Apocalipsis, sería la de que este libro quizá se deba leer como se contempla un cuadro o como se escucha una sinfonía.

Al contemplar un cuadro, especialmente si grande y complejo, los ojos recorren su superficie de aquí para allá, tomando constancia de distintos detalles. Muchas de las líneas de observación han sido puestas allí por el pintor con ese fin. Los cuadros que nos resultan más armónicos y satisfacientes lo son en gran parte por esa estructura subliminal que el pintor le ha dado, que facilita el recorrido de los ojos por toda la superficie del cuadro, conduciendo siempre a nuevos descubrimientos de detalles antes no observados. Sin embargo ese orden de la composición pictórica no es lineal y sencillo: los ojos no hacen el recorrido regular (de izquierda a derecha y de arriba a bajo) típico de quien lee la página de un libro. Todo lo contrario, el recorrido de los ojos salta de aquí para allá con brusquedades inesperadas para quien contempla.

Y una sinfonía trasmite sensaciones auditivas precisas y que responden claramente a la voluntad del compositor de la partitura. Sin embargo esas sensaciones y emociones, que frecuentemente también dan saltos inesperados, son difíciles de describir en palabras; su lógica es difícil de expresar con otro medio que el de la música misma. Una sinfonía se vive, se experimenta, produce mayor o menor placer, deja

[9] Donde «poco después», al igual que el «He aquí vengo *pronto*» del Apocalipsis, puede incluir nuestros propios días.

triste o feliz o contemplativo o lleno de optimismo; pero por qué, a veces sólo el compositor lo sabe y quizá en algunos casos ni siquiera él.

El análisis cuidadoso de la técnica del pintor o del compositor sinfónico puede contribuir enormemente a entender el porqué de la estructura y a darse cuenta de lo que está pasando en la obra de arte en cuestión. Puede incluso contribuir al placer de la experiencia artística. Pero jamás ese análisis puede sustituir el mero disfrute espontáneo de la belleza, ni jamás equivaldrá a lo que el pintor o compositor quiso expresar. Porque el pintor o compositor expresó lo que quiso expresar precisamente a su manera, que era la única que verdaderamente podía dar expresión a su creatividad.

Así también el Apocalipsis. Existen probablemente cientos de libros que lo analizan desde puntos de vista diferentes, muchos de ellos incompatibles entre sí. Pero esos análisis nunca serán el Apocalipsis. Porque el Apocalipsis bien puede que sea Sagrada Escritura; pero también es una imponente obra de arte, que se tiene en pie sola sin la erudición de los expertos ni la devoción de quienes creemos su mensaje.

5. TEXTOS «ABIERTOS» Y TEXTOS «CERRADOS»

Hay formas de comunicación más «abiertas» que otras, que resultan por contraste más «cerradas». ¿Qué queremos decir con esto? Comparemos por ejemplo una guía telefónica y un horóscopo de revista de ocio. La guía telefónica resultaría fundamentalmente «cerrada»: tiene un único significado posible; el horóscopo resultaría fundamentalmente «abierto»: puede significar cualquier cosa hasta el límite de la credulidad y superstición de quien lo lea.

Con el ejemplo de la guía telefónica en mente, diríamos que es posible escribir de tal manera que el lector se vea prácticamente obligado a «entender» lo que predetermina el autor.

Ahora bien, los escritos cerrados adolecen de dos problemas importantes.

En primer lugar, suelen resultar horriblemente aburridos. Esto es así precisamente porque prescinden de la imaginación del lector y por tanto de su participación activa en la creación de su significado. El lector no aporta nada al sentido del texto y por tanto pierde interés en cuanto ha hallado —en el ejemplo entre manos— el teléfono que buscaba. Bien es cierto que el interés puede mantenerse un rato más en caso de que el lector sí necesite aportar algo de su propio conocimiento para interpretar correctamente lo que lee: Si alguien busca el teléfono de J.M. Gómez se encuentra con que, como hay un buen número de J.M. Gómez, necesita saber su segundo apellido o su dirección; probablemente las dos cosas: conseguir la información deseada de repente se vuelve más complicado y a la vez más entretenido o interesante, precisamente por el elemento personal que en este caso ha de aportar el lector.

El segundo problema de que adolecen los escritos cerrados, es que caducan muy rápidamente. Cuanto más cerrado, más rápidamente caduca. Una guía telefónica empieza a quedar desfasada desde el día que la mandan a la imprenta. Cuando llega a nuestras casas ya tiene números equivocados. Al cabo de dos años nos la renuevan por inservible. Un texto cerrado está inevitablemente destinado entonces a

perder pertinencia o interés en cuando la situación concreta a que se dirige haya variado.

Podríamos plantear la siguiente fórmula:

Cuanto más interesante y «eterno» el mensaje de un texto, tanto más «abierta» y flexible resultará su interpretación. Tanto menor, a la vez, resultará el control sobre su interpretación que ejercerá el autor —y el texto mismo—; y tanto más se multiplicarán las interpretaciones divergentes —incluso incompatibles— respecto a su sentido.

Trayendo esto a la Biblia, observamos que los pasajes bíblicos que más aburridos y estériles nos resultan, son aquellos donde los autores más controlan su significado. Piénsese en las genealogías y en diversas leyes que atañen a la tecnología agraria de hace unos milenios en Palestina. A la inversa, los pasajes bíblicos más interesantes y «profundos» son aquellos donde el lector más tiene que poner de sí mismo; y por tanto donde más lugar hay para discrepar entre un intérprete y otro. El ejemplo obligado aquí es, por supuesto, precisamente el Apocalipsis.

Pero ahí no acaba todo. Porque un texto que en su día se escribió con la intención de que su significado estuviera cerrado, es decir que no admitiese discusión ni variación, bien puede cambiar de signo, volverse abierto —debatible, engimático— según el contexto donde se lea.

Esto sucederá concretamente, en mayor o menor medida, con cualquier texto que acaba en el canon sagrado de una religión. Desde el momento que un texto recala en tal colección, todo lector que comparte esa religión lo acabará leyendo con la presuposición de que tiene que encerrar un mensaje eterno, aplicable a cada generación de lectores, en cada cultura y lugar desde donde se lee. Se interpretará, obligatoriamente, como un texto abierto.[10]

La historia de una batalla que figura en el Antiguo Testamento, por ejemplo, aburre como mera narración de una batalla sucedida hace

[10] He de admitir que esta es una mera suposición. No sé cómo los adeptos a otras religiones tienen por costumbre leer sus textos sagrados. Sí sé como funciona esto en el cristianismo, donde incluso quienes alegan leer la Biblia como revelación de una «Verdad Absoluta y Eterna», en realidad hallan todos los días algo nuevo y fresco en ella.

miles de años y cuyas consecuencias para las personas involucradas, también pasaron hace miles de años. Entonces se la mina en busca de «principios espirituales», o de enseñanzas alegóricas o ilustrativas de cómo actuaría Dios en situaciones donde se identifica algún parecido, por remoto que pudiera parecer objetivamente.

Así la reconstrucción de las murallas de Jerusalén en Nehemías caps. 3-4, un relato prolijo, aburrido y sin consecuencias importantes ni entonces ni hoy, es empleado alegóricamente para un sinfín de situaciones en iglesias donde hay que empezar otra vez con algo que hubo fracasado. El contexto abierto donde ha recalado este relato abre lo que el autor probablemente escribió con la intención de que fuese un texto «cerrado». El resultado es que ahora puede significar casi cualquier cosa, cosas incompatibles entre sí, y cosas que al autor jamás se le hubieran pasado por la cabeza. El autor, después de todo, no pretendía hacer otra cosa que contar cómo se reconstruyó una muralla de piedra en cierto momento concreto de la historia.

Y es que la Biblia —toda ella, que no sólo el Apocalipsis— es, por el uso que se le da habitualmente en la Iglesia, el libro «abierto» por excelencia. Traducida a innumerables idiomas, leída desde innumerables culturas regionales, consultada desde innumerables situaciones eclesiales y personales para dirimir toda suerte de cuestión tanto de conducta como de fe, la Biblia lleva dos mil años siendo leída y releída y no hay señal de que el interés en leerla decaiga ni de que nuevas y originales interpretaciones dejen de aparecer constantemente por todo el mundo. Si la Biblia es *útil* para la Iglesia es porque su texto —incluso aquellas porciones que se escribieron pretendidamente cerradas— exigen que el lector siempre aporte sus propias ideas acerca de lo que puede querer decir.

Por eso el intento de congelar el significado de la Biblia en unos cuantos dogmas (entre ellos el propio dogma de la «inerrancia» de la Biblia) siempre se quedará desbordado por la realidad siempre nueva de nuevos lectores que se acercan a la Biblia con nuevas inquietudes y nuevas preguntas. Si un día se consiguiera «cerrar» el significado de la Biblia en unas «Verdades Absolutas, Eternas e Invariables», ese mismo día la habríamos condenado a la caducidad, el desinterés y el eventual olvido.

Los evangelios sinópticos representan la enseñanza de Jesús de una manera muy distinta de como la representa el de Juan. Leyendo los discursos de Jesús en Juan y en los sinópticos se diría que difícilmente puede tratarse de la misma persona. Salvo en un detalle. El único rasgo que coinciden los cuatro evangelistas en atribuir a la enseñanza de Jesús es la de un estilo siempre «abierto».

En los sinópticos esto viene indicado especialmente por las parábolas. Piénsese en la Parábola del Hijo Pródigo. Después de dos mil años de contar, recontar y explicar, esta parábola sigue resultando tan intrigante, inesperada y fresca como el día que primero se contó. Cada persona que la lee ve en ella algo profundamente personal, muchas veces distinto de lo que ven en ella otros.

Permítaseme una brevísima digresión para abundar en el ejemplo de esta parábola, porque encuentro en ella una interesante coincidencia con el tema que traemos entre manos:

Estoy convencido de que es un error titularla «…del Hijo Pródigo». No creo que su propósito sea contarnos acerca de la psicología ni la evolución personal del hijo menor que malgastó su dinero; ni siquiera acerca del hijo mayor que no quiso recibirle cuando volvió. Como «parábola del Reino» pretende decirnos algo acerca de Dios y por tanto su protagonista es Dios y la lección sorprendente que trae versa sobre Dios.

En una cultura patriarcal como la de tiempos de Jesús las conductas de ambos hijos son impensables y públicamente escandalosas. Un hijo que pide su herencia está diciendo claramente a su padre: «Estoy harto de esperar a que por fin te mueras». Y un hijo que no entra a la casa donde el patriarca ha declarado una fiesta para todo el pueblo está insultando hasta el escándalo al progenitor que es su deber honrar conforme al cuarto mandamiento.[11] Por eso la parábola debería llamarse «…del Padre que no sabía hacerse respetar».

Sorprendentemente, el padre —representando a Dios para nuestra ilustración— no desea de un hijo ni del otro una obediencia obligada. Y

[11] *cf.* Kenneth E. Bailey, *Poet and Peasant* (Grand Rapids: Eerdmans, 1976) pp. 158-206.

está dispuesto a pasar por alto agravios tan notorios y públicos que en aquella cultura le habrían obligado como mínimo a desheredar a sus hijos, si no algo peor. Pero este padre sólo quiere la comunión y el compañerismo de sus hijos. Quiere con ellos una relación de amistad y confianza donde él en cuanto padre no manda, no obliga, no impone caprichosamente su voluntad, no ha de decidir por sus hijos sino que respetará siempre su autonomía de decisión.

A esos efectos, el padre está dispuesto a sufrir en silencio o en todo caso a intentar razonar con el hijo rebelde. Lo que no está dispuesto a hacer nunca es castigar, herir, culpar, traer a memoria viejos insultos, olvidar al hijo alejado ni dejar de amarle. Este «mal padre» —como habría sido visto en aquella cultura, tiempo y lugar— que no controla, que no *sabe* controlar a sus hijos, es lo que Jesús nos propone como ejemplo para entender a Dios: un Dios que no desea controlarnos sino tan sólo ser amado por nosotros.

En el Evangelio de Juan, Jesús no habla en parábolas pero su enseñanza es también abierta, no controladora. Aquí Jesús habla típicamente en aforismos repletos de lenguaje simbólico y alusivo. «Yo soy la vid, vosotros sois los pámpanos». «Yo soy el camino, la verdad y la vida». ¿Qué quieren decir esas palabras? ¿Le importaba a quien primero las pronunció qué es lo que sus oyentes fueran a hacer con ellas?

«Yo soy el pan que desciende del cielo, para que el que coma de él, no muera. […] El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna […] porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida». No es una parábola, exactamente; pero de todas maneras es lenguaje absolutamente abierto, donde quien oye o lee tiene permiso para dar rienda suelta a su imaginación y sacar de estas expresiones un significado tan profundo como se atreva a buscar.

Según el testimonio unánime de los cuatro evangelios, entonces, Jesús parece haber tenido poco interés en controlar las interpretaciones de sus palabras que pudieran hacer sus oyentes. Esta renuncia de la tentación de controlar cuadra con su comportamiento, siempre abierto a la libertad del prójimo, que podemos observar en las narraciones de los evangelios sobre él.

Jesús sana a los enfermos pero no expresa ningún interés en controlar sus vidas posteriores.

Suelta sus enseñanzas en elocuentes discursos ante las multitudes, para luego despedirlas para que vuelvan a sus casas. Cómo viven ellos a partir de ahí, qué provecho permanente sacan o no de su enseñanza, parece quedar entre ellos y Dios (y en todo caso la sinagoga del lugar).

En algún caso dice «No peques más». Pero no nos consta que jamás se haya acercado para comprobar que efectivamente la persona en cuestión hubiese adoptado nuevas costumbres.

Hay que pensar que ese abandono del deseo de controlar al prójimo fue un rasgo esencial de su forma de ser. Incluso entres sus propios discípulos: Uno de los aspectos interesantes del testimonio de los evangelios es que sus discípulos se quedaban habitualmente sin enterarse adónde él quería ir a parar. O en todo caso cada cual se enteraba de lo que le parecía entender según lo que creía que le convenía. En alguna ocasión hay indicios de que Jesús se impacientó con la torpeza de sus seguidores[12]; pero incluso en aquellas ocasiones jamás abandonó su manera «abierta», tal vez algo enigmática, de expresarse ni esa manera no controladora de ser.

Esto contrasta marcadamente con la mayoría de los dirigentes religiosos de entonces y de hoy, que parecemos típicamente unos obsesionados por el control del prójimo, de su conducta y de sus opiniones.

¿Es posible la no violencia de Jesús sin esa renuncia de la necesidad de controlar lo que piensa y hace el prójimo?

¿No será una de las raíces de la violencia en la humanidad el afán de controlarnos unos a otros, de mermarnos y cercenarnos mutuamente la libertad?

Volvemos así al Apocalipsis. En su abandono del afán por controlar lo que sus lectores harán con sus palabras, el Apocalipsis resulta ser el libro del Nuevo Testamento que más se parece a Jesús. Parece fiarse plenamente de la capacidad del individuo, guiado por el Espíritu de

[12] Piénsese, por ejemplo, en el «¡Ya está bien!» que exclamó cuando sus discípulos indicaron poseer dos espadas al oírle decir que éstas acabarían siendo necesarias (Luc. 22.36-38).

Cristo presente en la congregación de la Iglesia, para «entender» lo que le sea necesario entender, sea eso lo que sea en cada caso, para cada persona y en cada circunstancia particular.

6. La Autoridad de la Biblia en la Iglesia

Por su naturaleza radicalmente abierta a las posibilidades del ser humano, el movimiento que Jesús inició está destinado a existir en un estado permanente de desarrollo y evolución respecto a su fe, su dogma y sus convicciones. Incluso cuando repetimos las mismas palabras que hace siglos, éstas ya nos han traicionado y con ellas queremos significar algo distinto de lo que quisieron significar nuestros antepasados.

¿Cómo evitar que esta evolución y este desarrollo, justos y necesarios en sí mismos, deriven en apostasía, es decir en traición de la revelación de Dios en Jesús? Los cristianos decidieron en los primeros siglos, por un proceso histórico que aquí no vamos a detallar, que la Biblia Cristiana (Biblia Hebrea a modo de Antiguo Testamento, más colección de obras «apostólicas» a modo de Nuevo Testamento) debían ejercer por aclamación la función de control que ya venía ejerciendo. Desde entonces, ningún pensador cristiano se ha podido permitir el lujo de pensar a espaldas de la Biblia. Se han escrito innumerables obras cristianas; pero sólo son consideradas cristianas en la medida que guardan una relación verosímil con los textos bíblicos.

La Biblia funciona en la Iglesia, entonces

- como *fundamento* para la expresión de sus convicciones y fe, expresión que se halla siempre en evolución y redefinición en cada nueva generación y en cada nueva situación misionera, y
- como *control* de esa evolución y ese desarrollo posteriores en el tiempo, respecto a las convicciones y la fe que fueron propias de Jesús y los apóstoles.

Como fundamento, la Biblia nos obliga a arraigar nuestro pensamiento y nuestras conductas en la experiencia concreta y particular, plena y materialmente histórica, de un pueblo que se sintió llamado por Dios. Como control, la Biblia impone límites serios y rigurosos a la evolución y el desarrollo de nuestras convicciones y conductas, porque existen convicciones y conductas que son imposibles de cuadrar con el testimonio de aquella historia. Como fundamento, la

Biblia es *interna* a la Iglesia, le es profundamente íntima. Como control, es *ajena* a la Iglesia: nos viene desde una cultura y un tiempo remotamente lejanos y denuncia aspectos de nuestra vida que desde nuestra propia cultura y tiempo no seríamos capaces de ver.[13]

Esta es «la autoridad de la Biblia».

Sin embargo, ¿quién controla el control? La Biblia misma es tan amplia y el proceso hermenéutico —como venimos detallando en estas últimas páginas— es tan impreciso, subjetivo y descontrolado por su propia naturaleza, que puede acabar perdiendo su función eficaz de control externo sobre la vida y el pensamiento de la Iglesia.

Es Jesús de Nazaret, la Palabra hecha carne, quien hace de control sobre todos los posibles significados que se puedan atribuir a la Biblia. Todo mensaje que se atribuya a la Biblia tiene que cuadrar con el testimonio de Jesús.

En la Biblia de los cristianos, el testimonio de Jesús tiene un peso tan enorme que se impone sobre todo el resto del material. Los cuatro evangelios, por su misma cuádruple reiteración, son un fenómeno sin igual en el texto bíblico; así como la existencia en sí del Nuevo Testamento carga las tintas de la colección entera de antiguos manuscritos, hacia la persona de Jesús y el significado de su vida, obras, muerte, resurrección, ascensión y enseñanza.

Si bien el orden en que aparecen los libros del Nuevo Testamento es el que resulta útil y necesario para estos efectos, no debe perderse de vista el hecho de que los evangelios se escribieron *después* que las cartas de los apóstoles. Las cartas de Pablo son los documentos más antiguos del Nuevo Testamento pero constituyen ya en sí mismas un *desarrollo* del cristianismo, al redactarse en una situación misionera intercultural, el salto desde el mundo judío palestino al mundo gentil grecorromano. En la medida que el testimonio del Jesús concreto,

---

[13] Aunque la he desarrollado a mi manera, la idea de la Biblia como *fundamento interno* y a la vez *control externo* del pensamiento cristiano la debo a John Howard Yoder, "The Authority of the Canon" en Willard Swartley, ed., *Essays on Biblical Interpretation: Anabaptist-Mennonite Perspectives* (Elkhart: Institute of Mennonite Studies, 1984), pp.265-290 (publicado posteriormente en Yoder, *To Hear the Word* (Eugene: Wipf & Stock, 2001)).

histórico, de carne y hueso pudiera parecer peligrar en medio de los cambios y la evolución que supone esta situación misionera, surge en la Iglesia la necesidad de redactar evangelios en forma de narraciones sobre esa vida.[14]

El desarrollo posterior es así llamado a rendir cuentas ante el hecho central de Jesús.

El último de los libros de la Biblia en redactarse fue el Apocalipsis. Y aunque en el Apocalipsis tenemos un desarrollo exuberante de las ideas, el caso es que el Apocalipsis está también profundamente controlado por la centralidad del hombre Jesús. Como hemos explicado, su evangelio no difiere sustancialmente del primer discurso evangelístico de Pedro en Pentecostés; un discurso controlado por la memoria del hombre de carne y hueso que habían conocido y cuyas palabras inspiraron directamente la vivencia de la comunidad en Jerusalén. El mensaje del Apocalipsis, de resistencia no violenta contra la violencia que en sí misma siempre indica los valores de la bestia, coincide a la perfección con las palabras que se recordaban de Jesús. Y como también hemos expuesto, la visión entera de Juan está firmemente amarrada en el tiempo al propio tiempo de Jesús y por tanto a la importancia de su vida, obras, muerte, resurrección, ascensión y palabras. Y es precisamente «la espada» de su palabra —entiéndase sus palabras, las palabras que en efecto pronunció— el arma que Jesús emplea en el Apocalipsis, como en los evangelios, para combatir el mal.

Otros libros cristianos, anteriores y posteriores al Apocalipsis ya no tuvieron cabida en el canon de la Biblia, incluso cuando pudieran atribuirse a los apóstoles. Esto no es porque fuesen considerados menos cristianos o menos «inspirados» o menos «edificantes», sino porque suponían en sí mismos un desarrollo y una evolución cada vez más distante del evento central de Jesús según era recordado en su particularidad humana. Podían ser consideradas obras legítimas y profundamente cristianas[15], pero por cuanto suponían evolución y desarrollo resultaban inútiles como *fundamento* y como *control.* Porque

---

[14] Esta ilación del orden en que fueron escritos los diversos libros del Nuevo Testamento procede también de Yoder, *ibid.*

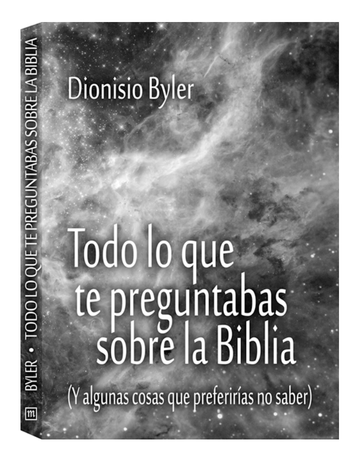
[15] Piénsese en la *Didaché* o en *Hermas.*

el fundamento y el control que supone ser *Biblia* necesitaban a su vez responder al control del hecho central de la historia de la humanidad: la Palabra, ese hombre Jesús.

Este mismo control ha de controlar toda *interpretación* de la Biblia que desee recomendarse como apta y útil para la Iglesia. Toda interpretación que desee de alguna manera tomar prestado de la autoridad de la Biblia, ha de someterse al control del hecho de Jesús. Toda interpretación que no puede responder con verosimilitud ante el tribunal de la vida y las palabras de Jesús, es una interpretación engañosa que nos aparta de la verdad de aquel que dijo claramente y sin rodeos: «Yo soy el camino, la verdad y la vida».

Este hombre cuyo temperamento fue tan contrario a la necesidad de tener controlados a los demás, ha sido ascendido por su misma mansedumbre y humildad al rango de quien ejercerá para todas las generaciones de los cristianos un control moral, para que sus lecturas de la Biblia, que en teoría podrían ser infinitas, no se aparten demasiado de lo auténticamente revelado por Dios.

Si este libro ha sido de su agrado e interés, la Biblioteca Menno le ofrece:

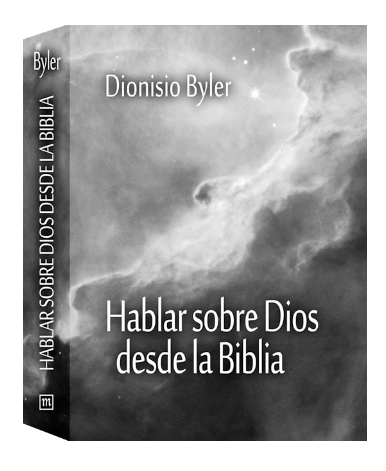


Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia

(y algunas cosas que preferirías no saber)

El 2º libro de la Trilogía de Byler sobre la Biblia.

Brinda, en primer lugar, una visión panorámica de la Biblia en su conjunto. Después, aunque es imposible responder a todo lo que uno se puede preguntar sobre la Biblia, sí responde a 25 preguntas que el autor estima que serían las que más oportunidad brindan para hacerse una idea global sobre la Biblia y sus autores, sus propósitos y sus métodos de trabajo. Por último ofrece un resumen o interpretación del contenido de cada uno de los libros de la Biblia.



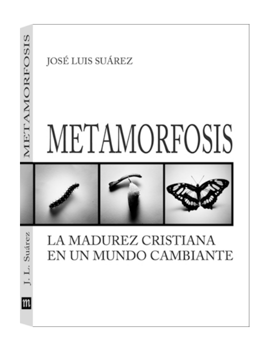
Hablar sobre Dios desde la Biblia

El 3er libro de la Trilogía de Byler sobre la Biblia.

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, los escritos de la Biblia son el punto de partida para la reflexión humana sobre Dios y sobre el sentido de la vida en clave cristiana.

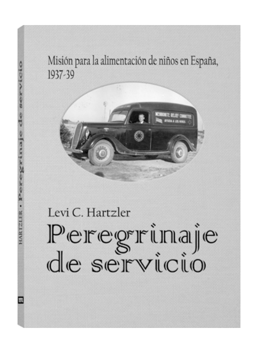
Aquí Byler procura limitarse a hablar sobre Dios y hacerlo a partir de los textos bíblicos. Aceptado el reto, sin embargo, rápidamente descubrimos que es imposible hablar sobre Dios desde la Biblia, sin que se nos cuele todo el universo. Es imposible hablar sobre el Dios de la Biblia, sin hablar a la vez sobre cómo hemos de vivir sobre esta tierra.

Algunos otros libros de la Biblioteca Menno:



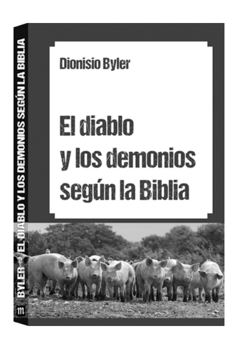
Metamorfosis.
La madurez cristiana en un mundo cambiante
por José Luis Suárez

La vida está llena de cambios. Uno de los rasgos esenciales del proceso humano de maduración es saber gestionar los cambios. El autor nos conduce por numerosas reflexiones sobre diferentes temas en relación con la maduración. Por ejemplo: Paciencia. Flexibilidad. Paradojas. Humor. Riesgos. Generosidad. Y mucho más.



Peregrinaje de servicio
por Levi C. Hartzler

La historia de los cooperantes estadounidenses enviados por *Mennonite Relief Committee* (Comité Menonita de Ayuda Humanitaria) durante los años 1937-39 de la Guerra Civil Española. Se dedicaron especialmente a alimentar a niños refugiados de guerra. Levi C. Hartzler, uno de aquellos cooperantes menonitas, escribió sus experiencias basándose en su diario personal y en las actas de MRC.



El diablo y los demonios según la Biblia
por Dionisio Byler

La definición popular del diablo y los demonios es algo compartido con la sociedad en general. Viene dada por una extraña combinación de supersticiones medievales y películas de Hollywood.

Pero, ¿qué es lo que dice la Biblia? En este libro Byler hace un estudio detallado y minucioso del testimonio bíblico sobre este tema. Combinando una hermenéutica sobria y un claro interés pastoral, sus conclusiones son sorprendentes.

En las diferentes tradiciones protestantes o evangélicas, la máxima autoridad para sus doctrinas y su práctica está en la Biblia. Pero ¿cómo funciona esa autoridad? ¿Cómo ejerce autoridad hoy una colección de textos escritos hace miles de años?

La única forma de que un texto escrito pueda servir como autoridad para una comunidad de fe, es que haya quien lo lea y lo interprete. La intermediación de lectores e intérpretes autorizados por la comunidad, es indispensable para la propia autoridad del texto. Pero ya antes en el tiempo, tuvo que haber personas a quienes se reconoció autoridad para determinar cuáles textos la comunidad de fe iba a considerar sagrados.

Entonces la autoridad de cualquier texto sagrado es inseparable de las personas que lo reconocieron como sagrado y de las personas que hoy lo interpretan.

El autor opina que al final, la máxima autoridad para la Iglesia tiene que ser la persona de Jesús. En la propia Biblia es él quien se conoce como «la Palabra».

Dionisio Byler es profesor de Biblia y Griego en la Facultad de Teología SEUT (El Escorial, España). Ha escrito varios libros y cientos de artículos breves de pensamiento cristiano. El presente libro inicia su trilogía sobre la Biblia, cuyos otros componentes son: *Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia (Y algunas cosas que preferirías no saber)* (2010) y *Hablar sobre Dios desde la Biblia* (2011).